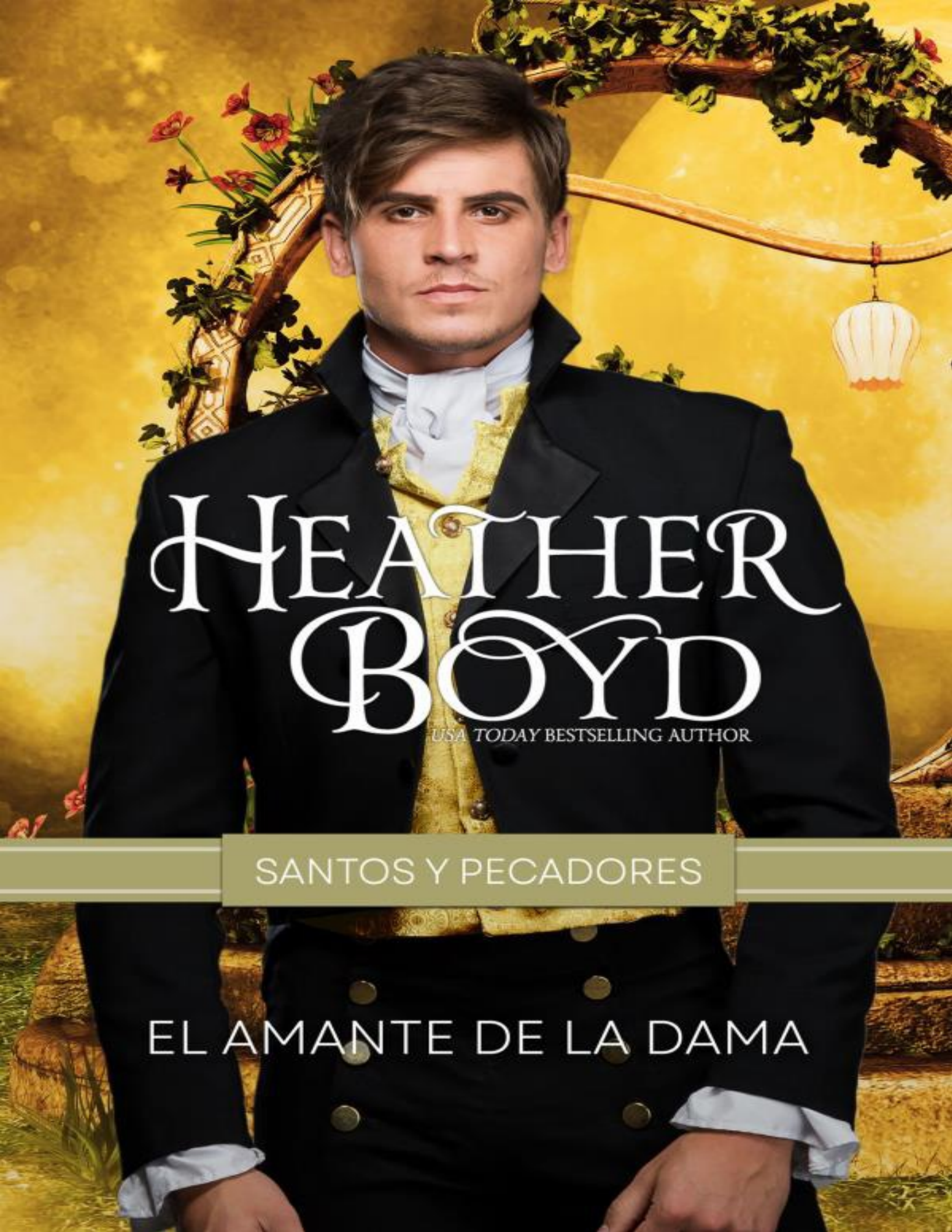

HEATHER
BOYD
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
SANTOS Y PECADORES
EL AMANTE DE LA DAMA

EL AMANTE DE LA DAMA

SANTOS Y PECADORES
LIBRO 4

HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2025 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO UNO

Fanny Rivers se colocó un collar de diamantes alrededor del cuello y luego bajó las manos para considerar el efecto en el espejo. El estilo era perfecto para el vestido que llevaba, pero quizás no tanto para la reunión que se avecinaba.

—Creo que es demasiado para un almuerzo.

—Yo no llevaría ninguno —declaró la señora Jessica Whitfield, la hermana menor de Fanny.

—No. —Fanny se quitó el collar y eligió en su lugar una larga cadena de oro con una perla en forma de lágrima colgando de ella. Se abrochó la cadena alrededor del cuello y colocó la perla entre sus senos. Sonrió. Perfección.

—Vamos, Fanny. Ya debe estar echando humo por las orejas —advirtió Jessica con creciente impaciencia desde la puerta de las antiguas habitaciones de Fanny en Stapleton Manor, la casa de su padre.

Fanny estaba visitando la finca de campo de su padre por segunda vez este año, para asistir a la boda de su hermana menor. Su primera visita había sido para la boda de Jessica con el vecino Gideon Whitfield en junio. La segunda boda sería la de Rebecca con Lord Rafferty dentro de una semana, y *ese* anuncio había sido toda una sorpresa.

—No llegamos tarde, y además, no hace daño que el hombre con quien Rebecca se va a casar esté un poco ansioso por su paradero —aseguró Fanny.

Jessica soltó una risa maliciosa.

—Está ansioso por la noche de bodas.

—Y por todas las que vendrán después —prometió Fanny y luego se rio junto con su hermana. Rebecca y Adam, conde de Rafferty, formaban una pareja improbable. Pero habiéndolos encontrado juntos en un momento desprevenido que nunca debería haber presenciado, lo entendía. Su hermana finalmente había sido arrastrada por una gran pasión—. ¿Has visto alguna vez a un hombre más enamorado?

Jessica sonrió.

—Sí, mi marido me mira así todas las mañanas.

Gideon Whitfield, el marido de Jessica, al menos intentaba mantener su apasionada mirada hacia su esposa fuera de su rostro durante las comidas.

—Y todos estamos felices por su constancia. Rivers era muy parecido, también.

—Apenas recuerdo a tu difunto marido ahora —admitió Jessica.

Fanny aún extrañaba a Rivers, especialmente en las reuniones familiares.

—Bueno, él te adoraba. Pensaba que crecerías y romperías corazones.

Jessica se sonrojó un poco.

Fanny, decidiendo que estaba tan lista como lo estaría nunca, recogió su chal y su bolso y se dirigió hacia la puerta. No le desagradaba la institución del matrimonio. Ella misma había disfrutado de uno feliz, aunque breve. Pero el impulso de dar el salto por segunda vez no era atractivo. Le habían dejado una gran fortuna cuando su marido murió. Los cazafortunas habían salido de la nada el día que dejó el luto. Y de eso hacía ya cinco largos años. Había aprendido a vivir sin un marido, aunque no sin un hombre en su cama de vez en cuando.

Le pellizcó la nariz a Jessica.

—¿Estás lista?

—Hace una hora.

—Vamos, llegamos muy tarde —murmuró Fanny.

—Tú nos has hecho llegar tarde —refunfuñó Jessica mientras salía disparada para esperar a que Fanny asegurara la puerta de su dormitorio y guardara la llave. Había muchos invitados alojados en Stapleton Manor para la boda, y a Fanny le gustaba saber que sus papeles y posesiones estaban siempre seguros.

Caminó por el pasillo a un ritmo tranquilo, a pesar del intento de Jessica de apresurarla. En lo alto de las escaleras, se detuvo para mirar hacia abajo. Rebecca estaba de pie al pie de las escaleras, dieciséis pies más abajo, con los brazos cruzados bajo el pecho.

—Buenos días, hermana —llamó Fanny mientras comenzaba a bajar la gran escalera de caoba para encontrarse con ella.

Rebecca se llevó las manos a las caderas y la fulminó con la mirada.

—Estaba a punto de irme sin vosotras.

—No te atreverías —murmuró Fanny con tono tranquilizador. Rebecca y Jessica estaban igualadas en impaciencia hoy—. No sin tus hermanas favoritas a tu lado.

—Mis únicas hermanas —replicó Rebecca con la misma rapidez—. Vamos, Ava pensará que nos hemos olvidado de la fiesta.

Ava era la única hija de Lord Rafferty y estaba muy emocionada por tener pronto una nueva madre.

—Como si pudiéramos —exclamó Jessica—. Tengo muchas ganas de pasar tiempo en tu futura casa. He visitado Gable Park tan pocas veces.

Rebecca enlazó su brazo con el de Jessica y salió por la puerta principal, asintiendo al mayordomo de Stapleton al pasar.

—Bueno, eso no será así después de que me case, espero.

—No —prometió Jessica.

—Por supuesto que visitaremos. —Ahora, cuando Fanny viniera al campo, tendría que extender sus estancias casi dos semanas para poder visitar tres casas en lugar de solo la de su padre.

Rebecca subió primero al carruaje con un bufido audible e inmediatamente comenzó a ajustarse el corpiño de su vestido, y no por primera vez esta semana. Su ropa aparentemente y de repente se había vuelto ajustada. Fanny observó a su hermana discretamente, buscando más confirmación de que Rebecca podría estar embarazada antes de avergonzarla preguntándole. Siempre muy nerviosa, Rebecca había devuelto sus cuentas esa misma mañana, aunque lo culpó a los nervios. Si venía un bebé, su matrimonio con Rafferty no podía llegar en mejor momento.

Jessica se acomodó en el asiento al lado de Fanny.

—¿Cuándo podemos esperar conocer a tu pretendiente?

—Realmente no es mi pretendiente —le recordó a su hermana menor.

Rebecca resopló.

—Fanny no quería que Lord Letterford pensara que tenía una oportunidad, así que ¿qué hace sino contratar a un acompañante pagado para interponerse entre ellos?

—Es un actor —corrigió Fanny—. Y un muy buen actor.

La nariz de Rebecca se arrugó con disgusto mientras articulaba "*actor*" como si la profesión fuera ofensiva.

—Un desconocido. ¿No podrías haber encontrado a alguien más creíble? Alguien famoso y familiarizado con nuestro círculo habría sido mi preferencia.

Fanny pensó que había sido bastante inteligente. Había contratado a un hombre talentoso para que fingiera ser su más ardiente admirador, y por lo tanto, siempre a su lado, entre ella y cualquier cazafortunas con intención de cortejarla. Por supuesto, nadie creería ni por un momento que ella consideraría seriamente un matrimonio con alguien que se ganaba la vida en el escenario, pero podrían creer que se involucraría en un pequeño escándalo con uno... por lo tanto, asustando a sus pretendientes más ardientes.

—Creo que es una idea brillante —se entusiasmó Jessica—. Lord Letterford siempre le pregunta a Giddy si ha visto o escuchado que vendrías a visitarnos pronto. No lo quiero como cuñado.

Fanny negó con la cabeza.

—Mi opinión sobre él no ha cambiado desde que era una niña. Si vuelve a proponerme matrimonio, volveré a rechazarlo.

—Creo que debe de estar muy solo —sugirió Jessica.

Fanny cruzó la mirada con Rebecca. —¿Queda algo que pueda hacer por ti antes de que tenga lugar la boda?

—No creo. Solo necesitamos que lleguen los últimos invitados —respondió Rebecca con un profundo suspiro—. La mayoría ya ha venido, pero aún faltan algunos rezagados. Tu galán, por ejemplo, ya que insistes en que se siente a tu lado en casi todas las comidas.

Fanny inclinó la cabeza. —El señor Dawes llega hoy.

Con un nuevo guardarropa que Fanny había pagado para que su presencia entre los invitados a la boda fuera menos comentada. El joven que había elegido como su protegido sería un acompañante perfecto para todas las cenas, bailes y demás diversiones que se habían organizado para celebrar el matrimonio de Rebecca y Lord Rafferty. Padre había insistido en que no se escatimara en gastos, probablemente porque se le había permitido hacer tan poco en la primera celebración de Rebecca.

El viaje desde Stapleton hasta la casa de Lord Rafferty, Gable Park, duró bastante tiempo, y Fanny habló con sus hermanas de todo y nada, como solían hacer cuando eran niñas.

Cuando llegaron a la mansión, Fanny sentía la necesidad de hablar con otras personas. Sus hermanas se interesaban demasiado por su estado de soltería, y ella empezaba a sentir la presión de conformarse.

Afortunadamente, Lord Rafferty y su hija estaban esperando su llegada. La pareja abrió de par en par la puerta del carruaje y sacaron apresuradamente a la sonrojada novia. Intercambiaron saludos y luego Rafferty llevó a Rebecca aparte. Cuando oyó besos detrás de ella, Fanny ni se molestó en volverse para reprenderles por su comportamiento. Últimamente siempre estaban pegados por los labios, como debía ser en su opinión.

Fanny cruzó la mirada con Jessica. —Será mejor que entremos solas sin ellos.

Jessica asintió.

Entraron del brazo en un gran vestíbulo y las dirigieron hacia el salón, donde los invitados deambulaban charlando en pequeños grupos. La duquesa de Stapleton, Gillian, estaba al otro

lado de la sala hablando con una pareja que Fanny no reconoció de inmediato.

Se volvió hacia Jessica. —¿Qué te parece si damos una vuelta por la sala?

Pero Jessica había visto a su marido al otro lado de la sala, y su rostro se iluminó de amor. —¿Me disculpas?

—¿Tengo elección?

—No. —Jessica le besó la mejilla y luego abandonó a Fanny con una carcajada, encontrándose con Gideon Whitfield a mitad de camino a través de la sala. No se besaron, pero era evidente que lo estaban pensando, a juzgar por cómo se sonreían mirándose los labios.

Fanny sintió una pequeña punzada de envidia.

—Ah, el amor joven. ¿No es maravilloso?

Fanny se estremeció interiormente y luego se volvió para enfrentarse al hombre que más había esperado evitar hoy. —Lord Letterford.

Él se frotó las manos. —Ahora sí que es una celebración. Pero su excelencia me estaba diciendo que su padre no se unirá a nosotros hoy. Seguramente eso no puede ser cierto.

—Me temo que sí lo es —aseguró ella, escudriñando a la multitud con la esperanza de encontrar un rescate.

Letterford se acercó más. —Nada grave, espero.

—No. —Fanny agitó la mano, alejando discretamente su cuerpo de él—. Un asunto en la finca requirió su atención, creo.

Letterford suspiró. —Me alegro de oírlo, porque no estaría bien tener dos fincas en apuros.

Fanny frunció el ceño. —¿Qué otra finca está en apuros?

—No todo va bien en Hawthorne, según he oído —susurró Letterford.

Fanny no había oído ni una palabra al respecto en casa. —Estoy segura de que eso no es cierto.

—Espero que tenga razón —dijo Letterford—. Pero mis sirvientes dicen lo contrario. La mala salud podría llevarse a uno de nuestros vecinos más queridos.

Los sirvientes a menudo se enteraban de los problemas antes que nadie. Tendría que hacer una visita a los Hawthorne mañana, confirmar que todo estaba bien y poner fin a cualquier rumor.

Jessica y Gideon pasaron paseando, cogidos del brazo, y Fanny frunció el ceño cuando desaparecieron juntos en el exterior.

—Vamos, no les niegue su felicidad —murmuró Letterford—. Usted y yo sabemos que el amor es demasiado fugaz. Deje que disfrute de este momento feliz, porque ambos sabemos que termina demasiado pronto.

Desgraciadamente, eso era cierto.

Letterford le ofreció el brazo, y Fanny, sin ver posibilidad de distracción, se resignó a quedarse con él un rato. Rebecca, Rafferty y Ava pasaron apresuradamente, riendo juntos, y Fanny deseó poder seguirlos, pero Letterford era tan lento como un pato viejo. —Nunca pensé que hubiera un hombre lo bastante valiente como para enfrentarse a la señora Warner y sonreír al respecto.

—Conoce muy bien su naturaleza.

—Sí, prácticamente se han criado juntos —dijo Letterford.

—Difícilmente —le reprendió Fanny—. Pero ha sido un visitante habitual de Stapleton y de mi padre durante algunos años, como usted. Estoy segura de que está bien preparado para un segundo matrimonio.

Rafferty sería el segundo amigo de su padre que acabaría casado con una de sus hijas. Fanny

juró no ser la tercera en caer en esa peligrosa tendencia.

Fanny deseó haber acordado que el señor Dawes viajara con ella en lugar de esperar a que le entregaran su nuevo guardarropa. No había conocido el alcance de las festividades de la boda hasta después de su llegada. —Lady Rivers, me pregunto si podría consultarle un asunto de suma importancia para mí.

¡Por favor, no me proponga matrimonio por segunda vez, se lo ruego!

Fanny hizo una mueca, pero entonces, por el rabillo del ojo, vio a Gillian, duquesa de Stapleton, observándola mientras hablaba con Letterford. Gillian le hizo señas a Fanny para que se uniera a ella, y a Fanny le pareció imperativo ir. —Perdóneme, pero parece que la duquesa me está llamando. ¿Me disculpa?

Los hombros de Lord Letterford se hundieron. —Por supuesto, quizás podamos hablar más tarde.

No si puedo evitarlo. Fanny sonrió educadamente. —Lo espero con ansias.

Pero tenía toda la intención de hacer todo lo posible por evitar al conde durante el resto del día para que no pudiera terminar de hacer una pregunta a la que solo recibiría una respuesta negativa. No se casaría con Letterford para animarle, restaurar su fortuna, financiar mejoras en su finca o respaldar una inversión poco acertada.

Fanny cogió las manos extendidas de su amiga y nueva mamá y las sostuvo. —¿Qué ocurre? —murmuró.

—El bebé está pateando otra vez, y corro el peligro de reírme en voz alta. —Gillian le apretó los dedos—. Los ojos de Lord Thwaite no dejaban de bajar a mi estómago mientras el bebé se movía. Parecía horrorizado y no paraba de preguntarme si necesitaba una silla. ¿Es que los niños no saben que hay un momento y un lugar para este tipo de cosas?

—Aparentemente no —Fanny miró el vientre de Gillian—. Silencio, pequeño. Tu madre se supone que debe estar compuesta y regia hoy.

Gillian suspiró después de un minuto.

—Por fin. Paz y quietud. Manejas tan bien la voz de autoridad. La presencia de tu padre tiene el mismo efecto.

—Soy la mayor, después de todo.

—Cuando tu hermano Samuel llegó y me habló, tuve que sentarme rápidamente. Obviamente, el niño está demasiado ansioso por conocer a su hermanastro.

Fanny se rio.

—Pobre cariño. Ya no falta mucho.

—Oh, eso espero.

Jessica se detuvo repentinamente frente a ellas.

—Necesitas ir con Rebecca, Fanny. Está en el comedor al borde de... bueno, ya sabes cómo puede ser.

—Me encargaré de ello —prometió Fanny.

Dejó a Gillian y encontró a Rebecca y a un par de criadas acosadas que balbuceaban disculpas repetidamente. Fanny cerró las puertas tras ella y elevó un poco la voz.

—¿Señora Warner?

Rebecca giró, con los ojos desorbitados.

—¿Ves esto?

—¿Qué te ha alterado?

—Las flores. ¿No lo ves? Cada vez son más y más altas. Han arruinado todo el efecto.

Fanny echó un vistazo a la habitación. Rebecca era algo perfeccionista y obviamente estaba

decidida a que la boda fuera nada menos que espectacular. Las flores estaban cortadas demasiado altas para una cena sentada. No era exactamente un desastre, pero claramente Rebecca lo veía así.

Fanny suspiró, tomó las manos de su hermana y las sostuvo con firmeza.

—Me encargaré de ello.

Rebecca se desplomó.

—¿Lo harías?

—Encantada de ayudar. Puedo manejar unas tijeras de podar —dirigió a su hermana hacia la puerta—. Ahora vuelve con los invitados y ese hombre ridículo que amas, y por el amor de Dios, deja de preocuparte. Disfruta.

Habría una cena pre-boda y una fiesta pre-boda también, pero cada ocasión sería única. Hoy era simplemente un ensayo para la vida matrimonial.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Reza para que nunca tengas que averiguarlo —bromeó Fanny, empujando a Rebecca fuera de la puerta y cerrándola en su cara.

Fanny se volvió hacia las criadas y se encogió de hombros.

—Nunca adivinarían que ya ha estado casada antes. Por favor, perdónenla. Quiere tanto que todo sea perfecto para Lord Rafferty.

El par asintió.

—Lo entendemos, mi señora. Para ser honesta, temíamos que estallara en lágrimas.

—Bueno, no permitamos que eso suceda. Ahora, cada una necesitaremos un par de tijeras. Rápido.

Una salió corriendo, y la otra siguió a Fanny hasta un jarrón cercano mientras estudiaba los arreglos.

—Realmente hay demasiados jarrones.

Una criada hizo una mueca.

—Lord Rafferty seguía diciendo que quería muchas de las flores favoritas de la señora Warner, mi señora.

—Oh, cielos. Estoy segura de que tenía buenas intenciones, pero... bueno, mantengamos algunos de los más altos intactos por su bien, pero coloquémoslos allí en la repisa sobre la chimenea y otros pocos alrededor del perímetro de la habitación en los demás muebles. Luego debemos acortar los arreglos de la mesa.

Trabajando juntas, encontraron una mejor altura y recortaron cuidadosamente todos los arreglos de la mesa para que todos pudieran verse entre sí. Les tomó alrededor de media hora, y cuando terminaron, Fanny juró no volver a cortar otro tallo de flor jamás.

Agradeció a las criadas en nombre de su hermana y se reincorporó discretamente a la fiesta. Rebecca estaba al otro lado de la habitación, colgada del brazo de su prometido. Fanny captó su mirada y le dio una sonrisa rápida y, esperaba, tranquilizadora de que todo estaba bien.

Lord Letterford estuvo de repente al lado de Fanny.

—¿Tiene un momento ahora, Lady Rivers?

Un lacayo anunció el almuerzo.

Fanny se apartó con él mientras Rebecca hábilmente maniobraba a su futuro esposo e invitados hacia el comedor.

—No realmente en este momento.

Letterford permaneció a su lado mientras otros invitados pasaban.

—Entiendo por el duque que su visita al campo será corta nuevamente.

—Sí, debo volver a Londres dentro de dos semanas —confirmó ella—. Espero pasar mucho tiempo con mi familia.

—Es una lástima, pues había esperado tener la oportunidad de verla más.

Ella sonrió.

—Me temo que eso no será posible. Discúlpeme de nuevo, pero debo encontrar mi asiento para el almuerzo.

Lord Letterford sonrió ampliamente, sacando pecho.

—Tengo el feliz honor de sentarme a su lado hoy.

Fanny se sorprendió. Rebecca había prometido que no la sentaría al lado de Lord Letterford en ningún evento.

Letterford sonrió.

—Rafferty me hizo el favor y cambió mi lugar.

—¿Es así? —dijo Fanny, muriendo un poco por dentro ante la idea de estar atrapada con un hombre con quien tenía tan poco en común.

Pero no había nada que pudiera hacer más que sacar lo mejor de la situación y esperar que no se le propusiera frente a tantos testigos.

No podía esperar a mañana, cuando tendría al señor Dawes a su lado nuevamente. *Él* no sería sobornado ni engañado para dejar su lado por ninguna razón. Había compensaciones por ser una viuda con vastos recursos a su disposición. La lealtad *sí* podía comprarse.

—Qué suerte para mí —logró decir mientras tomaban sus asientos.

CAPÍTULO DOS

Jeremy Dawes nunca había estado tan lejos de Londres en su vida. Ni tampoco había permanecido voluntariamente tan cerca de otros seres humanos durante tanto tiempo. Jeremy escapó del estrecho confinamiento de la diligencia hacia el amplio espacio de la plaza del pueblo de Stapleton y miró a su alrededor, inseguro de lo que esperaba pero lleno de entusiasmo.

El pequeño pueblo estaba inundado de nuevas vistas y sonidos que absorbió con avidez. Había una amabilidad en los habitantes que encontró tranquilizadora casi de inmediato. Jeremy concluyó rápidamente que era poco probable que la buena gente de este pueblo le robara su nuevo sombrero de la cabeza o su costoso equipaje, pero se mantuvo alerta por si acaso. Los ladrones estaban en todas partes... y él debería saberlo.

Jeremy miró a los cocheros que gritaban una serie de órdenes a todos y volvió al vehículo. Estaba ansioso por recoger su baúl, consciente de que la calidad de la mano de obra era mejor que la de la mayoría de los que viajaban en el transporte público con él, y que lo había marcado como alguien a quien valía la pena robar. En la experiencia de Jeremy, esta tenía que ser la primera vez que parecía más próspero que sus semejantes. Era una situación bastante desconcertante en la que se encontraba, en realidad.

Jeremy había nacido pobre y esperaba serlo toda su vida. Había ahorrado y robado para sobrevivir desde que quedó huérfano de niño, demasiado joven para recordar que una vez tuvo una familia. En los últimos años había encontrado empleo en un teatro y disfrutado de un modesto éxito apoyando a los actores principales y suplentes mientras aprendía el oficio de fingir ser otra persona. Pero para salir adelante en la vida, había aprendido que los actores necesitaban un patrocinador.

Había encontrado el suyo... Lady Fanny Rivers. De repente, tener monedas de sobra en el bolsillo era todavía una gran novedad. Había guardado su primer chelín para recordarse a sí mismo de dónde venía. Ahora estaba a punto de embarcarse en su primer papel como protagonista en una obra muy privada. Su único pesar era que nadie en la compañía vería jamás su actuación.

Mientras el equipaje era arrojado descuidadamente, Jeremy se apresuró a recoger su nuevo baúl de viaje antes de que se dañara en la caída. Lo manejó junto con el maletín más pequeño que le había dado el hombre de negocios de Lady Rivers en Londres.

—Cuando esté listo, señor —llamó un hombre.

Jeremy se giró bruscamente para localizar esa voz y divisó a un anciano malhumorado que observaba cómo descargaban la diligencia desde un coche cercano. Lady Rivers había prometido que lo recibirían y lo llevarían a la finca de su padre, en lugar de tener que caminar todo el

trayecto a pie. El tipo podría parecer infeliz, pero claramente era algún tipo de sirviente de alto rango.

Se acercó al hombre. Sin anillos en los dedos. Un reloj de bolsillo con una cadena deslustrada cruzando su vientre. Diestro. —¿Viene usted de Stapleton Manor? ¿Lo envió Lady Rivers?

El hombre hizo una pausa para chuparse los dientes antes de responder, evaluando a Jeremy a su vez. —Así es, y sí, ella me envió.

Aliviado de no tener que esperar todo el día para terminar su viaje, Jeremy avanzó sonriendo. Era hora de *actuar*. —Soy el señor Jeremy Dawes.

El anciano alzó una ceja y luego lo miró de arriba abajo nuevamente. —¿Está seguro? No parece uno de sus amigos habituales.

—Sí. Lo soy. —Frunció el ceño, sin embargo, preocupado de no haber perfeccionado su disfraz—. ¿Cómo suelen ser sus amigos habituales?

—Tulipanes perfumados e inútiles, demasiado perezosos para limpiarse sus propios traseros —declaró el hombre.

Bueno, ese no era él. Jeremy podría haber dejado su propio equipaje para que el hombre se ocupara de él, pero el hombre era mayor que él, y no era nada perezoso para transportar sus propias pertenencias. Se distinguiría de los amigos *perfumados* de Lady Rivers por sus acciones. Colocó el maletín más pequeño en el asiento junto al conductor y luego aseguró su baúl de viaje en la parte trasera él mismo. Una vez que se aseguró de que todo estaba a salvo de pérdidas, subió junto al conductor y agarró el maletín pequeño en su regazo, consciente de que el sirviente lo observaba de cerca. —Cuando esté listo, señor.

—¿Señor? Vaya, vaya. —El hombre olisqueó el aire y gruñó cuando debió detectar que no había rastro de perfume—. Me llamo Fenton. Soy el mayordomo de su excelencia.

Jeremy extendió su mano. —Un placer conocerlo.

Fenton la miró pero negó con la cabeza. —Llega tarde.

—No por mis acciones, se lo aseguro —prometió Jeremy—. Probablemente ha habido docenas de pequeños retrasos en el camino. Gente olvidando su equipaje. Subiendo y bajando. Cambios de caballos. Nada de lo cual estuvo bajo mi control personalmente.

Fenton azotó las riendas sobre la grupa del caballo, y el carruaje se sacudió hacia adelante. Jeremy no estaba preparado y fue zarandeado. Se apresuró a sujetar el maletín de Lady Rivers, su sombrero y el asiento también. —¡Eh! ¡Tenga cuidado!

Fenton lo miró con los ojos entrecerrados. —¿Demasiado brusco para usted? —El hombre lo miró con amargura, chupándose los dientes—. Ella sí que sabe elegirlos.

—¿Perdone?

—Olvídelo. —El hombre azotó las riendas de nuevo, y avanzaron a un ritmo más rápido. Jeremy mantuvo una mano en su sombrero para evitar que se separara de su cabeza. Era el mejor sombrero que había tenido jamás y un regalo de Lady Rivers, al igual que todo lo demás que poseía.

Habían estado conduciendo durante veinte minutos antes de que el anciano hablara de nuevo. —Lady Rivers está de visita y no estará allí para darle la bienvenida a Stapleton.

—Oh —dijo Jeremy, sintiéndose algo decepcionado. Había esperado hablar con ella antes de tener que mezclarse con los invitados de la boda—. ¿Cuándo volverá?

—Sin duda cuando le plazca y ni un momento antes. —El hombre mantuvo los ojos en el camino—. Será mejor que recuerde que una mujer como ella hace lo que le place.

Jeremy estuvo de acuerdo. Ya había notado que Lady Rivers era una mujer independiente y de carácter fuerte. —¿Ha trabajado para la familia durante mucho tiempo?

El hombre le lanzó una mirada de sospecha. —Toda mi vida. Y espero estar aquí mucho después de que usted se haya ido por su camino, también.

Jeremy asintió. Su papel con Lady Rivers probablemente no sería de larga duración. Un breve momento bajo los reflectores durante las próximas dos semanas y luego una salida rápida y un regreso al teatro.

Se relajó un poco más en el asiento, pero el hombre a su lado seguía llamando su atención. Observó sus gestos, preguntándose si el hombre era naturalmente áspero o si su tono espinoso estaba estrictamente reservado para Jeremy. Un mayordomo normalmente no recogería a un invitado de la diligencia. —¿Hay muchos invitados alojados en Stapleton para la boda?

—Unos pocos, pero la familia ya está instalada y eso es todo lo que importa.

Lady Rivers le había explicado que tenía una familia numerosa. Él había memorizado todos los nombres y conexiones para no avergonzarse a sí mismo ni a Lady Rivers.

Fenton suspiró. —Ahí está.

—¿Dónde? —preguntó Jeremy, buscando un carruaje o un caballo que llevara a su dama en los campos cercanos. Estaba emocionado de verla de nuevo. Un actor siempre necesitaba complacer a su mecenas.

—La mansión, cabeza hueca.

—Oh. —Jeremy miró hacia donde el hombre señalaba ahora. Probablemente debería importarle que el mayordomo acabara de insultarlo, pero estaba demasiado sorprendido por lo que estaba viendo—. Vaya.

Stapleton era mucho más grande de lo que Lady Rivers había sugerido cuando lo convenció de pasar una quincena en el campo fingiendo ser su admirador más ardiente.

Fenton sonrió. —¿No es la vista más impresionante de toda Inglaterra?

Jeremy apenas sabía qué responder. Nunca había visto una sola estructura que pudiera rivalizar con ella. Pero había mucho en el mundo que Jeremy aún no había visto ni imaginado. Había algo en el lugar que hablaba de poder y riqueza. —Lady Rivers nunca mencionó que el tamaño de la casa fuera tan vasto.

—Claro que no. Creció en ella, se casó con un hombre que tenía otra igual. ¿Nunca has estado en su finca?

—Aún no.

Fenton entrecerró los ojos mirándolo. —¿Cuánto tiempo hace que conoce a Lady Rivers?

—Nos conocimos al inicio de la temporada.

El hombre ralentizó el carruaje, deteniéndolos, y se quedó allí admirando la mansión. Finalmente, se volvió hacia Jeremy. —¿Cuánto tiempo hace que comenzó a pagar por su manutención?

Era común que los actores tuvieran mecenas adinerados que los apoyaban económicamente, pero las mejillas de Jeremy se sonrojaron de todos modos bajo el escrutinio de Fenton. —Comenzó hace solo un mes.

Sus cejas se alzaron. —¿No el mismo día que se conocieron como todos los demás? Me sorprende que haya esperado tanto. La dama siempre está recogiendo desamparados.

Jeremy se sonrojó aún más. Sí, era un hombre mantenido. Vestido por una mujer rica. Era el sueño hecho realidad de todo actor. Había firmado un contrato. Era suyo, y ella se había comprometido a seguir cualquier escena que él considerara necesaria para asegurar que su ardid fuera un éxito completo. Pero Jeremy estaba seguro de que no resultaría tan simple como ella imaginaba. Ninguna actuación estaba libre de drama o contratiempos inesperados. —Es una mecenas muy generosa para aquellos de nosotros en las artes.

—Sí, ciertamente lo es. Los necesitados e inútiles acuden a ella como gansos a las migajas caídas.

Claramente Fenton no aprobaba a los actores. —¿Podemos irnos?

Fenton volvió a dar un golpe con las riendas sobre la grupa del caballo y la emoción de Jeremy creció.

Sí, Jeremy era tan necesitado y casi tan inútil como cualquier otro en el teatro. Pero al menos ya no le robaba a nadie. No lo necesitaba. Lady Rivers creía que tenía promesa como actor, o de lo contrario no le habría entregado el papel principal en su pequeña obra. Confiaba en él.

Pero una cosa en particular en la que ella había insistido era que mostrara respeto a todos los empleados en la finca de su padre. Incluso a los malhumorados, supuso. Tenía que ganarse a este Fenton, y asegurarse de que no dijera nada que perjudicara su actuación más tarde. Sonrió, decidido a ignorar el mal humor de Fenton. —A Lady Rivers le gustan los gansos. Tiene uno con un ala rota en Londres. Es una cosa viciosa y de mal carácter —confió Jeremy.

Fenton gruñó. —Probablemente demasiado duro para hacer una buena comida.

Él se rio. —Yo diría que sí. Lo llama Fent...

Jeremy cerró la boca y los ojos brevemente horrorizado. Ella llamaba a la malvada cosa *Fenton*. Lady Rivers había nombrado al ganso como el mayordomo de Stapleton, y Jeremy acababa de decírselo. ¿Cómo reaccionaría? ¿Ofendido?

Pero Fenton empezó a reír y no dijo nada más sobre el nombre del ganso mientras los conducía hacia la mansión.

Stapleton se acercaba y se hacía más grande. Jeremy comenzó a contar ventanas y tuvo que rendirse en veintiséis, pero había muchas más que se podían ver después de que ese número fuera superado.

Se detuvieron ante un conjunto de puertas imposiblemente anchas.

—Bueno —refunfuñó Fenton—. Bájese.

Jeremy descendió, aferrando el pequeño maletín de viaje bajo el brazo. Su conductor se quedó en el asiento, y ningún sirviente salió a ayudar, así que Jeremy no tuvo más remedio que recuperar su propio baúl de la parte trasera del carruaje. Una vez que lo tuvo, Fenton volvió a dar un golpe con las riendas sobre los cuartos traseros de su montura y se marchó sin otra palabra.

Jeremy se quedó en el camino, viéndolo partir con molestia. Estaba acostumbrado a ser tratado groseramente en Londres. Sabía lo que la gente pensaría de él cuando lo conocieran aquí también. Era un forastero, alguien que no pertenecía. Aún le parecía extraño que Lady Rivers le hubiera pedido que viniera al campo y no a alguien con más experiencia.

Miró lentamente a su alrededor, tomando en cuenta sus alrededores. Los terrenos de la Mansión Stapleton eran extensos y muy, muy vacíos de gente. Inquietantemente vacíos, de hecho. Ansiaba mucho estar adentro. —Supongo que tendré que llamar a la puerta yo mismo —murmuró entre dientes mientras avanzaba.

Antes de que pudiera tirar de la campana, las grandes puertas se abrieron de par en par y un trío de sirvientes salió trotando.

Un par de lacayos uniformados levantaron su baúl entre ellos y se apresuraron a entrar corriendo.

Un tercer hombre se quedó cerca de Jeremy. —¿Puedo llevar eso por usted, señor?

El maletín le había sido confiado. Había prometido no dejarlo fuera de su vista ni por un momento. —No.

—Muy bien, señor. Si me quiere seguir.

Jeremy entró en el vestíbulo de Stapleton, preparado para cualquier cosa, pero no pudo

contener el silbido que salió de sus labios. Nunca había visto una cámara tan hermosa en toda su vida, y esto era solo un vestíbulo de entrada.

El lacayo se volvió hacia él. —Espere aquí, por favor.

—Por supuesto —acordó Jeremy.

Jeremy miró alrededor, hacia arriba a las altas paredes decoradas con molduras de yeso de pájaros y lo que supuso eran retratos familiares. Una amplia escalera subía al siguiente nivel, donde le habían dicho que dormirían todos los invitados. La última cama de Jeremy había sido en el suelo en una esquina del escenario.

—Usted debe ser el señor Dawes.

Jeremy sonrió amablemente y se giró para encontrarse con un hombre alto que salía de una habitación cercana. Era grande, más alto que Jeremy por al menos media cabeza, mayor por al menos una docena de años más o menos, y bien podría ser el mayordomo.

—En efecto, lo soy —respondió Jeremy.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó el individuo con voz aburrida.

—Sí, bueno, ¿podría indicarme adónde debo ir?

—Los sirvientes ya han subido su baúl. Puedo mostrarle el camino.

El alivio lo invadió.

—Se lo agradecería mucho. Gracias.

El hombre inclinó la cabeza y comenzó a subir las escaleras.

—Por aquí.

Jeremy lo siguió, sin encontrarse con ninguna otra alma en el camino hacia una gran habitación llena de luz con una cama enorme colocada en el centro. La miró atónito. Al menos cuatro de sus compañeros actores podrían haber compartido esa cama y aún así estar muy cómodos. Apenas podía creer que la cama y la habitación serían suyas durante dos semanas enteras. Pero su baúl estaba siendo desempacado y sus nuevas posesiones ya estaban siendo guardadas.

El hombre se volvió hacia él, levantando una ceja.

—¿De verdad solo trajo un baúl?

—Sí, por supuesto. ¿Cuántos esperaba?

—Varios, imaginé —el hombre merodeó por la habitación, observando a los sirvientes en su trabajo y asintiendo. Se volvió hacia Jeremy de repente—. Me sorprende que haya adquirido tan poco, dada la duración de su asociación con Lady Rivers. Ella suele ser mucho más generosa con alguien como usted.

Jeremy se irguió en toda su estatura, ofendido por el comentario.

—Tengo todo lo que necesito.

El hombre acarició con sus largos dedos las letras del baúl. J. K. D.

—¿Qué significa la K?

—No es asunto suyo cuál sea mi nombre completo.

—¿Y si creo que sí lo es?

Jeremy se sorprendió por el tono del hombre.

—Mire, será mejor que se ocupe de sus asuntos y siga con lo suyo. A Lady Rivers no le agradaría saber que he sido sometido a un interrogatorio por su parte.

El hombre sonrió lentamente.

—¿Me va a delatar?

Jeremy lo miró de arriba abajo.

—No, pero...

—Lady Rivers es fácil de aprovechar —anunció el hombre.

—Eso se podría decir de cualquiera.

—Y sin embargo, usted tiene la mano extendida hacia ella —el hombre se acercó—. Solo otro petimetre en busca de atención, decidido a gastar una fortuna en finos sombreros de Lock's y frecuentar al mejor sastre que el dinero de ella pueda comprar. Weston, creo que es lo que lleva puesto.

Jeremy acercó su rostro a centímetros del hombre, con los puños apretados.

—Cuide su lengua si no quiere tener problemas conmigo.

—Oh, ¿se considera usted un gallito? ¿También asiste al club de Gentleman Jackson?

El hombre ni siquiera parecía alarmado por seguir siendo fulminado con la mirada, pero los otros sirvientes habían hecho una pausa para observar la confrontación. *Ellos* sí parecían alarmados.

Jeremy rápidamente controló su temperamento.

—No. Solo soy un actor, y Lady Rivers es mi mecenas. Es una gran dama y se habla de ella con respeto. Especialmente por aquellos que la han conocido más tiempo del que yo probablemente lo haré.

—¿Ya la tiene a usted bajo su pulgar, eh? —el hombre de repente sonrió—. Es una pícara persistente, mi hija. Aún no he conocido a un hombre que pueda decirle que no cuando se le mete una idea en la cabeza.

Jeremy parpadeó varias veces.

—¿Qué ha dicho? ¿Hija?

Los otros sirvientes se rieron disimuladamente, pero *el duque* los hizo callar.

—Ya basta. Vuelvan al trabajo, todos.

—Oh, Dios mío. Pensé que usted era... —Jeremy hizo una profunda reverencia, su rostro enrojecido al darse cuenta de que en realidad estaba frente al Duque de Stapleton, el estimado padre de Lady Rivers—. Perdóneme por no haberlo reconocido, su excelencia.

Stapleton se rio entre dientes.

—Pensó que estaba hablando fuera de lugar, obviamente.

—Sí —le aseguró Jeremy rápidamente—. Nunca le habría hablado de esa manera si...

El duque lo interrumpió.

—Es imposible, esa hija mía. Sale a su madre en ese aspecto. Bueno, fue divertido mientras duró, pero supongo que deben hacerse las presentaciones. Nicolas Westfall, Duque de Stapleton. Padre de la exquisita Lady Fanny Rivers. Una mujer cuyo honor usted defendió admirablemente, debo decir, con tan poca provocación.

Jeremy hizo otra reverencia, con el rostro aún enrojecido.

—Un placer, y lamento la falta de respeto cuando le hablé. Nunca debería haber...

—¿Expresado su opinión? Por supuesto que debería haber saltado en defensa de mi hija. Hice todo lo posible para provocarlo, después de todo. Supongo que Fenton fue igualmente grosero. Fue idea mía, pero estoy seguro de que accedió a mi petición con gran entusiasmo. Mi hija me ha contado todo sobre su *creciente interés en el teatro*, y aunque desapruebo su costumbre de acoger a desconocidos, estoy dispuesto a hacer concesiones durante su estancia por el bien de la paz. Pero tenga en cuenta que su tiempo entre nosotros es limitado —el duque se dirigió a la puerta mientras continuaba—. Será sometido a entrevistas peores cuando la familia se reúna de nuevo. La cena se servirá a las siete en punto. Enviaré a un sirviente a buscarlo, para que no se pierda. Use el traje de lana azul marino de Weston esta noche.

Cuando la puerta se cerró tras él, hubo un momento de silencio antes de que los sirvientes

estallaran en carcajadas de nuevo.

—Al menos no le pidió que removiera las brasas como hizo el último protegido de Lady Rivers —dijo uno.

Jeremy miró con severidad a los hombres a su alrededor.

—¿Hace eso con todos los nuevos conocidos de su hija?

—Oh, con frecuencia. Dice que puede juzgar mejor el carácter de alguien si creen que es un hombre común —todos se tocaron el flequillo, sonriendo—. Felices de estar a su servicio, señor Dawes. Si necesita algo, solo tire de la campana junto a la chimenea.

Jeremy cerró los ojos mientras salían. Había imaginado al Duque de Stapleton como un hombre distante y grandioso que miraría por encima del hombro a aquellos que consideraba inferiores, lo que debería haber sido todo el mundo. Jeremy en realidad había estado temiendo la presentación. Lady Rivers le había prometido que sería bienvenido en Stapleton, pero nunca imaginó que el duque sería quien le mostraría su habitación... o lo superaría en su primera escena.

CAPÍTULO TRES

Fanny se apresuró hacia la sala de estar del este, esquivando a otros invitados en la casa de su padre, ansiosa por reunirse con Jeremy Dawes. Había regresado demasiado tarde anoche para encontrarlo aún despierto, pero había preguntado por él y le habían asegurado que se le había dado toda consideración para su comodidad. Incluso había cenado con su padre, quien no había asistido a la casa de Lord Rafferty debido a algún tipo de emergencia en la finca.

—¡Lady Rivers!

—No puedo detenerme —protestó, levantando un dedo hacia Lady Eastwick, quien era una querida amiga—. Llego tarde a una reunión muy importante.

Fanny continuó apresurada, sabiendo que su prisa indecorosa despertaría la curiosidad. ¿Qué mejor manera de despertar interés que ser vista corriendo para encontrarse con un joven?

En el pasillo fuera de la sala de estar más pequeña de la mansión, se detuvo, tomó un respiro para calmarse y se alisó el cabello. Estaba extrañamente nerviosa, o quizás emocionada sería el término correcto. Estaba a punto de embarcarse en un pequeño engaño que garantizaría que permaneciera sin distracciones durante las próximas dos semanas.

Fanny llamó y luego se deslizó en la sala de estar donde se suponía que estaría Jeremy. Un desconocido con cabello corto y oscuro estaba de pie frente a la ventana dándole la espalda. —Oh, lo siento mucho —murmuró, disculpándose por haber entrado por error en la habitación equivocada.

—¿Lady Rivers?

Ella se volvió al reconocer la voz. —¿Jeremy?

—En carne y hueso —prometió él, extendiendo los brazos y sonriendo.

Fanny logró cerrar la boca con cierto esfuerzo y empujó la puerta para cerrarla detrás de ella. Lo miró fijamente, cada vez más asombrada con cada paso que daba en su dirección. Era casi irreconocible desde la última vez que lo había visto. Si no fuera por el verde de sus ojos rodeados de largas pestañas y la sonrisa coqueta de sus labios, quizás nunca habría creído que se habían conocido. —¿Qué te ha pasado?

Su sonrisa se desvaneció y miró su atuendo. —Weston, Lock y Hoby, y el ayuda de cámara que enviaste para vestirme todos los días, supongo. —Se pasó la mano por la cabeza rapada—. ¿Me equivoqué al seguir sus sugerencias?

—No —le aseguró apresuradamente, acercándose para una inspección más detallada. Tenía la misma altura, solo que ahora parecía mucho más musculoso. Y ahora que su cabello oscuro extremadamente largo había sido recortado lejos de su rostro, parecía un hombre completamente cambiado. Mayor, más seguro de sí mismo. La diferencia en su presencia era notable, y podría

tomarle un tiempo acostumbrarse al cambio. Antes le había parecido agradable a la vista, pero ahora... bueno... las damas se desmayarían.

Absolutamente parecía un caballero del *ton*. —Te ves exactamente correcto para mí.

—Me alegro. Por un momento temí que estuvieras descontenta.

—No, en absoluto. —Ella lo rodeó, inspeccionándolo de pies a cabeza. El abrigo de Weston perfectamente ajustado acentuaba sus anchos hombros y el resto revelaba su figura esbelta. Se mordió el labio, gustándole mucho lo que veía—. Gracias por venir.

—Por supuesto —dijo y luego ofreció una reverencia cortesana—. Lady Rivers, usted es, como siempre, la mujer más radiante de toda Inglaterra.

Ella extendió sus manos, sonrojándose ante sus palabras. —Señor Dawes, siempre tan adulador.

—Ni una palabra de lo que digo es falsa —prometió.

Fanny estabilizó su sonrisa. Era tan susceptible a la adulación como cualquier otra mujer. Pero ella era su patrona primero y tenían asuntos que discutir antes de que comenzara su juego. —¿No quiere sentarse y hablar conmigo?

—Hasta el fin de los tiempos —prometió con una sonrisa juguetona.

La primera vez que se habían conocido había sido en el teatro. Ella no había ido allí para conocerlo a él sino a otro actor más popular que había pedido una presentación. El actor había resultado ser arrogante y mucho menos interesante que el suplente del suplente, acechando en las sombras e imitando al hombre con quien ella estaba hablando. Jeremy, una vez que ella había despedido al protagonista, se había acercado y había comenzado a halagarla escandalosamente, haciéndola sonrojar y reír mientras hacía malabares con empanadas de cerdo para su diversión y las hacía desaparecer.

Hasta el día de hoy, no tenía idea de qué había hecho con ellas.

Fanny se consideraba una buena juez de carácter. Jeremy Dawes le había interesado desde el principio y aún lo hacía. Lo había buscado en actuaciones posteriores, y rápidamente había decidido apoyar sus ambiciones por papeles más importantes. Y cuando surgió una necesidad más apremiante fuera del teatro, Jeremy había sido fácilmente convencido para su causa.

Ella señaló un par de sillas elegantes cercanas y se sentó. —¿Tuvo un viaje cómodo, señor?

Jeremy Dawes apartó las colas de su abrigo antes de sentarse lentamente en el borde de su silla como lo haría cualquier hombre bien educado. —Tan bien como se puede esperar en la diligencia, supongo. —Sonaba tan apropiado ahora, comparado con la forma en que había hablado una vez cuando estaba actuando el papel de un comerciante amargado y gruñón. Se inclinó junto a la silla y le presentó un maletín de cuero—. Esto es suyo, creo.

—Oh, gracias. No puedo imaginar por qué lo dejé atrás. —Fanny rápidamente verificó que el contenido fuera como lo recordaba: papeles relacionados con una adquisición reciente. Todo parecía estar en orden, y cerró el cierre nuevamente—. ¿Ha comido hoy?

Jeremy sonrió. —Siempre pensando en mi estómago, mi lady. Sí, lo he hecho. Un sirviente trajo una bandeja a mi habitación con los cumplidos del duque. Me decepcionó mucho que no hubiera ni una sola empanada de cerdo a la vista, sin embargo.

—Mi padre no conoce tu pasión por las empanadas de cerdo, aunque me alegra que se haya interesado por ti. Eso ayudará a solidificar tu razón para estar aquí. Estaba bastante sorprendido por nuestro arreglo.

Jeremy se encogió de hombros. —No le daré ninguna razón para lamentar mi venida.

—Bien. Me aseguraré de que seas presentado a todos lo antes posible, y luego podremos continuar como...

—¿Enamorados? ¿Posibles amantes? —La sonrisa de Jeremy se extendió lentamente en su rostro mientras Fanny se sonrojaba de nuevo—. Debo admitir que estoy ansioso por expandir mi papel tanto como sea posible, mi lady. Pero tengo algunas preguntas.

—Responderé si puedo.

—¿Puedo ocasionalmente olvidar las formalidades y referirme a usted por su nombre de pila? Creo que transmitirá más fácilmente nuestra creciente familiaridad que cualquier contacto físico evidente. No inmediatamente, por supuesto. No deberíamos golpear a nuestra audiencia en la cabeza con la sugerencia.

—Supongo que podrías, siempre y cuando la situación requiera tal intimidad entre nosotros.

—Bien —se inclinó hacia ella—. ¿Por dónde empezamos?

—Con las presentaciones, pero lamentablemente tendrán que esperar. Tengo una necesidad urgente de hacer una visita a la casa de un vecino esta mañana.

—¿Podría tener el honor de escoltarla?

—¿Por qué no? Podemos continuar nuestra conversación en el camino —se detuvo para mirarlo—. Oh, ¿ya había hecho planes para hoy?

Él negó con la cabeza.

—No tengo intención de hacer planes sin hablar primero con usted durante las próximas dos semanas.

Él había prometido que estaría completamente a su disposición durante las próximas semanas. Un regalo que ningún otro hombre le había dado tan fácilmente.

—Tenía tantas ganas de verlo anoche, pero regresé muy tarde. Debe de haber estado muy cansado por su viaje.

—Podría haberme despertado. No habría puesto objeciones.

—Eso podría haber sido demasiado obvio, y no quiero que todos piensen que carezco de sensatez.

—Yo tampoco.

—Una cosa es parecer involucrados sin proporcionar pruebas de que podríamos estarlo.

—Bueno, estoy disponible para cualquier escena que considere necesaria.

Fanny dejó que sus ojos vagaran sobre él nuevamente. Había demasiado que admirar ahora en ese apuesto conjunto. Él solo estaba aquí para coquetear con ella y aparentar que podrían estar involucrados.

—Gracias. ¿Está listo para acompañarme ahora?

—Por supuesto. Ya tengo mi nuevo sombrero esperando allí para una excursión como esta —Jeremy se puso de pie, recogió su sombrero y se lo colocó cuidadosamente en la cabeza. Extendió su mano hacia Fanny cuando terminó—. Mi señora.

Ella sonrió y recogió su cofia y su chal también. Jeremy la ayudó a ponerse el chal, sus dedos rozando ligeramente su hombro.

Ella lo miró.

—Debo decir que el tiempo que ha dedicado a su papel ha sido bien empleado. Su forma de hablar y su porte son exactamente los adecuados para el entorno. ¿Está de acuerdo?

—Estoy seguro de que los caballeros que he estudiado como inspiración para mi papel habrían encontrado al menos tres cosas mal en mi actuación.

—Nunca lo sabrán —prometió ella. Fanny había invitado a varios amigos varones a una cena una noche y le había pedido a Jeremy que se hiciera pasar por un sirviente para observarlos en acción. Él había dicho que la conversación durante el oporto había sido bastante grosera, pero que el resto había valido la pena verlo.

Salieron al brillante sol y de inmediato oyeron gritos. Fanny suspiró.

—Mis sobrinos están en las suyas otra vez.

—Me sorprende que no estén encerrados en la guardería —murmuró Jeremy en voz baja.

—Sería imposible mantenerlos encerrados dadas sus naturalezas aventureras —los sobrinos de Fanny podrían ser descritos como traviesos por quienes no eran de la familia. La familia sabía mejor. El par eran engendros del diablo. De rostro angelical pero poseídos de imaginaciones inagotables—. Probablemente los verá por todas partes. Venga rápido antes de que me vean e intenten seguirnos.

El viaje a la finca de los Hawthorne era un agradable paseo cuando uno no se apresuraba, y Fanny ralentizó sus pasos una vez que llegaron a la seguridad de los árboles, bien lejos de la vista de las muchas ventanas de la Mansión Stapleton.

—¿A quién va a ver?

—Al señor y la señora Hawthorne. Vecinos del otro lado de estos bosques.

—Maravilloso —la miró, frunciendo el ceño—. También necesitamos hablar sobre cómo nos saludamos.

—No entiendo.

—Para interpretar el papel de una dama enamorada, necesitará comportarse de cierta manera. ¿Recuerda sus actuaciones favoritas en el teatro donde los personajes se encuentran por primera vez?

—Algunas —dijo ella.

—Cuando aparezca en una habitación, lo más probable es que intente captar su mirada. El grado de bienvenida en su respuesta deberá crecer a medida que pase el tiempo. Pero demasiado entusiasmo al principio parecerá falso. El peligro estará en permitir que nuestro entusiasmo arruine la actuación. Normalmente se resuelve durante los ensayos, pero sospecho que tenemos poco tiempo para eso. Déjeme mostrarle.

Tomó su mano, la levantó y alzó los hombros mientras declaraba efusivamente:

—Mi señora, ha pasado demasiado tiempo.

Fanny soltó una risita.

—¿Ve? Totalmente falso —se reposicionó a unos metros de distancia—. Ahora esto...

Encontró su mirada y una suave sonrisa se dibujó en sus labios. Sus pasos fueron pausados mientras se acercaba a ella por segunda vez, y nunca apartó la mirada.

—Mi querida señora, ha pasado demasiado tiempo —tomó su mano extendida y el grado de calidez en su sonrisa aumentó un poco—. Ahora responda —susurró por la comisura de la boca.

—Oh, sí —respondió Fanny, haciendo su mejor esfuerzo por inventar algo adecuado—. Señor Dawes, cómo lo he echado de menos —prometió, haciendo todo lo posible por imitar las inflexiones de una mujer enamorada.

—Quizás un poco demasiado fuerte —sugirió él—. Recuerde que no estamos tratando de golpearlos en la cabeza con la sospecha. Un indicio de preferencia es todo lo que necesitamos para hacer parecer que hay romance en el aire.

Llevó su mano a sus labios. Aunque podría parecer así para cualquiera que los observara, sus labios nunca tocaron sus guantes. Levantó los ojos hacia ella y le guiñó un ojo.

Fanny luchó contra un rubor.

Él soltó su mano sin besarla.

—Ahora esa fue una escena bien interpretada, diría yo. Una lástima que no hubiera testigos.

Fanny asintió, de repente consciente del calor en sus mejillas y del rápido latir de su corazón. Apartó la mirada de él.

—Debería haber al menos uno la próxima vez.

—Y uno es todo lo que necesitamos para comenzar una sospecha —le ofreció su brazo—. ¿Continuamos?

—En efecto.

Él la miró con una sonrisa traviesa.

—Londres estaba tranquilo sin usted.

Ella lo miró preocupada.

—¿Aún no había noticias de cuándo comenzarán los ensayos de la nueva obra?

—Ninguna —prometió—. Y estoy agradecido, además, porque tendré más tiempo y energía para dedicarle a usted. Prometo poner todo mi esfuerzo en hacer esta actuación lo más realista posible y no ser una vergüenza.

—Señor Dawes, usted nunca podría avergonzarme.

—Gracias. Espero que tenga razón.

Sonrió al joven actor a su lado, esperando alentarlo a ser más optimista. Su obra sería un éxito a sus ojos si los cazafortunas la dejaban en paz, y si no salía exactamente como lo planeado, haría los ajustes correspondientes.

De vez en cuando, un rayo de luz lo iluminaba, revelando alguna que otra hebra cobriza en su cabello. Ahora se veía bastante apuesto. Pero Jeremy no necesitaba entrenamiento para hacer girar la cabeza de una mujer. Tenía una lengua ágil para la adulación, lo cual era muy útil en sociedad. —Realmente pareces el personaje, y suenas como tal a mi oído.

—Consideraré eso el mayor cumplido de mi vida —prometió él, colocando su mano libre sobre su corazón.

Fanny rio, aferrándose a su brazo. El hombre era escandaloso.

Caminaron lado a lado, el señor Dawes acribillándola con preguntas sobre la familia y su hogar de la infancia. Pero constantemente miraba a su alrededor. —¿Sucede algo malo?

—Es inquietante bajo tantos árboles.

—Siempre he pensado que los árboles son románticos. Tuve mi primer beso en estos mismos bosques —admitió ella con una risa.

Jeremy la miró con una ceja levantada. —¿Puedo preguntar quién fue el afortunado? ¿O fue su difunto esposo?

—Una dama nunca lo revela —dijo ella con una sonrisa coqueta.

—No fue su esposo entonces —adivinó, correctamente además—. ¿Así que el caballero sigue libre, o su padre lo encerró en su mazmorra por su osadía?

Fanny rio. ¿Qué diría si supiera que Fanny había sido quien se tomó las libertades? La gente siempre asumía que había sido una niña buena, lo cual era un error de su parte, realmente. —Mi padre no es un tirano, y tampoco tiene una mazmorra. Papá nunca supo de ese beso y nunca lo sabrá.

—¡Ja! Así que fue besada por un sinvergüenza, y se salió con la suya. Maldito afortunado.

—Supongo —murmuró ella—. En realidad, estoy muy contenta de nunca haber tenido que casarme con él. Los sinvergüenzas hacen pésimos maridos en mi opinión.

—Y esa es la única opinión que importa hoy —prometió él.

Ella lo miró con curiosidad. —Entonces, ¿dónde tuvo lugar su primer beso, señor Dawes?

—Oh, no. Aún soy inocente —prometió con un guiño pícaro—. Nunca he sido besado.

Fanny rio abiertamente ante su jactancia. —Por todos los medios, guarde sus secretos. No pretendo entrometerme.

La sonrisa de Jeremy se ensanchó. —Sí, lo hace, mi señora. Ha estado indagando en mi

pasado desde el día que nos conocimos.

—Es su culpa por ser tan misterioso —se quejó ella.

Él miró hacia adelante. —No hay nada en mi pasado que una dama respetable necesite escuchar.

Fanny no estaba de acuerdo, pero Jeremy era obstinado en ciertas cosas. Le había tomado un mes descubrir que carecía de familia u hogar aparte del teatro.

Finalmente llegaron a un arroyo que gorgoteaba con piedras para cruzarlo. Era un bonito lugar escondido en lo profundo del bosque. —Aquí estamos.

El señor Dawes miró alrededor, entrecerrando los ojos. —¿Es aquí donde ocurrió su infame primer beso?

—Disfrutado, y sí, volvía de una fiesta y se me metió una piedra en la zapatilla. Tuve que detenerme para quitarla y me había quedado atrás.

—Y el sinvergüenza se aprovechó de su falta de carabina.

No podía seguir mintiendo cuando la verdad era más divertida. Negó con la cabeza. —Fui yo quien se aprovechó de él.

Jeremy Dawes parpadeó, pero luego sus ojos se iluminaron de deleite. —¿*Usted* lo hizo?

Ella se encogió de hombros. —Yo era una precoz joven de dieciséis años y estaba decidida a tener mi primer beso antes que mis hermanas menores. Cuando terminó, me sentí decididamente presumida durante semanas.

Normalmente no confiaría sus conquistas pasadas a nadie. Sin embargo, tenía un papel que interpretar y sentirse cómodos el uno con el otro ayudaría a sus actuaciones. Ella era una dama enamorada a partir de hoy. Caminando junto a un hombre apuesto al que admiraba. Las lenguas debían agitarse lo suficiente cuando los vieran juntos para que sus verdaderos pretendientes lo pensaran dos veces antes de interrumpir.

Jeremy negó con la cabeza. —El mío fue con una prostituta.

Fanny hizo una mueca. ¿Primer beso o encuentro sexual? Él no lo aclaró más, y Fanny no preguntaría. Sospechaba que bien podrían ser lo mismo para un hombre de su origen. Pero se sintió mal por él. No parecía que su primer beso fuera un recuerdo tan feliz como el de ella siempre había sido.

—Sabía que se sentiría repugnada.

Ella puso una mano en su brazo. Eran muy diferentes, pero no dejaría que eso manchara su opinión sobre él. —Señor Dawes, no pretendo en absoluto criticarlo, pero lamento el encuentro por la obvia falta de afecto en su voz cuando habló de la experiencia. —Lo estudió un momento y luego, ya que estaban solos, se estiró de puntillas para besarlo en la mejilla.

Él sonrió tímidamente. —Eso no estuvo mal, pero creo que podría hacerlo mejor.

—Oh —se quejó Fanny mientras lo golpeaba con la mano—. ¿Ahora también me va a enseñar a besar?

—Besar frente a una audiencia es diferente que besar de verdad —le informó. Se acercó, tomando su mano, sosteniéndola contra su pecho. Su rostro se inclinó hasta quedar a una pulgada de sus labios. Se detuvo allí, sus ojos marrones calentándola por completo—. Es más convincente si el beso pudiera suceder pero no sucede.

Ella lo miró a los ojos, esperando ser besada, y cuando su mirada se desvió hacia sus labios, casi no pudo respirar por la anticipación que la recorría. —Jeremy.

—Fanny, querida —dijo él con un suspiro, pero de repente dio un paso atrás y soltó su mano —. Así.

La decepción que Fanny sintió fue increíble. Había imaginado que la besaría, pero todo era

una actuación. El hechizo se rompió. La escena terminó.

Fanny le dio otro golpe en el brazo por engañarla, pero luego rio junto con él. Era solo un juego. —Eres terriblemente creíble.

—Si solo la compañía pudiera verme ahora. Me garantizarían un papel protagónico contigo como mi pareja. —Jeremy puso sus manos detrás de la espalda—. Todavía queda un largo camino por recorrer, ¿no es así?

Fanny se llevó la mano al vientre, dándose cuenta de que su estómago aún daba pequeños vuelcos de decepción por aquel beso fingido que casi ocurre. —Sí, y deberíamos irnos para poder regresar a tiempo para el almuerzo con todos. Te presentaré a todos entonces.

Se pusieron en marcha de nuevo, y Fanny luchó por encontrar un nuevo tema de conversación, en lugar de volver a hablar de sus pasados amoríos y su actuación actual.

El señor Dawes galantemente le tomó la mano cuando encontraron raíces de árboles que habían hecho irregular el sendero. La ayudó a cruzar y luego la soltó. —¿Cuándo conoció usted a Lord Rivers?

—Unos años después de mi primer beso. Él era mucho mejor que el sinvergüenza y tenía mucho que enseñarme sobre la pasión.

Jeremy rio suavemente. —Empiezo a sospechar que tenía poco que enseñarle sobre la pasión, salvo la mecánica del acto.

Cuánta razón tenía. Para cuando Fanny se había casado, ya había devorado cada palabra lasciva escrita sobre la intimidad y había cotilleado con amigas, casadas o no, sobre sus encuentros románticos. Estaba bien preparada para tomar marido la primera vez. Podría parecer y sonar como una dama respetable, pero su mente era decididamente perversa. —Señor Dawes, hay otra delicada conversación que debemos tener antes de que sea presentado a los invitados de la boda.

—¿Ah, sí?

—Sí, y me temo que es una conversación un poco incómoda. Si se encuentra con una dama que le guste, dígamelo, y sea discreto si organiza un encuentro privado con ella.

Sus ojos se habían agrandado mientras ella hablaba, y continuó.

—Los caballeros y las damas de la *ton* tienen la tendencia a saltar de cama en cama en las fiestas en casas de campo, y aunque no se desalienta, puede tener graves consecuencias. Las damas casadas poseen cierto grado de aburrimiento con sus maridos, muchas piensan que las reglas ya no se aplican una vez que han cumplido con su deber de dar un heredero sano y un repuesto. Todos los caballeros apuestos, ricos o no, casados o no, generalmente se consideran presas legítimas. No quisiera que se viera envuelto en un escándalo, sin ser consciente del peligro o las consecuencias.

Él asintió. —¿Se refiere usted a las consecuencias de ser citado en un proceso de divorcio?

—Estaba más preocupada por que tuviera que encontrarse con un marido al amanecer para un duelo de honor —susurró.

Él se rio. —No tenía planeado besar a ninguna mujer casada. Ni a ninguna en absoluto.

Una mezcla de alivio y decepción la invadió. —Según mi hermano menor, nadie lo planea nunca hasta que se presenta la oportunidad.

—¿Su hermano, Lord Samuel Westfall?

—Sí, me temo que es algo libertino. La mitad de mis amigas creen estar enamoradas de él.

—Ama pero nunca ofrece matrimonio. ¿Por qué? ¿Tiene una amante?

Fanny sintió una punzada de incomodidad ante la pregunta, pero en su papel de enamorado, Jeremy podría encontrarse en una situación en la que se esperara que conociera ciertos detalles

personales de los miembros de su familia. —No que yo sepa. Estuvo casado una vez, pero ella murió, y nunca superó la pérdida. Yo también extraño mucho a Gabriella todavía. Era una mujer excelente y una buena hermana.

Jeremy Dawes asintió lentamente, observándola. —Dicen que las bodas traen felicidad y melancolía. Por eso tantas obras de teatro las incluyen.

—En efecto, así es. —Llegaron al borde del bosque y se detuvieron para admirar la vista de la finca Hawthorne desde la entrada del límite. Fanny escudriñó la distancia y suspiró. La hermosa casa solariega y los edificios anexos no habían perdido nada de su encanto desde su última visita. Aunque...

Entrecerró los ojos para mirar de nuevo la tierra y los edificios, notando quizás los primeros signos de descuido. —Los Hawthorne no tienen los mismos fondos que mi familia. Pero son buenas personas. Ayer escuché un rumor de que no todo iba bien, sin embargo. Ya veo problemas aquí. Cierto descuido.

Jeremy la miró rápidamente, y luego al huerto invadido por las malas hierbas. —Espero que no sea cierto.

—Yo también, Jeremy. Yo también —susurró.

CAPÍTULO CUATRO

Jeremy se mantuvo a distancia mientras Lady Rivers saludaba a una anciana cansada en una sala de estar descolorida.

—Querida, habría venido antes si hubiera sabido que las noticias eran tan sombrías.

Los ojos de la señora Hawthorne se llenaron de lágrimas.

—No quería creer que pudiera perderlo —susurró—. No así. No todavía. Los niños necesitan a su padre. ¿Qué haremos sin él?

Lady Rivers tomó a la señora Hawthorne de la mano.

—Antony es el mejor de los hombres, y tengo la esperanza de que aún pueda recuperarse. Debemos tener fe.

La señora Hawthorne parecía no haber dormido en una semana o más. Sus ojos estaban hinchados, quizás de tanto llorar, y había profundos surcos de pena grabados en su rostro. Aunque se alegraba de presenciar una escena tan llena de dolor, Jeremy deseó haber esperado afuera.

Desafortunadamente, las palabras de Lady Rivers solo llevaron a la mujer más cerca del borde de las lágrimas. Perder a un esposo y padre debe ser difícil. Jeremy nunca había conocido a sus padres, o si los había conocido, ahora no podía recordarlos.

La señora Hawthorne pareció calmarse lentamente, pero luego miró hacia Jeremy con una sonrisa de disculpa, como si acabara de recordar que él estaba allí de pie escuchándola llorar. Se secó las lágrimas.

—Creo que no nos han presentado.

Fanny sonrió e hizo un gesto a Jeremy para que se acercara.

—Querida, este es el señor Jeremy Dawes, mi nuevo amigo de Londres. Es actor y nos acompañará en la boda de mi hermana.

La mujer murmuró un saludo de bienvenida.

—Oh, sí, la boda. Un evento que seguramente será tema de conversación durante muchos años. Lamenté mucho haberme perdido la boda de su padre con la querida Gillian, y la suya también. Ahora podría perderme esta también.

—Mi boda fue hace muchos años —murmuró Lady Rivers.

—Estaba usted tan hermosa —afirmó la señora Hawthorne.

—Lo era entonces.

En opinión de Jeremy, Lady Rivers era hermosa ahora. Tenía tanta vitalidad y una maravillosa costumbre de reírse de casi todo lo que él decía. Había unos cuantos años de diferencia en sus edades, siendo Jeremy más joven, si estaba en lo cierto sobre su propia edad.

La señora Hawthorne se secó los ojos.

—Tal vez tenga suerte y asista a la próxima boda. La suya quizás.

Fanny negó con la cabeza.

—Nunca volveré a casarme. Usted lo sabe.

La señora Hawthorne suspiró.

—¿Ni siquiera por amor?

Ella rio suavemente.

—Especialmente por eso no. El amor me sentaría muy mal. Estoy disfrutando demasiado la vida por mi cuenta.

—A mí me sienta muy bien —la señora Hawthorne sorbió por la nariz—. No puedo soportar pensar en un mundo sin mi Antony.

De repente, Fanny estaba abrazando a la mujer, pero Jeremy la oyó susurrar:

—Si yo pude sobrevivir a la pérdida de Rivers, usted también puede.

Y entonces la señora Hawthorne se derrumbó por completo, llorando a lágrima viva.

Cuando Lady Rivers continuó sosteniendo a la mujer que lloraba, Jeremy comenzó a retroceder hacia la puerta. Aquí es donde la escena debería terminar naturalmente si fuera una obra de teatro. Había poco que él pudiera hacer o decir para consolar a una mujer a punto de perder al amor de su vida. Todos morían, los amaras o no.

Jeremy había llegado al umbral cuando Fanny notó que su intención era irse.

—Gracias —articuló con los labios, con sus brazos aún rodeando a la mujer que sollozaba.

Él retrocedió hacia la puerta principal, sin saber qué hacer consigo mismo ahora. Pero esperaría, por supuesto, para cuando Lady Rivers lo necesitara de nuevo.

Sin embargo, antes de alcanzar la paz del exterior, oyó un sonido.

Un susurro rápidamente silenciado. Un gemido o un sollozo.

Un niño pequeño.

Jeremy miró alrededor buscando la fuente y encontró cinco pares de ojos tristes observándolo desde un asiento junto a la ventana en la habitación más cercana. Fanny solo había mencionado que había una hija en edad de casarse, no que hubiera un puñado de pequeños también. Parecían tener edad para caminar y hablar, pero estaban sentados solos, sin un sirviente a la vista para cuidarlos. Sus rostros tristes conmovieron su corazón.

Entró con cautela en la habitación y se bajó a su nivel.

—Buenos días.

Pero ellos solo lo miraron.

Los niños vestían batas y tenían el pelo cortado a la altura de las orejas. Era imposible distinguir a los niños de las niñas por la forma en que estaban vestidos. Probablemente eran demasiado pequeños para entender el alcance de la pérdida que estaba a punto de sufrir la familia, pero estaban tristes de todos modos.

—Estarán bien si se cuidan unos a otros, se los prometo —dijo, esperando que eso pudiera ser cierto—. ¿Cómo se llaman?

—Les han dicho que guarden silencio —dijo de repente una mujer detrás de él—. Y que no hablen con extraños.

Jeremy se puso de pie de un salto y se enfrentó a una mujer en edad de salir. A pesar de la mirada severa, parecía agotada de espíritu y se parecía mucho a la señora Hawthorne. Esta solo podía ser la hija en edad de casarse de la que había oído hablar.

—Usted debe de ser la señorita Hawthorne.

Ella no hizo nada para confirmar ni negar.

—¿Quién es usted?

—El señor Dawes. Soy un buen amigo de Lady Rivers. Debe de no haber visto su llegada a pie desde el bosque.

—No. Estaba dando un paseo en la dirección opuesta —dijo lentamente, pero aún parecía escéptica.

—Lady Rivers y su madre están justo al final del pasillo en la sala de estar.

La señorita Hawthorne miró hacia el pasillo y luego de vuelta a él, con los ojos llenos de sospecha.

Jeremy puso las manos detrás de la espalda.

—Prometo no moverme de este lugar hasta que usted lo confirme.

Ella frunció el ceño y luego corrió por el pasillo. En la puerta de la sala de estar, gritó y entró precipitadamente. Los niños siguieron a su hermana mayor. Jeremy podía imaginar un afectuoso saludo intercambiado dentro de la sala de estar, pero se quedó clavado en el sitio hasta que la señorita Hawthorne apareció de nuevo y lo liberó de su promesa.

—Lady Rivers me pidió que le recordara que no se alejara demasiado.

Él asintió.

—Solo tenía la intención de pasear por los jardines más cercanos a la casa.

Ella miró de nuevo dentro de la sala de estar, con el ceño frunciéndose.

—Dijo que eso sería lo mejor.

Al volverse, notó de nuevo a los niños. Su personaje, si iba en serio con cortejar a Lady Rivers, ciertamente intentaría ganarse a sus amigos y ser útil. —¿Me permitiría llevar a los niños afuera para que tomen aire y hagan ejercicio? Solo en los jardines. Han estado muy callados, y creo que les animaría estar bajo el sol.

La señorita Hawthorne pareció desplomarse ante su oferta. —Ha sido muy difícil entretenerlos.

—Entonces, por favor, permítame ser de ayuda. Quizás los niños puedan mostrarme sus lugares favoritos para jugar afuera.

—Creo que les gustará eso.

Con otra sonrisa rápida, Jeremy extendió una mano hacia los pequeños. —¿Vamos afuera a ver si podemos encontrar algunas flores bonitas para alegrar la sala de estar de su madre?

Se precipitaron hacia afuera, ignorando su mano extendida pero agarrándose entre ellos. Jeremy los siguió, observándolos correr por los jardines, luego detenerse para conversar entre susurros. De repente, salieron disparados hacia una lejana puerta del jardín.

—¡Esperen! Por favor, no tan lejos —gritó, pero fue ignorado.

Jeremy alargó su zancada y los persiguió hacia lo que parecía ser un huerto, molesto porque esos niños aparentemente plácidos eran tan astutos como cualquier suplente demasiado ambicioso decidido a robar la escena. Finalmente los encontró a todos sentados bajo un manzano, tomados de las manos y susurrando.

Contó las cabezas para asegurarse de que los tenía a todos.

Luego contó de nuevo, porque tenía dos cabezas más de las que creía haber empezado.

Pero entonces se encogió de hombros. Lady Rivers no había dicho cuántos eran los Hawthorne. Ahora tenía siete, en lugar de los cinco con los que había comenzado. Esos podrían ser todos o quizás había más en algún lugar de la propiedad.

No parecían necesitarlo para entretenerse, así que se apoyó contra un viejo manzano, un observador silencioso. Jeremy miró a su alrededor y alzó la mano para rozar una manzana que colgaba sobre su cabeza. No tenía hambre, así que la dejó allí para que terminara de crecer. Pero

antes de que Lady Rivers y su dinero entraran en su vida, no habría dudado en tomar lo que necesitaba para sobrevivir.

Estaba bien versado en actividades criminales, aunque Lady Rivers no tenía idea de su pasado. Y nunca lo sabría si él se salía con la suya. Para ella, su vida comenzaba y terminaba en el teatro. Perdería su patrocinio si ella se enterara de que su primera profesión había sido la de ladrón... y que había sido bastante bueno en ello.

Miró alrededor de nuevo, asimilando su entorno. Qué mundo para crecer. Sin suciedad, comida abundante esperando ser recogida y comida de cualquier árbol o vid. Esta familia era más afortunada que cualquiera que hubiera conocido. Tendrían todas las oportunidades en la vida.

Se dio cuenta de que los susurros continuaban, y las miradas en su dirección aumentaron en número, luego los niños se pusieron de pie de nuevo. Corrieron por el jardín, alejándose de él, recogiendo flores, un poco de cada planta, y una vez que tuvieron suficientes, volvieron a correr juntos.

Jeremy se vio obligado a perseguirlos, y se alegró de que su prisa pareciera ser un regreso a la casa de los Hawthorne solamente.

Los alcanzó justo cuando empezaban a subir las escaleras.

Pero entonces comenzaron a arrastrarse, caminando de puntillas a través de la entrada hacia el oscuro pasillo interior. Jeremy los siguió de manera similar, tan silencioso como había sido cuando se colaba en la casa de un extraño, porque sintió un cambio en el aire dentro de la casa. Años de observar a otros y escuchar sus instintos le dijeron que no todo estaba bien.

Al final del pasillo, los sirvientes se habían reunido, con los rostros bajos. Dedos cubriendo sus labios.

Y en la habitación frente a la que estaban, una mujer de repente comenzó a gemir, desesperadamente triste.

Con el corazón roto.

Jeremy se quedó helado mientras el horrible sonido de la pérdida se desvanecía, solo para comenzar de nuevo.

Si no se equivocaba, el señor de la casa acababa de fallecer.

Jeremy bajó la cabeza y envió una breve oración por el alma del hombre. Pero dos de los chicos guiaron a los demás por el pasillo, dirigiéndose hacia esa habitación lejana.

Jeremy dudó en seguirlos pero decidió que debía hacerlo, en caso de que le pidieran que los llevara lejos de nuevo.

Llegó a la puerta y vio a los Hawthorne abrazándose junto a una gran cama.

Lady Rivers estaba cerca, con la espalda presionada contra la pared, lágrimas silenciosas corriendo por sus mejillas en señal de duelo.

Fue a su lado, y cuando susurró su nombre de pila, ella se volvió inmediatamente hacia su hombro y comenzó a sollozar desconsoladamente. Sorprendido por su dolor, gentilmente puso su brazo alrededor de ella y la sostuvo cerca.

Mientras la sostenía, miró alrededor de la habitación, la alcoba de un hombre, donde yacía una forma inmóvil, con los ojos cerrados.

Sin moverse.

Este no era el primer cadáver que Jeremy había visto en su corta vida. Había visto cuerpos en terrible condición en las sucias calles y hogares de Londres, sacados del callejón detrás del teatro, también. Vagabundos y víctimas de asesinato o negligencia.

El Sr. Hawthorne debía haber muerto hace solo momentos, pero era claro ver que ya era

terriblemente extrañado por la familia.

Familia. Jeremy tenía poca experiencia con eso. Tenía el teatro, pero simplemente no era lo mismo.

Finalmente, Lady Rivers se acordó de sí misma y se apartó, dando a Jeremy una sonrisa trémula. Se dio palmaditas en las mejillas, secándose las lágrimas. —Lo he conocido toda mi vida.

Jeremy asintió. —Entonces fue un hombre afortunado.

Su sonrisa en respuesta tembló. —Mi padre debe ser informado. Necesito encontrar a un sirviente para darle la noticia con delicadeza. Eran grandes amigos, pero él quería que su enfermedad se mantuviera en secreto.

Los sirvientes que podía ver estaban todos llorando en el pasillo, y Jeremy sintió que no se les debería pedir que abandonaran a su señora en un momento así. Jeremy no quería dejar a Lady Rivers, pero tampoco *necesitaba* quedarse. —Puedo hacer eso por usted. Puedo decírselo.

Lady Rivers tomó su mano y la apretó. Lo miró con tanta gratitud que de repente se sintió diez pies más alto. —Eso sería muy apreciado, Sr. Dawes. Hágale saber que falleció tranquilamente, sin ningún dolor.

—Lo haré —prometió.

Ella se giró, mirando a la mayor de las señoritas Hawthorne. —Niños, ustedes dos deberían regresar con su padre.

Jeremy miró fijamente a los dos niños que intentaban ocultar sus rostros. —¿No son los hijos de la señora Hawthorne?

—No, son los gemelos de mi hermano. Ellos le mostrarán el camino a casa. Conocen muy bien la ruta.

Los gemelos se susurraron entre sí y se deslizaron del regazo de la señorita Hawthorne. Luego comenzaron a colocar flores alrededor del cuerpo del difunto señor Hawthorne, y Jeremy contuvo la respiración para combatir una oleada de emoción inesperada.

Desafortunadamente, la señora Hawthorne vio lo que habían hecho y comenzó a llorar violentamente de nuevo.

—Oh, mis queridos niños —susurró Fanny, secándose sus propias lágrimas—. Hicieron lo mismo por su madre.

—Puedo encontrar el camino por mi cuenta —le aseguró rápidamente, sintiéndose inesperadamente conmovido por la pérdida de un hombre que nunca conocería y con una necesidad apremiante de escapar de ese sentimiento.

Lady Rivers lo sacó de la habitación y se secó los ojos con un delicado pañuelo de lino finamente bordado mientras se dirigían por el pasillo. —Había olvidado cuánto duele perder a alguien que amas. No había tenido motivos para llorar desde...

—¿Desde que perdió a Lord Rivers? —completó él.

Ella asintió. —Fue repentino con él. No tuve advertencia. Ni tiempo para prepararme. No sabía qué hacer cuando de repente perdí al amor de mi vida.

—¿Estaba usted sola?

—Sí. Mi padre y mis hermanas estaban aquí.

Lady Rivers de repente sacudió la cabeza y se dio palmaditas en las mejillas nuevamente. —Míreme. Desmoronándome y aburriéndolo con el pasado lejano y sombrío.

—Nunca me aburro cuando estoy cerca de usted —le prometió, y era cierto. Le tocó el brazo ligeramente—. ¿Puedo traerle algo cuando regrese? ¿Un pañuelo... quizás a su hermana menor?

—Jessica sin duda vendrá tan pronto como se entere de la noticia, pero podría necesitar un

pañuelo fresco.

Él hurgó en el bolsillo de su abrigo y le presentó su prístino pañuelo blanco. —Por si necesita otro antes de que regrese con el suyo.

Ella lo sostuvo con fuerza y asintió. —Gracias.

—Volveré pronto. —Y finalmente se dio la vuelta, ansioso por irse para poder regresar de nuevo.

Lady Rivers lo siguió unos pasos. —Recuerde siempre tomar el camino de la derecha todo el camino de regreso a Stapleton.

—La derecha —repitió Jeremy, agradecido por ese consejo ya que simplemente había estado siguiendo el liderazgo de Lady Rivers en el camino hacia aquí—. Regresaré tan pronto como haya notificado al duque.

—Gracias, pero estaré aquí por bastante tiempo.

No dudaba que la señora Hawthorne apreciaría su compañía y apoyo. —La esperaré el tiempo que sea necesario.

CAPÍTULO CINCO

—Ha sido un día largo —murmuró Fanny para sí misma mientras el carruaje recorría el camino de Stapleton alrededor de la medianoche. Se había quedado con la señora Hawthorne mientras su padre se despedía de un amigo de toda la vida. Pero era evidente que su padre estaba profundamente afectado. Parecía estar en una especie de aturdimiento. Gillian sostenía la mano de Padre, hablándole en voz baja. Mencionando cuándo pateaba el bebé en un intento por animarlo. Pero ni siquiera las travesuras de su próximo hijo parecían alegrarlo por mucho tiempo.

Pero así era cuando alguien a quien querías ya no estaba. El mundo parecía un poco menos real, menos brillante por un tiempo. Así había sido para ella.

Fanny se humedeció los labios y miró de reojo. Jeremy Dawes parecía estar dormitando mientras avanzaban en el carruaje de su padre. Había sido de gran ayuda y apoyo durante la velada. Se sentía humillada por su compasión. Por los Hawthorne y por ella también. Hubo muchas ocasiones en las que una mirada suya, el roce de su mano, había evitado que Fanny rompiera en llanto. Se había mantenido en segundo plano, escuchando y ofreciendo una palabra tranquila siempre que ella necesitaba la distracción de su conversación.

Y eso había sido a menudo, descubrió.

Fanny apoyó la cabeza contra los cojines y suspiró. Había sido un día terrible para ella. Le habían recordado demasiado el día en que su difunto esposo había fallecido hacía tantos años que su corazón volvía a doler. No había tenido familia que la apoyara entonces, y había hecho pocos amigos cercanos en el vecindario alrededo de la finca de su esposo. Era por eso que, desde que Rivers había fallecido, Fanny pasaba tan poco tiempo allí.

Demasiados recuerdos, demasiados arrepentimientos por lo que debería haber sido un largo y feliz matrimonio trágicamente interrumpido.

Pero la señora Hawthorne tenía amigos a su lado. Hijos que la necesitaban. No podía dejar de llorar por la pérdida de su esposo, pero tendría muchos hombros sobre los que llorar en los próximos días y años. No estaría sola ni olvidada. Padre ya había mencionado que podría hacerse cargo de la administración de los campos y el ganado en su nombre hasta que el único hijo varón de los Hawthorne fuera lo suficientemente mayor para asumir la responsabilidad.

Jeremy se movió, rozando su hombro mientras giraban por el camino, y cuando ella lo miró, otra sonrisa se dibujó en sus labios. Buscó su mano, anhelando su consuelo y fortaleza en la oscuridad. Estaban casi en casa y pronto se separarían.

Entonces tendría que mantenerse firme y componerse. Pero estaba lejos de lograrlo. Preferiría acurrucarse en una bola y llorar antes que ver a alguien.

Cuando el carruaje se detuvo frente a Stapleton, su padre se despertó y ayudó a su esposa, muy embarazada, a salir. Jeremy salió después y le tendió la mano a Fanny para que la tomara. Estaba agradecida por esa mano porque no se sentía nada estable. Él enganchó su brazo con el suyo y la escoltó adentro, siguiendo a Padre y Gillian en silencio.

—Su familia solicita hablar con usted, su excelencia —murmuró el mayordomo tan pronto como entraron al vestíbulo.

Padre lo despidió con un gesto. —Esta noche no. Hablaré con todos por la mañana.

Padre rodeó con su brazo a Gillian mientras subían juntos la escalera, guiados por un sirviente que llevaba un par de velas. —Buenas noches, Padre. Buenas noches, Gillian —llamó Fanny.

Solo Gillian saludó con la mano y luego desaparecieron de vista.

Fanny respiró hondo y se volvió hacia el mayordomo. —¿Dónde está todo el mundo?

—Esperando en la biblioteca, mi lady.

Ella asintió. —Hablaré con ellos en nombre de mi padre. ¿Por qué no se retira? No hay nada más que hacer esta noche que no pueda esperar hasta mañana.

—Estaba a punto de organizar la entrega de té a las habitaciones del duque y la duquesa —prometió el mayordomo.

—Gracias.

—Si necesita algo, mi lady, solo llame —murmuró.

Fanny se dirigió a la biblioteca y entró, consciente de que Jeremy la había seguido sin que se lo pidieran.

Sus hermanos se pusieron de pie de un salto y corrieron a abrazarla. Milo tomó su rostro entre sus manos y la miró a los ojos. —¿Entonces es cierto?

—Sí. Fue una muerte pacífica.

Milo la abrazó con fuerza, y luego Samuel hizo lo mismo. —Podrías haber mandado a buscar a cualquiera de nosotros. Habríamos venido corriendo.

Fanny se encogió de hombros. —No estaba sola. Tenía al señor Dawes, y los gemelos estuvieron allí por un tiempo, hasta que Padre les ordenó que volvieran a casa. Whitfield y Jessica pasarán la noche allí esta noche.

Milo notó a Jeremy y asintió. —Gracias por quedarse con mi hermana.

—No hay nada que agradecer.

Fanny se aclaró la garganta. —Papá y Gillian ya se han retirado por la noche. Como pueden imaginar, Papá está bastante alterado. Mañana nos hará saber los planes para el funeral y para guardar luto.

Milo asintió. —Ya he decidido quedarme más tiempo del que había planeado, para mantener su ánimo.

—Yo también me quedaré —añadió Samuel—. Los gemelos siempre son una buena distracción y con la duquesa a punto de dar a luz, y él preocupándose todo el tiempo por ella, creo que es doblemente importante quedarse.

Todos miraron a Fanny, pero ella no había tomado una decisión similar. Ni siquiera había considerado qué pasaría después de la boda, si es que aún habría una. —Deberían irse a la cama.

—¿Y tú?

—Yo también me iré a la cama pronto.

Milo besó su frente. —No te quedes despierta hasta muy tarde.

—Despiértame si ves que no puedes dormir —ofreció Samuel.

Los dos salieron, dejando a Jeremy y Fanny solos en la biblioteca. Ella amaba la biblioteca

de su papá, pero a las mujeres realmente no se les permitía quedarse sin su permiso. Recordaba espiarlo leyendo aquí cuando era niña. Él siempre sabía cuándo lo estaban observando y solía dejarla entrar si prometía estar muy callada.

Jeremy comenzó a apagar las velas, recorriendo la habitación hasta que solo quedó una encendida en una mesa junto a Fanny. Hizo una pausa y luego, lentamente, apagó esa también.

Fanny lo buscó y se encontró una vez más envuelta en los brazos de Jeremy. Había una fuerza gentil en él que ella encontraba completamente reconfortante. Su corazón latía constantemente bajo su mejilla, calmándola. Deseaba poder quedarse así para siempre. Pero nadie se quedaba para siempre.

Ella se apartó de él.

—Es hora de que tú también vayas a la cama —sugirió él en un susurro.

—Sí, a la cama.

Su cama, sola, donde imaginaría el día una y otra vez y probablemente no pegaría ojo en toda la noche.

Los dedos de Jeremy se entrelazaron con los suyos y la arrastró hacia el pasillo. Fanny siguió su guía, a través de la casa silenciosa, subiendo la gran escalera.

En la cima, ella se detuvo. —Tienes el paso muy seguro en la oscuridad.

—Las velas cuestan dinero —susurró él—. Y cuando no tienes para comprarlas, aprendes a moverte sin ellas.

Fanny se dirigió a sus aposentos y a la privacidad que le brindarían. Estaba llorosa otra vez, algo que prefería que nadie más viera.

—¿Se encuentra bien, mi señora? —preguntó Jeremy mientras la seguía unos pasos.

Fanny no estaba segura. Le había caído muy bien Antony Hawthorne, pero seguramente no lo había admirado *tanto*. ¿Cómo podía explicar sus sentimientos cuando realmente no los entendía ella misma? —No. No realmente.

El hombre se acercó más. —¿Qué puedo hacer para que se sienta mejor?

Fanny inclinó la cabeza. —¿Qué puede hacer alguien para que el dolor de la pérdida desaparezca o disminuya?

Él puso sus manos sobre sus brazos. —El descanso le hará un mundo de bien.

Pero ella no creía que pudiera dormir sin ver el rostro de Hawthorne y el de su difunto esposo en la muerte. —Lo intentaré.

Jeremy se acercó aún más, y luego se inclinó para abrir la puerta de su dormitorio. —Buenas noches, mi señora. Le deseo solo buenos sueños.

Mientras decía esto último, ella inhaló profundamente. El aroma de Jeremy tan cerca, el calor de su mano en su brazo, hizo que su respiración se detuviera. Recordó cómo la había abrazado ese día, junto a la cama del difunto señor Hawthorne, y abajo en la biblioteca de su padre hace un momento. Se había sentido bien ser consolada por él. Pensó que se sentiría bien de nuevo ahora también.

Fanny buscó a ciegas su mano y, una vez atrapada, lo atrajo al dormitorio con ella. La puerta se cerró con un suave clic y entonces estaba en sus brazos, aunque no había tenido que pedirle que la abrazara nuevamente.

Sus largos brazos rodearon su cuerpo con fuerza, su cálida mano presionada contra la nuca de ella. Inclinó su cabeza junto a la de ella y el calor de su aliento contra su oreja la hizo sentir infinitamente mejor. Fanny se apretó contra Jeremy y dejó que la consolara de una manera que nunca había imaginado que necesitaría.

De todos los hombres del mundo, un actor, un hombre al que le pagaba para que apareciera

como su admirador, era exactamente lo que más necesitaba esta noche. Giró la cabeza para que su mejilla descansara más cerca de su corazón. El ritmo constante de los latidos la hizo sentir cálida de nuevo y alejó los feos recuerdos de la muerte.

Se aferró a él tanto como se atrevió y luego se apartó. —Lo siento, no sé qué me ha pasado hoy.

—Todos necesitamos a alguien de vez en cuando —murmuró él con una voz que se había vuelto más profunda y ronca. *Íntima*. Permaneció cerca—. ¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Por supuesto.

—¿Cómo, dónde murió su esposo?

Fanny tragó saliva y cerró los ojos. El recuerdo más doloroso de todos la asaltó y le tomó un momento formular una respuesta. —Murió en la cama a mi lado. Me desperté y me volví para despertarlo con un beso y... nunca quiero volver a vivir un momento así.

Él frunció el ceño. —¿Es por eso que no se ha vuelto a casar?

—No. Sí, quizás sea una de las razones.

Él hizo una mueca. —Lamento que no hubiera nadie para consolarla entonces.

Fanny asintió. —Había sirvientes alrededor, pero no es lo mismo que tener a alguien, familia, que te ame incondicionalmente para aferrarte en un momento así.

—Estoy seguro de que no lo es. —Jeremy sonrió rápidamente—. Es evidente que su familia la ama mucho.

—Y no hay nada que no haría por ellos.

Ella imaginó que él asentía porque todavía apenas podía ver.

—Bueno, debería irme antes de que me descubran donde no debería estar.

Pero ella aún lo necesitaba. No quería pasar la noche sola.

Fanny se humedeció los labios y lo miró. Su arreglo con Jeremy nunca había sido sobre tener una verdadera amistad, pero eso no parecía importarle esta noche.

Sus emociones estaban tan a flor de piel, tan cerca de la superficie que sin una distracción, temía que la abrumarían tan pronto como Jeremy se fuera. —Me gustaría pedirle que se quede conmigo un poco más.

—¿Quedarme? ¿Aquí en su habitación?

Ella se encogió de hombros. —No quiero estar sola con mis pensamientos esta noche.

Jeremy le frotó los brazos enérgicamente. —Puedo quedarme un rato si me necesita.

—Así es.

Él caminó hacia la ventana y separó las cortinas hasta que suficiente luz de luna se derramó por la habitación para hacer todo más claro. Regresó y sus dedos inmediatamente se elevaron hacia su cabello, luego comenzó a quitarle los alfileres. —Vamos a ponerla más cómoda entonces.

Sus dedos eran ágiles mientras quitaba y descartaba las joyas que ella había llevado en el cuello, colocándolas sobre su tocador. La giró y comenzó a desabotonar su vestido, más rápido que un hombre inclinado a la seducción, y tan eficiente como cualquier doncella que Fanny hubiera empleado. La instó a sentarse en el borde de su cama, y él se arrodilló para quitarle las zapatillas. Luego desató las ligas que sostenían sus medias de seda, que desenrolló por sus piernas.

Fanny experimentó un momento de recelo entonces. Apenas conocía a este hombre, y le estaba permitiendo que la preparara para acostarse.

Puso su mano sobre su pecho, sosteniendo su vestido para que no cayera y expusiera sus

senos.

Jeremy retrocedió. —¿Dónde está su camisón, mi señora?

Ella tragó saliva. —Detrás del biombo.

Él miró allí y luego a ella de nuevo, y asintió. —Si necesita ayuda para manejar el resto por su cuenta, solo llámeme.

Fanny corrió hacia la privacidad del biombo y, una vez oculta de su vista, puso sus manos sobre sus mejillas ardientes. Se asomó por encima del biombo, solo para encontrar a Jeremy doblando su ropa de cama y luego sentándose en el borde del colchón para esperar su regreso. Fanny se retorció para salir de su vestido aflojado, se quitó las ballenas y la camisa y luego se apresuró a ponerse el camisón por la cabeza. Consideró ponerse una bata, pero quería dejar claro que estaba destinada a dormir y nada más.

Sintiéndose tímida, emergió de su rincón y Jeremy inmediatamente se puso de pie. Extendió su mano y la guió a la cama como si fuera una niña pequeña y no una mujer adulta mayor que él. La cubrió con la ropa de cama, acurrucando el material alrededor de sus hombros, antes de cerrar las cortinas casi por completo. Solo una pequeña franja de luz lo iluminaba, y ella creyó ver una sonrisa curvar sus labios. Se acercó más a la cama y apartó su largo cabello de su rostro con una delicadeza que no había sentido en mucho tiempo. No desde que su esposo vivía, nadie se había preocupado por ella de esa manera.

Ella atrapó su mano en la suya y apretó sus dedos con fuerza. —Gracias por esta noche.

—Ha sido un placer. Todo —dijo él, y comenzó a alejarse.

Pero Fanny parecía no poder dejarlo ir.

Él la miró sorprendido.

—¿Lady Rivers?

Ella se humedeció los labios.

—¿Podría... podría quedarse un poco más?

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta el amanecer.

Él respiró hondo.

—Si me necesita, me quedaré.

El alivio la recorrió al saber que no estaría sola, y finalmente soltó sus dedos.

Jeremy se deslizó silenciosamente alrededor de la cama, quitándose el abrigo y el reloj de bolsillo para colocarlos en una mesa lateral. Ella sintió una punzada de inquietud cuando él se quitó las botas, temiendo que continuara desvistiéndose hasta quedar desnudo. Pero entonces se subió a la cama mayormente vestido y se acercó, extendiendo un brazo hacia ella.

—Venga aquí, mi querida dama. Aférrese a mí.

Fanny se acurrucó en su abrazo y exhaló un profundo suspiro mientras él la envolvía en sus brazos.

—El día de hoy debe haber sido terrible para usted. Lo siento mucho —susurró él.

—Yo también. Ni siquiera sé por quién estoy de luto, y me siento bastante mal por eso —un sollozo se escapó de su garganta, aunque trató de ahogarlo.

Los dedos de Jeremy le acariciaron la cabeza y el cabello.

—Está bien. Estoy aquí.

Fanny respiró profundamente su aroma, consciente de que el latido de su corazón, firme y verdadero, había alejado el impulso de llorar. Jeremy era joven, saludable. Seguramente viviría por mucho tiempo. Y con ese pensamiento en mente, Fanny sintió paz por primera vez en horas.

CAPÍTULO SEIS

Jeremy aceptó una jarra de plata de un sirviente y se adentró en la biblioteca del duque de Stapleton, abrumado por el inesperado ruido de masculinidad pero decidido a no mostrar que no pertenecía a ese lugar. La vasta cámara contenía al menos dos docenas de hombres de diversas edades, cada uno luciendo una banda de luto en su brazo izquierdo. Uno de los sirvientes le había susurrado que la mayoría, si no toda la nobleza local, había respondido a la convocatoria del duque para brindar hoy por el difunto señor Hawthorne.

Conociendo a pocos en la sala pero invitado a asistir también, Jeremy se mantuvo en la periferia de las conversaciones y observó a todos. Gran parte de lo que hablaban no significaba nada para él, pero merodeaba por la sala como si estuviera acostumbrado a tales reuniones.

Era fácil ver quién poseía más riqueza o menos por la forma en que se comportaban y los tonos de sus voces. Anillos de sello brillaban en dedos regordetes y relojes de bolsillo relucían en los bolsillos de los chalecos de los caballeros más ricos. Más de unos pocos presumían de bastones coronados con figuras de oro de leones o caballos, casi todos hablaban con tonos moderados.

Pasó junto a un par de caballeros con las cabezas inclinadas hablando en voz alta.

—Digo, ¿dónde están las mujeres?

—Escuché que todas han ido a consolar a la nueva viuda por el día —murmuró el más triste de los dos y luego enterró su nariz en su jarra.

—Una lástima, pues deseaba hablar con una de ellas a solas.

El hombre más triste miró de reojo a su compañero.

—¿Aún esperando atrapar a Lady Rivers? Buena suerte con eso.

—Siempre. No te has rendido, estoy seguro de ello.

—Tengo mis propias razones para buscarla —suspiró el más triste—. Nos ha hecho bailar a todos a su son durante años.

—Durante el último año, te lo prometo —afirmó Lord Sombrío, como Jeremy lo apodó—. De una forma u otra, estará casada antes de que termine el año.

—Ambicioso —preguntó el calvo—. ¿Ansioso por expandir las propiedades familiares?

El tipo amargado era de complexión delgada y al menos veinte años mayor que Jeremy. Su rostro mostraba poca tristeza mientras observaba a los ocupantes de la sala.

—Siempre, y ahora que Hawthorne pronto estará bajo tierra, la viuda finalmente tendrá que vender su pedazo de tierra. Qué mejor momento para unir a dos grandes familias. Las mujeres no tienen por qué administrar una propiedad o dinero.

El calvo suspiró.

—Y Lady Rivers tiene un exceso de ambos esperando ser tomados.

—Ciertamente puedo imaginar mejores usos para ello que construir orfanatos y cosas por el estilo —Lord Sombrío casi escupió como si fuera un hábito sucio ayudar a alguien necesitado—. Bueno, bebamos por Hawthorne y esperemos que las damas regresen antes del atardecer.

Jeremy se alejó pero guardó en su memoria a esos hombres y sus palabras, aunque no con la intención de emularlos en el escenario algún día. No le gustaba la forma en que hablaban de Lady Rivers. *De una forma u otra* significaba que realmente era un objetivo para los cazafortunas en esta boda.

Se había preguntado si ella estaba exagerando al principio, pero ahora...

Aparentemente no.

Y después de anoche, dándole el consuelo que anhelaba en su propia cama, estaba aún más decidido a velar por sus mejores intereses.

El calvo levantó su copa.

—Por Hawthorne.

Jeremy brindó junto con ellos antes de continuar su paseo. Pero decidió averiguar quiénes eran y luego... bueno, tenía opciones si causaban problemas a Lady Rivers más adelante. Al menos podría advertirle, o quizás el duque también querría saberlo. Parecía un padre bastante protector.

Finalmente encontró al duque sentado junto al fuego con todos los miembros masculinos de su familia rodeándolo. Jeremy se acercó un poco más y se sintió agradecido cuando el propio duque lo llamó para que se uniera a ellos.

—Me preguntaba qué te estaba reteniendo.

—Hay bastante gente —murmuró a modo de disculpa.

—En efecto la hay, y con razón. Es una maldita lástima lo de Hawthorne —dijo el duque de Stapleton, tomando un largo trago de la jarra de plata que un lacayo había colocado frente a él.

Los hijos del hombre, el yerno y el futuro yerno murmuraron su acuerdo y bebieron profundamente. Jeremy simplemente sorbió su cerveza para ser agradable, no por un deseo real de la bebida.

La muerte del vecino parecía haber afectado duramente a la familia, al duque más que a nadie. Incluso se había hablado de retrasar la boda por respeto al difunto, pero la recién enviudada señora Hawthorne había previsto tal decisión. Había enviado una nota prohibiendo a todos considerar retrasar las nupcias. Así que la boda tendría lugar unos días antes de lo planeado, con el funeral siguiendo un día después.

Tenía que admitir que era difícil mirar hacia adelante a una boda cuando el muerto esperaba el entierro no muy lejos.

Después de la boda, le habían dicho que los Westfall observarían tres meses de luto por su querido amigo y vecino fallecido. Todos, desde el duque hasta el pinche de cocina, se vestirían de negro y la casa se cerraría a los invitados. Ya había visto señales de preparativos siendo hechos por los sirvientes en su camino hacia abajo. No estaba seguro de qué pasaría con su visita al campo, pero suponía que Lady Rivers eventualmente lo enviaría de vuelta a Londres antes de que se cumplieran sus dos semanas.

Bebió un sorbo de su cerveza y contempló su propia muerte. ¿Alguien notaría siquiera que se había ido? ¿Sería famoso para entonces y llorado por cientos de admiradores ardientes? ¿Sería llorado de la manera en que el señor Hawthorne lo era? ¿Por una mujer que no podía imaginar la vida sin él?

La vida continuaba sin guión y improvisada. Solo en una obra un actor podía saber el destino

del personaje que interpretaba.

Enterró su nariz en su jarra. El fallecimiento del señor Hawthorne lo había puesto melancólico y la bebida ciertamente no estaba ayudando. Jeremy nunca había sido muy dado a la sobreindulgencia de licores o cerveza, pero los Westfall parecían ser veteranos experimentados en tales indulgencias. Estaba tratando de encajar aparentando compartir sus vicios. Tomó nota de Lord Rafferty alcanzando una nueva jarra y tomó un apresurado sorbo fingido de la suya, para que nadie le ofreciera traerle más.

La reunión de hombres eventualmente se dividió en pequeños grupos, cada uno tomando turnos para acercarse al duque por unas palabras antes de alejarse nuevamente. Pero pronto la conversación no era sobre el difunto sino sobre el futuro.

El duque suspiró pesadamente después de que un grupo se marchó.

—Por supuesto, las posibilidades de la hija de hacer un buen matrimonio ahora están arruinadas por otro año. No puede aceptar pretendientes que la cortejen hasta que termine su luto.

—Guardarán luto los dos años completos —explicó el señor Whitfield a Jeremy.

—Un par de mujeres, una viuda, otra soltera, con solo niños pequeños para echar una mano tendrán dificultades —advirtió Rafferty—. Rebecca está preocupada por cómo les irá en los años venideros.

—Creo que tal vez sea necesario vender la propiedad —dijo Whitfield en voz baja.

—No. La señora Hawthorne recibirá ayuda, lo quiera o no —juró el duque—. Se lo debo a Hawthorne, cuidar de ellos. Era el mejor de los hombres. Compraré la granja si es necesario para que tengan un techo sobre sus cabezas. Gillian quiere llevarse a la mayor a Londres con nosotros cuando termine el luto y darle la oportunidad de hacer un buen matrimonio allí.

—Es muy amable de su parte mostrar tal interés —murmuró Jeremy, sintiendo que debía añadir algo a la conversación—. Sin duda se concertará un matrimonio con la ayuda de la duquesa.

Todos asintieron, mirando fijamente sus jarras antes de beber profundamente de nuevo.

Jeremy estaba empezando a sentir los efectos de la bebida que había consumido y dejó su jarra a un lado. Tenía que mantener la cabeza despejada, para permanecer en su papel durante las dos semanas completas. Afortunadamente, nadie parecía inclinado a hacer nada más que beber por ahora.

El duque y los reunidos más cercanos parecían ser todos buenos amigos. Rafferty, que pronto se casaría con la familia, se servía libremente una jarra fresca sin pedir permiso, Whitfield le arrebató la jarra al duque de la mano y la rellenó sin decir una palabra.

Whitfield no bebía tanto como los demás, notó Jeremy, pero su tristeza era palpable. —Jessica ha decidido quedarse otra noche con los Hawthorne. Natalia necesita ayuda con los pequeños.

—Eso deja a la viuda y la granja por atender.

Jeremy sabía poco sobre la administración de una granja más allá de lo que había oído anoche. —Lady Rivers mencionó que las tierras parecían estar en declive.

Todas las miradas se volvieron hacia él.

El duque golpeó repentinamente el brazo de su silla con el puño. —Debería haberlo visto. Pero claro, Fanny siempre ha sido perspicaz. Me duele no haberme dado cuenta hasta ahora de que estaban luchando. Podría haber sido de ayuda antes, y quizás...

¿Quizás Hawthorne habría vivido más tiempo? Jeremy negó con la cabeza y se puso de pie, agarrando su jarra. De repente, su lengua no pudo permanecer en silencio. —La muerte viene a

todos con alas silenciosas para cesar el sufrimiento, pero a menudo trae arrepentimiento a los que quedan atrás. Es el camino del mundo, y nada se puede hacer para interponerse en el camino de la muerte. Debemos mantenernos unidos y enfrentar los desafíos del aquí y ahora como hombres de compasión y esperanza.

Todos lo miraron fijamente.

—El alma de un poeta —observó Whitfield con una leve sonrisa.

El duque suspiró profundamente. —Nunca se han dicho palabras más ciertas. El dolor de Hawthorne ha terminado y el nuestro acaba de comenzar, me temo.

El hombre que había estado esperando atrapar a Lady Rivers se acercó y ofreció sus condolencias. —Tiempos tristes, su excelencia —murmuró—. Tiempos tristes, ciertamente.

El duque se puso de pie para estrecharle la mano. —Gracias por venir, Lord Thwaite. Me aseguraré de decirle a la viuda de Hawthorne que usted lo lloró con nosotros hoy cuando la vea la próxima vez.

Thwaite asintió. —No es necesario. Yo mismo le presentaré mis respetos pronto.

—Es muy amable de su parte —murmuró el duque, perdiendo rápidamente el interés.

¿Amable? El hombre planeaba comprar la propiedad de la dama por una miseria y probablemente los echaría al frío antes de que terminara el año.

El hombre calvo se unió a ellos a continuación, dejándose caer en la silla recientemente desocupada por Jeremy. —¿Alguna idea de cuándo podrían regresar las damas?

—No pronto —anunció el duque.

Jeremy estaba observando el rostro de Lord Thwaite y vio un destello de ira ante la noticia. Se excusó muy rápidamente y se escabulló de la cámara. Jeremy estaba feliz de que se hubiera ido, pero esperaba que no se dirigiera directamente a la propiedad de los Hawthorne para presionar a la viuda para que le vendiera.

Dirigió su atención al tipo calvo que se había quedado. Hasta ahora, nadie había dicho su nombre en voz alta.

Lord Samuel se movió para pararse junto a Jeremy. —Ese es Letterford, es dueño de la finca Heybridge, a unas tres millas al sur de aquí.

—Gracias. Nadie ha pensado en presentarnos todavía.

—Nadie lo hace nunca. Es un viejo afable. Viudo. Sus hijos ya son mayores. El hombre que acaba de irse era Lord Thwaite. Se espera que su heredero llegue a tiempo para la boda, según he oído. Va a ser el padrino de Rafferty.

—¿Dónde está ubicada la propiedad de Thwaite?

—Un poco más cerca. Se podría decir que su propiedad es casi vecina de la finca de mi padre.

Algunas cosas que había escuchado encajaron en su cabeza. —¿Es por la ubicación de las tierras de los Hawthorne que no lo es?

—Sí, es correcto. Me sorprende que te hayas dado cuenta de eso.

Jeremy se encogió de hombros. —Debo haber escuchado algo al respecto antes, supongo.

Lord Samuel guardó silencio por un momento y luego susurró: —¿Qué escuchaste exactamente?

Jeremy miró al segundo hijo del duque, el sinvergüenza de repuesto, y se encogió de hombros. —Thwaite mencionó un plan de expansión.

—¿No con las tierras de los Hawthorne?

Jeremy sostuvo su mirada. —Es lo que insinuó.

Lord Samuel frunció el ceño ferozmente. —No pudo esperar a que enterraran al viejo antes

de hacer un movimiento hacia la viuda.

—No creo que haya hecho nada todavía —admitió Jeremy—. Mencionó una falta de fondos.

—Thwaite ha estado echándole el ojo a esa propiedad durante años. Discúlpame. Creo que debería visitar a la nueva viuda. Sin duda, mis hijos han vuelto a aventurarse allí.

Lord Samuel susurró al oído de su padre y luego salió de la habitación a grandes zancadas.

El duque frunció el ceño tras él, pero luego se encogió de hombros. —¿Sabías que Hawthorne siempre me superaba con el arco? Un tirador endiabladamente inteligente. Eso sí, no podía cazar nada con ninguna otra cosa. ¿Recuerdan aquella vez que salimos todos y le disparó a la punta del árbol más alto en mi tierra?

—Éramos solo unos niños entonces —murmuró Lord Milo, el heredero del duque.

—Tú y yo intentamos ser como él ese verano —añadió Whitfield con una sonrisa.

Lord Milo frunció el ceño. —¿No guardó Hawthorne ese trozo de árbol como recuerdo?

El duque asintió. —Sí, está en su estudio hasta el día de hoy. Siempre nos reímos mucho cuando lo visito. —Los labios del duque se apretaron firmemente—. Cuando lo *visitaba*...

Whitfield palmeó el hombro del duque cuando pareció que Stapleton se había vuelto demasiado emocional para continuar hablando. Eso había sucedido algunas veces en el último día. Whitfield levantó una copa en alto. —Por nuestro amigo y su mala puntería con el rifle.

—Por Hawthorne.

Se alzaron las copas, se bebió de ellas, y luego silencio, cada caballero cayendo en sus propias introspecciones. Lord Milo se fue a circular entre los invitados restantes hasta que se marcharan.

Cuando Lord Letterford finalmente se despidió, Whitfield levantó la cabeza y miró fijamente a Jeremy. —Esto debe haber empañado su visita al campo.

—En absoluto. Es decir, si soy un caballero, debo apoyar a la familia de mi dama en las buenas y en las malas.

El duque se volvió hacia Whitfield. —Habla bien, ¿no es así?

—En efecto.

Rafferty se aclaró la garganta. —¿Letterford ya ha hablado con usted?

—No.

—Lo hará. —Rafferty lanzó una mirada en dirección a Jeremy—. Se trata de Fanny.

Los ojos del duque se desviaron hacia Jeremy antes de decir: —Fanny es una mujer adulta. No tengo voz en cómo vive su vida. Ya rechazó a Letterford una vez. Sería un tonto si volviera a pedírselo.

La expresión de Rafferty se agrió. —Pensé que el tiempo podría haber cambiado su opinión.

—No será el tiempo lo que cambie su opinión, y deberías saberlo tan bien como cualquiera aquí.

Rafferty frunció el ceño. —¿Todavía tiene un hombre en su casa?

Jeremy se quedó boquiabierto cuando el duque asintió y confirmó que, de hecho, espiaba a su hija mayor. —Me informa de cualquier problema potencial.

Dado que la atención del duque volvió a Jeremy, estaba claro que lo consideraba un problema potencial. Ya había conocido a varios miembros del personal de la casa y no había detectado nada sospechoso en ninguno de ellos. —¿Quién es su espía?

—¿Por qué?

—Simple curiosidad sobre cómo alguien podría desempeñar tal papel y evitar ser detectado —prometió con un encogimiento de hombros—. Tengo pocas posibilidades de conocer a un espía real que lo admita.

El duque sonrió tensamente. —Podría decírselo para que aprenda de ellos, pero ¿puedo contar con que no se lo dirá a mi hija, señor Dawes?

Jeremy le debía su lealtad a Fanny, no a su padre el duque. Negó con la cabeza.

El duque suspiró. —Bueno, al menos esta vez encontró uno incorruptible. El último tipo que sacó de la oscuridad podía ser sobornado para hacer cualquier cosa por cualquiera.

Jeremy frunció el ceño. —Lamento oír eso.

—No tema, siempre me encargaré de cualquiera que actúe en contra de los mejores intereses de mi hija —prometió el duque.

Jeremy asintió, comprendiendo que la responsabilidad de su papel actual no debía tomarse a la ligera o sufriría por cualquier presunción. El duque también se *encargaría de él* si Jeremy se desviaba más allá de su papel actual.

No tenía intención de hacerlo. Pero caminaba por una delgada línea en lo que respecta a la propiedad. Tenía que parecer que estaba en seria búsqueda de Lady Rivers sin poner en peligro su reputación.

El duque reacomodó sus largas extremidades y miró su jarra una vez más. —Espero que sea tan leal a mi hija como parece, señor Dawes. Si no, no le irá bien. —La mandíbula del duque se tensó, con determinación clara en sus rasgos.

—Entendido. —Jeremy asintió, sintiendo una punzada de inquietud. Había sido amenazado antes por hombres rudos toda su vida. Hombres empuñando cuchillos, trabucos apuntándole. Hombres que asesinarían y nunca serían responsabilizados. Pero tenía que admitir que ser amenazado por el bien vestido jefe de la familia Westfall era igualmente aterrador. El duque tenía el poder de enviarlo de vuelta a su antigua vida, negarle su profesión, o incluso hacerlo desaparecer por completo.

—Bien. —El duque asintió y luego se volvió abruptamente hacia su hijo mayor que acababa de regresar—. ¿Cuánto tiempo te quedarás en Stapleton esta vez, hijo?

La conversación se reanudó sin Jeremy, y pronto el duque pareció olvidar su presencia mientras los sirvientes aparecían, encendiendo docenas de velas por toda la cámara.

Cuando Fanny le había sugerido que asumiera este papel, no mencionó que su familia fuera tan protectora. No le importaba que lo fueran, pero él no era una amenaza para su libertad. Definitivamente estaba en aguas desconocidas aquí, pero había hecho promesas a Fanny que pretendía cumplir. Tenía la intención de ser un hombre de palabra, pero comenzaba a sospechar que nadie en este lugar le creería jamás.

Las damas regresaron finalmente, apagadas y con el ánimo bajo. Junto con el duque y los otros caballeros, Jeremy se dirigió a recibir su carruaje. La duquesa parecía más grande que nunca y caminaba lentamente hacia su marido. Lord Milo fue a su otro lado y ayudó a subirla por las escaleras y entrar. Jeremy esperó a Fanny, encontrándola la última en salir del carruaje.

Sonrió al verla y extendió su mano para ayudarla a descender. —¿Cómo está usted esta noche?

—Contenta de verle —prometió. Hizo una pausa y luego lo miró—. Esperaba que estuviera aquí. ¿Dónde está todo el mundo?

—Creo que la mayoría de los invitados a la boda han ido a buscar sus propias diversiones —aseguró. Dieron dos pasos hacia la mansión antes de que Jeremy se viera obligado a revisar su declaración.

Thwaite no se había marchado después de todo, ni tampoco Lord Samuel.

—Buenas noches, hermana —murmuró Lord Samuel mientras se apresuraba a besar su mejilla, pero también le susurró algo al oído que Jeremy no pudo captar del todo. Se apartó—.

¿Cómo estaba Clarice cuando la dejaste? Ya retirada por la noche, espero.

—Está completamente exhausta. Jessica se ha quedado atrás y ha pedido que Whitfield se una a ella allí esta noche. —Fanny asintió hacia Lord Thwaite—. Mi lord.

—Tiempos tristes —respondió—. Tiempos tristes, en efecto, perder a un amigo tan querido.

Thwaite mostró una tristeza evidentemente falsa en su rostro que no engañaría a ningún público en ningún teatro. —Era muy admirado.

—Debo cambiarme para la cena —murmuró Fanny a Jeremy.

Jeremy, consciente de que tenían una audiencia observando con su propia agenda, llevó la mano de Fanny a sus labios y fingió un beso sobre su guante. —Estaré aquí.

Después de un momento de consideración, ella inclinó la cabeza. —Hasta entonces.

—Apenas puedo esperar —prometió Jeremy. La acompañó hasta la base de las escaleras y afectó un suspiro embelesado cuando ella desapareció de vista. Y luego, con Thwaite aún observándolo, entró despreocupadamente en la biblioteca como si perteneciera allí.

CAPÍTULO SIETE

Esa misma noche, más tarde, el rostro de Fanny le dolía por el esfuerzo de forzarse a sonreír a los invitados que deambulaban por los pasillos y la sala de estar de Stapleton Manor. Las festividades para la boda de Rebecca y Lord Rafferty se habían cancelado por respeto a los fallecidos, pero nadie parecía dispuesto a no reunirse.

Fanny se escabulló de la sala de estar hacia el salón de baile oscuro y vacío, consciente de que unos pasos la seguían cuando llegó a la mitad del camino. Probablemente era Jeremy Dawes. Había sido su sombra durante la mayor parte de la noche. Y había sido agradable tenerlo cerca cuando Thwaite la perseguía tan claramente. Se preocuparía por él si no tuviera ya una esposa olvidada y descuidada en casa.

Pero tenía otras razones para estar agradecida por la presencia de Jeremy. Él había sido fundamental para cambiar de tema varias veces cuando la discusión sobre la muerte la había alterado.

Por supuesto, no había estado solo con ella. Había circulado por la sala, hablando con su padre y sus hermanos, que estaban meditabundos, y dándose a conocer a amigos y vecinos también.

Incluso había hecho un recado para Rebecca, lo que había puesto una sonrisa en su rostro durante al menos medio minuto. Habían hablado, pero de nada realmente importante.

Quizás debido a su tristeza, él no había mencionado el hecho de que ella había dormido en sus brazos la noche anterior. Y por eso estaba agradecida, porque aún no entendía qué le había pasado. Sus emociones se sentían demasiado a flor de piel cuando pensaba en el día anterior y la noche pasada. Había sido débil al mostrar sus emociones a un hombre que apenas la conocía, y eso no era propio de ella.

Cuando salió a la terraza, respiró profundamente el aire más fresco del condado y lo exhaló lentamente, esperando sentirse más como ella misma pronto.

Los terrenos de Stapleton estaban bañados por la luz de la luna y parecían mágicos. Casi podía imaginar que estaba sola.

Jeremy se detuvo a su lado.

—Está tranquilo aquí fuera.

Ella era consciente de sus ojos sobre ella, pero mantuvo los suyos en la vista.

—Mmm.

—Espero que no le moleste que la haya seguido. Estaba preocupado —sacudió un chal que Fanny debía haber dejado olvidado en alguna silla hace tiempo.

Ella le permitió colocárselo sobre los hombros y lo apretó contra su pecho para sentirse

cómoda.

—No hay razón para preocuparse. Solo necesitaba un momento para mí.

—Entonces la dejaré sola.

Ella lo miró, sorprendida por lo mucho que no quería eso.

—No era usted quien me alejaba de todos esta noche.

—Me alegro —Jeremy metió el dedo bajo su corbatín y tiró. Fanny lo había visto hacer eso antes durante la cena, varias veces en realidad.

Se giró completamente para mirarlo.

—Parece incómodo, señor. Déjeme ver si puedo ayudarle a aflojarlo.

Él levantó la barbilla.

—Debería haber subido a arreglarlo, pero no quería dejarla a merced de sus admiradores.

—Son persistentes, incluso hoy.

—Una manera lamentable de tratarla. Siguiéndola de un lado a otro de la sala. Es evidente que no se encuentra usted misma.

—Eso es lo que ellos esperaban —él se quedó quieto mientras Fanny intentaba aflojar el nudo un poco más—. Este nudo no ha sido su estilo habitual —observó.

—El duque sugirió que probara algo más formal para la velada —murmuró—. Me gusta cómo se ve, pero no cómo aprieta tanto alrededor de mi garganta.

Ella trabajó en el nudo con cuidado, tratando de no estropearlo.

—En mi experiencia, los caballeros suelen preferir solo uno o dos estilos de nudo para su corbata —frunció el ceño—. ¿Por qué ha empezado a pedir consejo a mi padre sobre cómo vestirse?

—Es un hábito del teatro. Los actores siempre nos consultamos unos a otros cuando nos vestimos para un nuevo papel —se rio—. También parece una buena manera de mantenerme en el lado bueno del duque.

—Papá solo tiene lados buenos. Es el hombre más fácil de tratar.

Jeremy resopló como si no la creyera, pero ella ignoró la oportunidad de aclarárselo mientras terminaba su ajuste.

—Ya está, listo.

Él se frotó la garganta.

—Ah, esto está mucho mejor. Gracias, mi lady.

Le sonrió radiante, y el corazón de Fanny dio un vuelco alarmante en respuesta. Mientras miraba su apuesto rostro, la invadió una sensación de inquietud. Jeremy era un actor interpretando el papel de su admirador. Haría bien en no confundir su interés con algo real.

Fanny se apartó y miró hacia arriba.

—Siempre me ha encantado esta época del año en Stapleton. Los cielos están tan claros por la noche. De niña, siempre pensé que debería poder estirarme y tocar las estrellas, están tan cerca.

—Puedo creerlo fácilmente —murmuró Jeremy, mirando hacia arriba también. Estiró la mano, con los dedos alcanzando los brillantes puntos de luz sobre ellos—. No se tiene este tipo de vista cuando creces en el arroyo.

Ella se volvió hacia Jeremy.

—Háble me de eso.

—Preferiría no hacerlo —Jeremy sacudió la cabeza con terquedad—. El futuro es lo único que importa, o eso me dijo una mujer muy sabia el día que me contrató.

Ella se sonrojó.

—Fue un día feliz para mí.

—No estoy seguro de que su familia esté de acuerdo con eso ahora. No lo tome a mal, pero su padre y sus hermanos juntos son casi tan aterradores como mi infancia.

—No pretenden hacerle daño.

Él resopló.

—Papá ya sabe cómo nos conocimos. Le dije que esto, mi pequeña obra, fue idea mía y no suya.

Jeremy negó con la cabeza.

—Debe haberse quedado impactado.

Fanny se encogió de hombros, tratando de no recordar la expresión que había aparecido en el rostro de su padre cuando le dijo que había contratado a un actor para que interpretara el papel de su amante. Pero le había explicado y asegurado que era solo una simulación.

—Soy una mujer adulta y mis asuntos son míos. Él no puede hacer nada.

Jeremy cruzó los brazos sobre el pecho.

—Estoy seguro de que sabe cómo hacer desaparecer a un hombre que se cruza en su camino.

Fanny se rio. La idea de que su padre amenazara seriamente a alguien, y mucho menos a Jeremy Dawes, era ridícula.

—Mi instinto, como ustedes los hombres lo llaman, me dijo que usted era una inversión segura.

Jeremy suspiró.

—La intuición femenina es defectuosa.

Se quedó atónita por su declaración. Nunca antes lo había escuchado hablar despectivamente de las mujeres, o de ella, en su presencia. —No creo que...

Él se acercó y bajó la voz: —No malinterpretes lo que estoy diciendo. Eres una mujer brillante. Tan astuta en los negocios como cualquier hombre, según he oído, pero cuando se trata de personas, no es tu cabeza la que toma las decisiones, sino tu corazón. Deberías ser más cautelosa sobre a quién le confías tus confidencias.

—¿Te preocupa que alguien pueda enterarse de lo de anoche?

Él asintió.

—No pasó nada entre nosotros. Ni siquiera un beso.

Él se acercó aún más, su voz un murmullo grave mientras continuaba: —Nadie creería que no habría intentado eso o más. Estabas alterada, vulnerable.

Lo había estado; aún lo estaba cerca de él. Tragó saliva y enderezó los hombros. —Nosotros sabemos la verdad. No pasó nada.

—Cualquier hombre sería un tonto si no intentara ganarse tu favor. Hay muchos hombres... lores... tratando de llamar tu atención incluso esta noche. ¿Por qué no dejarías que uno de ellos te atrapara?

Fanny cruzó los brazos sobre el pecho, y eso detuvo el avance de Jeremy. —Has estado escuchando a papá y a mis hermanos decir que debería casarme —le acusó.

—No puedo evitarlos ni dejar de oír cosas de esa naturaleza —Jeremy asintió—. Tu padre mencionó que otros se habían aprovechado de ti en el pasado y también sospecha de mí. Me advirtió que no fuera otro más, o lo lamentaría, y juro que no me desviaré de los términos de nuestro contrato. Pero puedo ver fácilmente cómo hacerlo. Lamentar una falta de fondos y tu bolso se abre volando. Crees que todas las personas son esencialmente buenas.

—Todos tienen algo bueno en su interior —protestó ella.

—Y tantos eligen hacer el mal en su lugar —dijo él con el ceño fruncido—. La gente dice

que se preocupa por los demás todo el tiempo y lo dice en serio menos de una cuarta parte. Las personas nunca son completamente honestas.

Fanny lo miró sorprendida. ¿Estaba advirtiéndole que desconfiara de él también?

Había tanto sobre Jeremy que ella no sabía, y tanto que él no diría. Su pasado era tan turbio como el Támesis, y no le gustaba hablar de su futuro más allá de la próxima obra. Pero tenía que hacer planes. No podía esperar tropezar de una actuación a otra y esperar tener un éxito brillante. —Creo que tus experiencias pasadas han nublado tu juicio. Creo que...

—¡Ah, aquí está, Lady Rivers! —exclamó Lord Thwaite jovialmente mientras se unía a ellos bajo la luz de la luna—. Y usted está de nuevo a su lado, señor Dawes. Me sorprende que no esté por ahí dándose a conocer entre las jóvenes damas y encantándolas.

—Difícilmente es el momento de encantar a nadie —señaló Jeremy, con una voz tan desprovista de calidez que casi la hizo estremecerse de temor.

Fanny no había oído a nadie acercarse por el suelo de madera del salón de baile, y realmente debería haberlo hecho. ¿Cuánto de su conversación había escuchado Thwaite antes de interrumpir? —El señor Dawes me estaba contando sobre su esperanza de una nueva obra fascinante —le dijo Fanny a Thwaite, interponiéndose entre ellos—. Estoy ansiosa por verlo actuar de nuevo.

Thwaite esbozó una sonrisa burlona y luego la borró. —Quizás lo veamos juntos en el futuro. La vista desde mi palco es excepcional.

—Ella ya tiene un palco —dijo Jeremy secamente, moviéndose a su lado—. El mejor palco del teatro está justo al lado del escenario, y ella lo posee.

—Sí, siempre he tenido un gran interés en el teatro —dijo ella con entusiasmo—. Nunca me pierdo una actuación cuando estoy en Londres, especialmente cuando Jeremy está en el escenario.

Los ojos de Thwaite se dirigieron a Jeremy y, en la oscuridad, ella sintió que se estrechaban con sospecha. —Bueno, ahora debo descubrir por mí mismo qué clase de *intérprete* es realmente.

Fanny sintió que se le erizaba el vello de la nuca en señal de advertencia, pero descartó la sensación. Había querido que la gente creyera que Jeremy era un interés romántico suyo y la dejaran en paz. De Thwaite, percibió un gran interés por descubrir toda la verdad. Era hora de distraerlo a *él*. —Y ahora, habiendo disfrutado de la vista y del tranquilo aire del campo, estaba a punto de volver adentro para animar a mi hermana a tocar.

—Sería un placer escoltarla —dijo Thwaite rápidamente, privando a Jeremy de la oportunidad.

Ella colocó a regañadientes su mano en el brazo de Thwaite. —El señor Dawes estaba comentando sobre la diferencia en la claridad de las estrellas cuando se está en el campo en comparación con la falta de ellas en Londres.

Thwaite la miró. —Es una vista más bonita en Stapleton, sin duda —Fanny captó un destello de satisfacción arrogante en el rostro de Thwaite antes de que la apartara de Jeremy—. Discúlpenos, señor.

—Ciertamente. Pero yo también volveré a la sala.

Thwaite inclinó la cabeza más cerca de la suya. —¿Ha pensado en el proyecto de Hampton Street?

—Todavía no.

—Será una empresa muy rentable —dijo con entusiasmo—. Tengo plena confianza en que podemos superar las dificultades actuales con una inyección de dinero nuevo de inversores

perspicaces como usted.

—Eso lo decidiré yo misma en otro momento.

—Deberíamos reunirnos para discutir el proyecto. No quisiera que nadie se enterara de nuestra asociación demasiado pronto y que usted perdiera la oportunidad de unirse a sus amigos.

Ella se encogió de hombros. Fanny estaba un poco cansada para hablar de negocios esta noche. —Investigaré el asunto cuando tenga un momento libre, milord.

Thwaite tuvo el buen sentido de no presionarla y la llevó hacia la chimenea, donde su padre estaba sentado en una chaise longue y la guió para que se sentara a su lado.

Jeremy se detuvo no muy lejos y la miró a los ojos. —¿Le apetece un refresco, milady?

Ella le sonrió a Jeremy y él le devolvió la sonrisa, mientras su tonto corazón daba otro ridículo salto en su pecho. —Un jerez sería encantador, señor Dawes. Gracias.

—¿Su Gracia?

Padre levantó su copa vacía. Estaba tomando la muerte de Hawthorne muy mal. Bebiendo más de lo que podía ser bueno para él. —Un relleno de oporto, por favor.

—Será un placer —murmuró Jeremy antes de volverse hacia la fila de decantadores alineados al otro lado de la habitación.

Lord Thwaite se apretujó a su lado mientras Lord Letterford se dejaba caer en una silla frente a ella y su padre. Fanny tuvo la incómoda sensación de que, de no ser por la presencia de su padre, la habrían rodeado.

Después de que Jeremy regresara con una bebida para ella y su padre, permaneció cerca, vigilándola de nuevo. Ella se alegró de no haber tenido que pedírselo.

—Últimamente se ha hablado mucho de tu Cedar Mill —reflexionó Thwaite.

Fanny dio un sorbo a su bebida antes de responder. Su inversión en Cedar Mill no era un secreto... pero los cambios que había planeado hacer se suponía que aún lo eran.

—¿Como qué?

—¿Es cierto que estás en negociaciones para venderlo a ese advenedizo de Maxwell Danvers, nada menos?

Fanny se esforzó por ocultar su sorpresa. Sus conversaciones con Danvers estaban en una etapa muy temprana.

—El molino me pertenece.

—Serías una tonta si se lo vendieras a cualquier precio —advirtió Thwaite.

Los hombres siempre estaban dispuestos a decirle lo que debía o no debía hacer como si no tuviera inteligencia. El estado de su fortuna demostraba que sabía exactamente lo que hacía sin la interferencia de ningún hombre. Giró la cabeza para mirar a Thwaite con no poca hostilidad.

—Supongo que tiene derecho a su opinión.

—Sí, y...

Padre levantó la mano.

—Nada de discusiones de negocios esta noche.

Lord Thwaite pareció querer protestar, pero finalmente cedió.

—Continuaremos nuestra conversación en otro momento. Por Hawthorne.

Se alzaron las copas por toda la sala y Fanny bebió su jerez lentamente.

Padre suspiró, mirando fijamente su copa.

—Al final no me apetece esto. Dawes, sea tan amable de llevársela. De repente me han entrado ganas de tocar un poco de música en lugar de ahogarme en la bebida. Puede ocupar mi lugar aquí si lo desea —murmuró Padre.

Fanny se sintió aliviada cuando Jeremy cruzó la habitación para coger la copa de su padre. Se

deslizó en el asiento vacío junto a Fanny y gran parte de su irritación con Thwaite se desvaneció.

Padre comenzó a tocar el pianoforte, una melodía familiar que ella conocía bien, y se perdió en la música y los felices recuerdos de tiempos pasados. Padre había hecho justo lo necesario para levantarle el ánimo.

Se volvió hacia Jeremy, que estaba sentado algo rígido en el borde de la silla junto a ella.

—Esperaba que mi padre tocara durante su visita. Es muy hábil con el pianoforte. Algunos de mis recuerdos favoritos son de quedarme dormida aquí con mis hermanas mientras él nos entretenía por las noches.

El cuerpo de Jeremy se relajó un poco en su dirección.

—¿Su difunta madre también tocaba?

—Mamá no tenía talento para la música, pero la actual Lady Stapleton sí lo tiene y toca maravillosamente —murmuró—. Por fin, Padre tiene ahora alguien con quien tocar a dúo.

—Espero tener la oportunidad de escucharlos tocar juntos entonces —susurró Jeremy, y luego se recostó como ella para escuchar, con los dedos tamborileando sobre una rodilla doblada.

Lord Thwaite se inclinó para susurrarle al oído, sobresaltándola.

—Ahora que su padre está ocupado, podemos hablar de ese molino sin interrupciones.

Padre se detuvo abruptamente.

—Fanny, querida, ven y pasa las páginas a tu viejo padre.

—No eres viejo, papá —exclamó Fanny, poniéndose de pie inmediatamente y apresurándose a cumplir su pedido para alejarse de Thwaite. Su aliento en la oreja no había sido una sensación agradable. No como lo había sido el de Jeremy anoche cuando la abrazó.

Padre en realidad no necesitaba partituras cuando tocaba, pero ella estaba dispuesta a seguirle la corriente. Él le dirigió una larga mirada reflexiva mientras le hacía espacio y comenzaba de nuevo.

Fanny fingió diligentemente pasar página tras página. No pasó mucho tiempo antes de que Lord Thwaite se levantara y se despidiera de todos antes de dirigirse a sus aposentos en el piso de arriba. Ella no sabía que se quedaría esta noche y esperaba no verlo durante el desayuno mañana por la mañana. Letterford y algunos otros se fueron con él, afortunadamente, dejando solo a los miembros de su familia y a Jeremy.

Jeremy se había reclinado en su silla y había cerrado los ojos para escuchar a su padre tocar. Ella estudió su apuesto rostro en reposo... y algo dentro de ella se ablandó. Lo admiraba abiertamente; ¿cómo no hacerlo? Pero nunca había sido su rostro lo que había llamado su atención. Era la forma en que coqueteaba, la forma en que nunca buscaba su favor o su dinero. Era la forma en que se reía de todo lo que ella daba por sentado.

—Me recuerdas a tu madre esta noche —dijo padre, atrayendo su atención de nuevo hacia él.

—¿De veras? —Fanny nunca había pensado que se pareciera mucho a su madre, que había sido hermosa pero caprichosa y vanidosa y contradictoria. Poseía una inteligencia feroz y a veces un egoísmo impresionante también. Era una triste verdad que la vida de Fanny se había vuelto menos impredecible después de que ella se fuera—. ¿Por qué esta noche?

—Tu madre siempre estaba siendo acosada por hombres ambiciosos.

Fanny se apoyó ligeramente en el hombro de su padre.

—Madre nunca te habría traicionado, ni a los intereses de la familia.

—Oh, lo sé —prometió él—. Pero algunos hombres parecen pensar que la persistencia será recompensada de todos modos y siguen volviendo, como un mal olor.

Ella esperaba que ese no fuera el caso con Thwaite.

—Todavía no estoy convencida de que deba invertir en el nuevo proyecto de Thwaite.

—No es su proyecto o su repentino interés en Cedar Mill lo que me preocupa —murmuró Padre—. Es él. Tiene sus ojos puestos en ti para algo, cariño.

Fanny se enderezó.

—Oh, estoy seguro de que tienes el sentido común para sentirlo ya, por eso Dawes te sigue tan de cerca esta noche. Thwaite tenía una expresión bastante amarga cuando ustedes dos se escabulleron juntos antes.

—Nunca lo he alentado a imaginar que estaría interesada en él de esa manera. Además, está casado.

—Los hombres casados traicionan a sus esposas, y algunos hombres ni siquiera se molestan en esperar una invitación —Padre frunció el ceño momentáneamente mientras tocaba un pasaje difícil—. ¿Conoces la historia de cómo Thwaite adquirió su finca rural?

—Fue parte de la dote de su primera esposa, ¿no?

Padre asintió.

—Thwaite la arruinó para forzar el matrimonio.

A Fanny se le heló la sangre.

—No se atrevería a forzarme.

—No, tal vez no bajo mi techo, pero preferiría que no te enfrentaras a esa misma situación en otro lugar. Oh, sé que ahora eres una mujer con experiencia, y las viudas a menudo hacen lo que les place. Pero él podría armar suficiente alboroto como para dañar tu reputación irreparablemente. Haría parecer que tu única opción es darle lo que quiere. Ten cuidado. Me presionó mucho para quedarse a pasar la noche. No permitiré que seas infeliz. Mantén a Dawes cerca.

Fanny parpadeó cuando Padre repentinamente interrumpió su actuación y se puso de pie para dirigirse a la sala. —Milo, Samuel. Acabo de recordar un asunto que requiere una discusión entre nosotros.

Padre le plantó un beso en la cabeza y se fue hacia su estudio con sus hermanos sorprendidos, dejando a Fanny y Jeremy como las únicas almas que quedaban en la habitación.

Jeremy la miró con somnolencia. —¿Qué me perdí?

Ella se rió. —Nada importante. Deberías irte a dormir.

—No hasta que te retires. —Se puso de pie y estiró sus largos y ágiles miembros—. ¿También tocas el pianoforte?

—¿Crees que el talento musical corre por todas las grandes familias? —Fanny golpeó sus dedos sobre las teclas, inelegantemente como siempre.

—¡Para, para! —gritó Jeremy, cubriéndose los oídos—. Habría aceptado un *no* sin necesidad de pruebas. Al menos ahora estoy completamente despierto.

Fanny sonrió, pasando sus dedos por las teclas, el sonido más agradable que jamás había producido en el instrumento, antes de cubrirlas. —No es un talento al que haya aspirado poseer.

—Su excelencia toca muy bien. Mejor que cualquier cosa que haya escuchado antes. Casi me hace dormir.

—¿Casi? Estoy bastante segura de que escuché un ronquido. —Fanny guardó las partituras en su lugar habitual.

—Yo no ronco —insistió él—. Y solo estaba descansando los párpados hasta que me necesitaras.

Cuando ella se dio la vuelta para responder, Jeremy estaba asomándose por las ventanas.

Sonrió. —Las estrellas aún están fuera.

Ella se rió. —¿Esperabas que desaparecieran tan rápido?

—Lo hacen en Londres.

Ella se acercó a él, atraída por su sonrisa y el calor que recordaba haber encontrado en sus brazos. —Ya no estás en Londres, mi querido señor. Estás en el campo, donde los cielos a menudo están despejados durante horas y el hollín y la niebla rara vez incomodan a alguien por mucho tiempo. El clima no se atrevería a ser otra cosa que perfecto para el día de la boda de mi hermana. Padre no lo permitiría.

Jeremy se rió. —Sabes, tu padre tiene tu sentido del humor.

—Creo que es al revés, señor. —Fanny se parecía a su padre mucho más de lo que podría haberse parecido a su madre y estaba orgullosa de ello. De repente bostezó, aunque trató de ocultarlo. No quería estar sola todavía, pero separarse de Jeremy era una certeza.

Jeremy le ofreció su brazo. —¿Puedo ofrecerle mi humilde escolta escaleras arriba, mi lady?

—Por supuesto que sí. Ha sido un día muy largo, sin duda.

Fanny deslizó su brazo por el de Jeremy y se sintió... *segura*. Contenta. La incomodidad de ser perseguida por Lord Thwaite se desvaneció lentamente.

—¿Qué te susurraba tu padre?

No tenía que contarle a Jeremy sobre la advertencia de Padre, pero quería hacerlo. —Me advirtió que Lord Thwaite tiene interés en mí.

—Lo tiene.

Fanny parpadeó. —¿Cómo dedujiste eso?

—Lo dijo claramente a Lord Letterford cuando los hombres se reunieron para lamentar la muerte del Sr. Hawthorne más temprano hoy. —Jeremy la miró con el ceño fruncido—. Apuesto a que por eso se las arregló para conseguir una invitación para quedarse esta noche. Letterford también tiene interés en ti, pero no es tan obvio al respecto.

—Ciertamente no tengo interés en ninguno de los invitados que se alojan en Stapleton.

Jeremy puso una cara exageradamente triste. —Lamento escuchar que te estoy aburriendo.

—Me refería a los invitados aparte de ti —le aseguró. Esa sensación de estar nerviosa volvió —. Oh, esto es terrible. Thwaite y Letterford, quiero decir.

—Eres la última hija Westfall que necesita un marido. Estoy seguro de que hay apuestas escritas en varios libros de apuestas.

—No necesito un marido. Te tengo a ti —prometió.

—Por dos semanas, y luego volveré al teatro —le recordó Jeremy.

—Creo que extrañaré tenerte cerca todo el tiempo —susurró.

—Nos veremos en el teatro —prometió él—, y tal vez querrás que te acompañe a otros lugares también.

Sí, podría hacerlo, pero de repente eso ya no parecía suficiente.

CAPÍTULO OCHO

—Gracias por una velada maravillosa, mi lady —murmuró Jeremy cuando la mano de Lady Rivers se desprendió de su manga en lo alto de las escaleras. La habitación de ella estaba en una dirección, la de él en otra.

Ella vaciló, pero luego sonrió. —Buenas noches, señor. Que duerma bien.

—Usted también.

La observó alejarse, sintiéndose bastante contento de haber venido al campo. Proteger a Fanny de los cazafortunas y animarla no era tan difícil y le dejaba una buena sensación en el corazón.

Ella estaba casi en su puerta cuando de repente retrocedió.

—¡Jeremy! —lo llamó, haciéndole gestos con una mano para que se uniera a ella con urgencia.

El tono de su voz hizo que se le erizara el vello de todo el cuerpo. Jeremy corrió a su lado.

Fanny tenía la mano en la garganta mientras susurraba: —Mi puerta está abierta.

—¿Quizás una doncella la dejó así?

—No. Estaba cerrada con llave cuando bajé a cenar, y nadie debería tener motivos para entrar sin informarme.

Jeremy se inclinó más allá de Fanny y empujó la puerta para abrirla más con el pie. Escudriñó en los oscuros rincones de la habitación y no vio nada ni a nadie que causara alarma inmediatamente. Pero rodeó a Fanny y entró en la oscura alcoba delante de ella. Cruzó la habitación hasta las ventanas y abrió las cortinas de par en par, esperando no revelar a un intruso a la luz de la luna.

Por lo que podía ver, la habitación *estaba* vacía ahora.

Pero no estaba tan ordenada como él esperaba. No como anoche, cuando habían regresado a Stapleton tarde después del largo día de duelo.

Se dirigió a la chimenea y avivó el fuego. Cuando tuvo una llama, encendió algunas velas alrededor de la habitación y se volvió para estudiarla.

Había libros esparcidos por la cama de Fanny, abiertos, como si alguien los hubiera estado hojeando. Claramente alguien había estado en su habitación mientras ella estaba abajo. Se enfureció mucho cuando vio cajones abiertos y ropa interior colgando descuidadamente de ellos. Ningún ladrón dejaría jamás un signo tan obvio de sus acciones. Invitaba a una investigación.

—Alguien ha estado aquí, Fanny, pero ya se ha ido hace rato —anunció, haciéndole señas para que viniera a verlo por sí misma.

Fanny se precipitó en la habitación y giró salvajemente, con el horror escrito en todo su

rostro. —Mis libros y diarios están fuera. ¿Mis joyas? —Corrió por la habitación, revisando todos los rincones donde debía haber guardado sus posesiones. Se desplomó. —No se han llevado nada. Gracias a Dios.

Jeremy sabía todo sobre robar. Cómo no dejar rastro de haber saqueado una habitación. Quien hubiera hecho esto era un aficionado y tenía prisa, o tenía otro motivo. —¿Estás segura de que no se robaron nada?

Ella revisó su joyero por segunda vez. —Sí. ¿Quién podría haber hecho esto?

Jeremy cerró la puerta silenciosamente. Los huéspedes de la casa le vinieron a la mente, pero todos eran nobles y no podía acusar a ninguno sin pruebas. —¿Estás segura de que todo está en su lugar?

—Eso creo. Pero la información en mis diarios... —Sus ojos se entrecerraron. —Eso no es para consumo público.

Él le pasó un diario. —¿Qué dicen estos?

—Ese indica cuánto he depositado en el Banco de Inglaterra. Los otros enumeran todas las propiedades que poseo y sus valores. Mejoras que quiero hacer. En resumen, los libros de contabilidad son un recuento de toda mi fortuna y mis planes futuros para aumentarla.

Una fortuna en información si uno sabía cómo aprovecharla.

Mientras Fanny recogía los libros de contabilidad de la cama en una pila ordenada, Jeremy fue a inspeccionar la cerradura de la puerta, porque se había abierto lentamente por sí sola sin ayuda.

Estudió el pestillo y la madera, luego maldijo en voz baja. —Ha sido forzada —le dijo en un susurro—. No puedo asegurarla de nuevo tampoco. Ven, recoge tus objetos de valor e informaremos al duque.

—Esta noche no. No quiero preocupar a Papá antes de la boda.

Fanny estaba revisando el pequeño maletín que Jeremy había traído a Stapleton para ella. Y luego revisó el contenido por segunda vez.

—¿Preocuparlo? Por el amor de Dios, Fanny, puede que no se haya robado nada material, pero tu derecho a la privacidad bajo el techo de tu padre ha sido violado. Debes decírselo.

Finalmente hizo una pausa en su frenética búsqueda. —Oh, Dios mío.

—¿Qué?

—Nuestro acuerdo. Estaba en el maletín esta mañana, y ahora ya no está.

Jeremy entrecerró los ojos mirándola. En realidad, no había leído el acuerdo. De hecho, no podía leer más que unas pocas palabras, pero Lady Rivers no lo sabía cuando había insistido en que lo firmara. Le había contado lo suficiente para que estuviera agradecido; que alguien se interesara por su carrera y le diera un poco de fondos era más de lo que había esperado. —¿Estás segura de que simplemente no lo has extraviado?

—No, definitivamente estaba dentro de este diario. —Se cubrió la boca y lo miró fijamente durante un largo rato. —Esto es una pesadilla.

—¿Por qué? —Jeremy se acercó a Fanny, curioso por su pánico—. Nuestro acuerdo no debería causarte vergüenza. Otros actores tienen mecenas adineradas que los apoyan todo el tiempo y a nadie parece importarle mucho.

—Sí —susurró ella—. Pero contigo es diferente.

Eso lo hizo sonreír, pero dejó de lado el sentimiento de orgullo. —Ahora, sobre tu padre...

—Mañana. Necesitaré que te quedes conmigo de nuevo esta noche —pidió, mirándolo lentamente—. Si la puerta no se cierra con llave, simplemente no podré cerrar los ojos preguntándome si quien fuera volverá.

—Stapleton querrá saber sobre esto —insistió él.

—Preferiría manejar este asunto sin su ayuda.

Jeremy podía ver que ella se estaba poniendo terca. Estaba preocupada, pero no lo suficiente en su opinión. —¿Por qué no quieres decirle lo que ha ocurrido?

—Porque solo se preocupará y luego despertará a todos los invitados para interrogarlos. Correríamos el riesgo de iniciar un escándalo que me gustaría mucho evitar. El estado en que dejaron la habitación me hace pensar si un escándalo era lo que se esperaba. Padre tiene suficiente en mente ahora con la boda, Gillian y la muerte del Sr. Hawthorne. No arriesgaré la ruina de la boda de mi hermana. Esta debe ser una ocasión feliz. Confía en mí, mi problema puede esperar unos días.

—¿Por qué no has usado tu caja fuerte para guardar tus papeles? ¿No es eso habitual para alguien como tú?

Fanny hizo una mueca. —Perdí la única llave hace años.

Jeremy suspiró. Podría ayudarla a abrirla esta noche. Para un ojo inexperto, la ubicación de la caja fuerte no era obvia. Pero él había deducido su localización de inmediato. Detrás del cuadro que estaba oculto por el biombo. Fingió ignorancia. —Tal vez pueda ayudar. ¿Dónde está? ¿La caja fuerte? ¿Está en esta habitación?

—Detrás de ese cuadro de allí —señaló hacia la esquina con el biombo—. ¿No sabrás forzar cerraduras, por casualidad?

Él hizo una mueca, incómodo por la pregunta. Había muchos aspectos de su vida anterior que prefería mantener ocultos a Fanny, pero la necesidad inmediata de ella superaba su objeción. —De hecho, sí sé, pero no se lo digas a nadie.

—¡Qué maravilla! —Se apresuró hacia el biombo y descolgó el cuadro, revelando un modelo de caja fuerte que él conocía bien—. Te estaría muy agradecida si pudieras abrirla de nuevo. ¿Aprendiste para algún papel en el teatro?

Él se acercó para fingir que examinaba el mecanismo. Era una cerradura simple para un hombre con sus habilidades especiales. Hacía años que no forzaba una cerradura, pero estaba seguro de no haber olvidado ni un ápice de su entrenamiento. —Necesitaré una horquilla y uno de tus alfileres de sombrero más largos.

Lady Rivers le proporcionó ambos y dio un paso atrás para observar.

Jeremy abrió la caja fuerte en menos de medio minuto. Retrocedió, manteniendo la cabeza baja para ocultar el rubor de vergüenza que le había calentado las mejillas.

—Realmente eres un tipo ingenioso —se entusiasmó Fanny.

—No muchos pensarían lo mismo si me hubieran visto hacer eso.

Ella se lanzó hacia la caja fuerte abierta y metió la mano dentro. —Por fin, mi tesoro —canturreó. Levantó un pequeño collar para que Jeremy lo viera—. Pensé que nunca volvería a tenerlo entre mis manos.

—Es bonito —murmuró Jeremy. Pero también muy corriente.

Fanny sonrió, sin embargo. —Es solo coral, pero era de mi madre, y siempre tuve la intención de dárselo a mi hija. Quizás se lo dé a una de las hijas de mis hermanas en su lugar.

Jeremy la observó enrollarlo alrededor de sus dedos, luego cubrió la mano que sostenía el collar. —Deberías guardarlo para tu propia hija, o una nieta.

—Si hubiera sido bendecida con hijos en mi matrimonio, quizás tendría motivos. Ahora solo es un recordatorio de que estoy sola.

—No tienes por qué estar sola si no quieres —dijo y luego se burló de sí mismo. ¿Qué derecho tenía él de aconsejarla sobre un segundo matrimonio?

Ella negó con la cabeza. —No estaba destinado a ser. ¿Estás seguro de que puedes abrir la cerradura de nuevo más tarde?

—Con toda seguridad. ¿Por qué?

—Me gustaría poder abrirla de nuevo.

—No tendré ningún problema.

Fanny recogió sus joyas y las colocó todas dentro.

—Hay suficiente espacio para poner tus libros de contabilidad también, si quieres —observó Jeremy.

—Nunca los he guardado en ningún otro lugar que no sea conmigo o bajo mi colchón cuando viajo.

Él puso los ojos en blanco. —No es exactamente el lugar más seguro.

—Lo era cuando solo invitaba a mi alcoba a caballeros en los que confiaba.

Él encontró su mirada y sintió tanto placer como un toque de exasperación. Fanny era definitivamente demasiado confiada. —Hazme caso en esto, mi lady. Guarda todos tus papeles importantes en una caja fuerte a partir de ahora.

—Oh, está bien, si insistes. —Ella misma fue a buscar los libros de contabilidad y los dejó caer junto a su tesoro de joyas, y se apartó—. ¿Estás seguro de que puedes cerrar y abrir la caja fuerte de nuevo?

—No tengo ninguna duda, pero solo cuando tú me lo pidas —prometió.

Como no había llave, Jeremy manipuló la cerradura con los alfileres para cerrarla de nuevo. Fanny se asomó por encima de su hombro mientras él se aseguraba de que la puerta estuviera bien cerrada.

Ella puso su mano en su brazo. —¿Qué papel tuviste que interpretar que te hizo aprender a forzar cerraduras?

—No lo recuerdo —mintió, y luego se odió por tener que hacerlo. Forzar cerraduras no debería formar parte de su vida actual. Era un trabajo peligroso con consecuencias peligrosas—. Te agradecería que no le contaras a tu padre sobre mis habilidades con las cerraduras.

—No pensaba hacerlo —prometió—. Además, me gusta saber pequeños secretos sobre ti que nadie más conoce.

A él no. Se sentía expuesto y avergonzado cada vez que ella lograba sacarle algún detalle desagradable de su pobre pasado. Finalmente la miró. —Ahora, sobre tu puerta. —Jeremy la miró fijamente—. ¿Qué tal un compromiso?

—¿Qué tipo de compromiso?

—Del tipo en el que no paso la noche aquí de nuevo. Bloquea la puerta con muebles en su lugar.

Fanny miró alrededor de la habitación con descontento. —Pero cada mueble es demasiado pesado para que yo lo mueva sin hacer ruido y llamar la atención, que es lo último que quiero hacer a esta hora.

Jeremy se pasó una mano por el pelo. —No había pensado en eso.

—¿Te molesta mucho quedarte conmigo otra vez?

—Por supuesto que no. —Se encogió de hombros, dejando de lado su preocupación por las convenciones sociales. Podía moverse por la casa muy silenciosamente si se lo proponía, y tenía cien excusas bien pensadas bajo la manga si lo veían en el lugar equivocado. Pero no quería volver a caer en el mal hábito de merodear por casas que pertenecían a otros—. Supongo que solo dolerá la primera vez que un miembro de tu familia me asesine.

Ella se rio suavemente ante su sugerencia. —Entenderán por qué te quedaste cuando les

explique el motivo, después de la boda.

—Esperemos que no estén bajo la influencia del alcohol cuando lo hagas. —Se dio la vuelta, colocando una silla directamente frente a la puerta—. Tenía ganas de continuar con mi papel en tu encantadora obra rural.

—No tan encantadora esta noche, me temo.

—Aún no me han arrojado ningún nabo. —Se sentó en la silla, cruzó los tobillos y se cruzó de brazos. Si alguien venía a la habitación de su señora esta noche, Jeremy se encargaría de ellos —. Intenta dormir un poco.

De repente, Fanny estaba a su lado, sacudiéndole el hombro. —¿No vas a dormir a mi lado otra vez?

Él la miró sorprendido. La noche anterior había sido una aberración, producto del dolor renovado y la conveniencia de que él estuviera cerca. —Te estoy protegiendo.

Ella se lamió los labios. —Bueno, pero, sí, así que... También podrías protegerme desde la comodidad de mi cama.

Jeremy miró la cama, luego la puerta, y luego a Fanny de pie allí con su carnoso labio inferior atrapado entre sus dientes. Sabía dónde preferiría dormir.

—Por favor —susurró ella—. Me sentiría mejor teniéndote cerca, y tú también necesitas descansar para mañana.

Jeremy apoyó cuidadosamente la delicada silla contra la puerta sobre dos patas, encajando el respaldo bajo el picaporte y asegurándose de que se mantuviera allí. No impediría que alguien entrara en la habitación si se empeñaba en empujar la puerta. Pero cualquier movimiento de la silla debería despertarlo. —Si alguien viene durante la noche, métete debajo de tu cama y déjame el asunto a mí.

—Lo haré —prometió ella—. Ya me siento más segura solo sabiendo que estarás aquí para enfrentarte a cualquiera que venga. —Fanny se deslizó detrás de su biombo, aparentemente sin necesitar su ayuda para cambiarse esta noche.

Él se acaloró solo de pensar en esas deliciosas curvas que había sostenido la noche anterior. Sus manos ansiaban abrazarla, y se le secó la boca porque *sí* quería besarla apropiadamente al menos una vez antes de regresar a Londres.

Afortunadamente, Fanny regresó rápidamente, vestida con el mismo recatado camisón pero con una bata encima. Se dirigió a su espejo para soltarse el pelo de los apretados bucles en los que lo había peinado para la cena.

Jeremy contuvo la respiración mientras ella desenredaba los mechones y pasaba sus dedos por las largas hebras hasta las puntas.

Fanny se volvió hacia él. —¿Ocurre algo?

Él dio un paso en su dirección. —Donde yo crecí, las mujeres solo se dejaban crecer el pelo para venderlo.

Ella sonrió radiante. —¿Te gustaría tocarlo?

Él asintió y cruzó la habitación hasta su lado, sus dedos ansiando enredarse en la suavidad de una cabellera bien cuidada. Levantó un mechón hacia su rostro para rozarlo contra su mejilla, pero se sobresaltó por un recuerdo extraído de las profundidades turbias de su pasado. —Creo que mi madre tenía el pelo casi tan largo como el tuyo.

—Creía que habías dicho que no la recordabas.

Él negó con la cabeza. —En realidad no. Pero esto me recordó que su pelo era largo y castaño.

—Como el tuyo.

—Más bonito. —Retrocedió. Demasiada intimidad entre ellos era peligrosa. Estaba interpretando un papel y no debía olvidar su propósito al estar aquí—. Deberías descansar un poco. Mañana será otro día emotivo, supongo.

Ella recogió su pelo y lo ató suavemente con una cinta en la nuca. Se aplicó una crema de aroma dulce en la cara y el cuello y luego, de repente, se volvió hacia él. —Me alegro de que recordaras a tu madre. Creo que estaría orgullosa de su hijo.

—No si pudiera ver dónde estoy parado. —Jeremy extendió un brazo, señalándole la cama con impaciencia—. Buenas noches, Lady Rivers.

Fanny se subió a su cama y luego palmeó el espacio a su lado. —Ven a la cama, Jeremy.

Jeremy dudó un momento antes de unirse a ella. Esta noche, sin embargo, mantuvo puesta su chaqueta y sus botas. No quería que nada obstaculizara su rapidez si alguien regresaba... o cuando se escabullera de la habitación por segunda noche consecutiva.

Pero el sueño lo eludía. Estaba alerta a cada crujido de la gran casa a su alrededor.

Fanny, creía él, también permanecía despierta en su lado de la cama. Sus pies seguían moviéndose, y sus ocasionales suspiros resonaban en la oscura habitación.

Él giró la cabeza para mirarla. —¿Dormías junto a tu marido cuando estabas casada?

Fanny se volvió hacia él. —Sí.

—¿Cómo dormíais? ¿En sus brazos o separados?

—¿Por qué quieres saber eso?

—Bueno, en realidad no tengo una razón específica más allá de distraerte de la preocupación de que alguien pueda regresar. —Se encogió de hombros—. Y si alguna vez se me ofreciera el papel de un marido amoroso en una obra, simplemente me preguntaba cuáles serían mis opciones para la escena del dormitorio.

Ella suspiró. —No todos los maridos les gusta compartir la cama con sus esposas. Incluso cuando las aman con locura.

Él asintió. —¿Qué tipo de hombre debería ser? ¿Alguien que te abraza toda la noche o que te adora desde lejos?

—Esto es solo una obra de la que estamos hablando, ¿verdad?

Él inspiró lentamente. Quería abrazarla esta noche, pero estaba esperando que al menos ella lo insinuara también. —Por supuesto. Estoy a tu disposición para que me dirijas.

Fanny se acercó más y cuando él levantó el brazo, ella se acurrucó a su lado. El aroma de su cuerpo, el cosmético que se había aplicado sobre la piel, no hizo nada para calmar su corazón acelerado. Miró al techo mientras su miembro comenzaba a endurecerse. Anoche también le había pasado, aunque había tenido más éxito en controlarlo.

Fanny suspiró suavemente. —Esto es perfecto.

—Lo es —coincidió él. Jeremy mantuvo su brazo flojo alrededor de su espalda, luchando contra la necesidad de acercarla aún más—. Pero debe ser por última vez.

—Estoy segura de que lo será —prometió ella y luego bostezó, acurrucándose contra su pecho. De repente, levantó la mirada—. ¿Qué clase de persona lleva consigo un nabo solo para lanzárselo a un actor en el escenario?

Él se rio suavemente contra su pelo. —No tengo ni idea ni deseo de saberlo, mi lady.

—Fanny. Me gusta oírte decir mi nombre.

—Fanny —susurró él.

Jeremy supo el momento preciso en que Fanny se quedó dormida poco después. El sonido de su respiración acompasada llenó sus oídos y lo tranquilizó de una manera que no acababa de entender. Nunca había tenido esto con ninguna mujer antes. El abrazo, las risas, el dormirse

juntos, las confidencias mutuas.

Bajó la mirada hacia su rostro. Dormida, como cuando estaba despierta, Fanny era conmovedoramente hermosa pero estaba tan fuera de su alcance.

Se permitió imaginar por un momento un futuro en el que siempre tendría a Fanny en sus brazos. Pero no debía engañarse pensando que ella realmente lo necesitaba. Él era una distracción conveniente... igual que todos sus otros protegidos lo habían sido antes de que él llegara.

CAPÍTULO NUEVE

Fanny añadió la última flor al cabello de su hermana y dio un paso atrás.

—¿Qué te parece?

—Creo que se ve hermosa —exclamó Jessica.

—En efecto —concordó Gillian, la duquesa de Stapleton—. Creo que Rafferty será quien se desmaye hoy.

Rebecca sonrió, pero negó con la cabeza.

—Él nunca se desmayaría. Además, necesita mantenerse en pie para pronunciar sus votos. Puede desmayarse todo lo que quiera después de que seamos marido y mujer, preferiblemente no mientras me lleva en brazos al cruzar el umbral de su alcoba.

Fanny se burló ante la idea de semejante peligroso lapso de concentración por parte de Rafferty.

—Eso nunca pasaría.

El vestido de novia de Rebecca era de una delicada seda rosa. El escote bajo era casi escandaloso para llevarlo en una boda, pero después de todo... este no era el primer matrimonio de Rebecca, y todos sabían que la pareja estaba profundamente enamorada.

Fanny vestía de azul, Jessica de rosa, y la duquesa de verde pálido. Tomó el ramo de flores que Rebecca llevaría, entregado por Whitfield recién cortado de su jardín hacía unos momentos.

—Necesitarás esto.

—En efecto, lo necesitaré —asintió Rebecca, poniéndose de pie y alisando sus faldas—. Oh, daría cualquier cosa por tener esta parte terminada rápidamente. Odio que me miren fijamente.

—Lo sabemos —dijeron todas al unísono.

—Pero hoy debes aceptar tu lugar como el centro de atención y aceptarlo como tu derecho —murmuró la duquesa, acercándose a la nerviosa novia—. Y bien merecido lo tienes. Rafferty me dijo apenas ayer que es todo un partido.

—Papá también lo era —Rebecca frunció el ceño—. Padre te privó de *tu* derecho al casarse contigo en Londres con una licencia especial e invitando solo a un puñado de personas.

Gillian se encogió de hombros.

—Pero he sido el centro de atención desde que se difundió la noticia. Tú eres bien conocida en la sociedad, así que las miradas cesarán muy pronto, supongo, cuando la gente acepte que ambos son felices. Mientras que la novedad de mi matrimonio con tu padre parece decidida a perdurar para siempre.

Para sorpresa de Fanny, Rebecca tomó la mano de Gillian.

—Te miran porque eres tan hermosa y sonríes tan a menudo.

—Gracias. Amar a tu padre hace eso —prometió Gillian, con un rubor que iluminaba sus mejillas.

—Él te necesitaba —insistió Rebecca con una suave sonrisa.

Fanny parpadeó varias veces sorprendida mientras el intercambio continuaba. Qué cambio había traído el amor a las actitudes de su hermana en las últimas semanas. Rebecca había estado en contra de Gillian desde el principio de su llegada a Stapleton. Vocalmente, además. Ahora, sin embargo, el par parecía casi las mejores amigas.

—Será mejor que vaya a tomar mi lugar con los invitados y tenga a Nicolas esperando para recogerlas en el vestíbulo —susurró Gillian—. Las veré a todas abajo.

—¿Podrías llevarte a Jessica contigo y decirle a padre que me retrasaré unos minutos más? Me gustaría hablar con Fanny a solas, si no te importa.

Jessica, siempre complaciente, besó la mejilla de Rebecca y se fue con Gillian.

Fanny inclinó la cabeza cuando se fueron.

—¿De qué querías hablarme en un momento como este?

—De nada —Rebecca miró hacia el techo y dejó escapar un largo suspiro—. Solo necesitaba un minuto y usé hablar contigo como excusa.

A Fanny no le importaba, pero tenía curiosidad.

—¿Tienes dudas?

—¿Sobre Rafferty? No —suspiró—. Él ha sido maravilloso.

—¿Qué, entonces?

Rebecca miró su ramo.

—En unos minutos, toda mi vida cambiará. Ya no seré la señora Rebecca Warner.

—¿Viuda de un canalla sin corazón que te traicionó con su ama de llaves justo bajo tus narices? —sugirió Fanny, yendo directamente a la humillante verdad en lugar de endulzarla. Rebecca generalmente prefería eso.

—Sí —Rebecca negó con la cabeza—. Tengo que dejarlo ir todo. Mi ira y mi desconfianza. Necesito reinventarme como la condesa de Adam.

Fanny puso su brazo alrededor de los hombros de Rebecca.

—Odio ser yo quien te lo diga, pero ya has cambiado de tantas maneras por él y por el amor. Ya eres diferente. Menos ofendida por los hombres.

—Me preocupo.

Fanny conocía bien a su hermana.

—¿De que se aleje por otro amor?

Rebecca se mordió el labio y luego asintió.

—Adam y tu difunto esposo son tan diferentes que es imposible imaginar que pudiera suceder. Rafferty te adora. Siempre lleva una sonrisa cuando estás cerca. Si alguna vez te fuera infiel, o si tú te rindieras con él, yo renunciaría a mi fortuna e iría a vivir en un campo de heno y vestiría harapos.

—Bueno, no puedo permitir eso —Rebecca se rio—. Mi hermana favorita siempre debe ser la mujer más elegante de la sala. *Insisto* en ello.

Fanny se movió para pararse detrás de Rebecca mientras esta se colocaba frente a un arco de espejos. Volvió a rodearla con el brazo, como solía hacer cuando eran más jóvenes.

—El vestido te sienta bien. Te hace parecer una joven novia otra vez.

—Era feliz entonces.

Fanny la apretó.

—Pero no tan enamorada como sospecho que lo estás ahora. Vaya, estás positivamente

radiante.

Los ojos de Rebecca se encontraron con los suyos a través del reflejo del espejo y se mantuvieron así por un largo minuto.

—Lo sabes, ¿verdad?

Fanny le guiñó un ojo.

—No puedo *saber* nada hasta que me lo digan. Oficialmente.

La mano de Rebecca se deslizó hacia su vientre donde las manos de Fanny aún descansaban sobre un pequeño bulto.

Fanny rio suavemente.

—Así es como sé que tú y Adam perdurarán. Nunca le habrías permitido a Warner las mismas libertades antes de casarte con él.

—No. No lo habría hecho. Quería ser, intenté ser... más libre. Un poco más como tú.

—¿Como yo?

—Más libre con mis afectos. Menos preocupada por las consecuencias de un amorío como lo has sido tú.

—No tengo amoríos, Rebecca.

—Compartimos pared de alcoba, hermana —Rebecca alzó una ceja—. Puedes confiar en mí, ¿sabes? Nunca lo contaría.

—No hay *nada* que contar —prometió, alejándose de su hermana. Seguramente un amorío requería un beso. Jeremy ni siquiera lo había intentado—. ¿Estás lista para casarte ahora, querida Becca?

—Estamos hablando —Rebecca negó con la cabeza—. Rivers lo entendería.

Fanny frunció el ceño. No quería tener esta conversación, pero Rebecca parecía poco inclinada a dejar el asunto.

—Sabes por qué no me casaré.

—No estoy hablando de matrimonio. La idea es ridícula, a menos que sea lo que quieras. Pero el futuro es más fácil de enfrentar cuando tienes a alguien que te abrace cuando te sientes sola. No hay razón para negarte el calor de una conexión humana por miedo a que algún día puedan morir. Todos necesitamos esperanza. Afecto. Quizás un poco de amor carnal.

Fanny se quedó boquiabierta. —No puedo creer que acabes de decirme eso.

—Difícilmente puedo mantener la altura moral cuando estoy a punto de casarme con un hombre como Rafferty —se quejó Rebecca—. Me ha abierto los ojos y asaltado los oídos con todo tipo de conversaciones indecorosas. Lo extraño es que ya ni siquiera parece importarme. Mientras no escuche sobre *sus* hazañas con otras mujeres, estoy contenta de dejar que la sociedad sea tan escandalosa como le plazca. Eso te incluye a ti y a nuestros hermanos también.

—Creo que ya debo amar a Rafferty como a un hermano por haber provocado este cambio en ti —Rafferty no era un mojigato, y su moral relajada ya estaba contagiando a su hermana, a menudo demasiado seria—. Será una excelente adición a la familia.

—Sí. Ah, y hablando de adiciones, eso me recuerda. Rafferty escuchó que las finanzas de la familia Thwaite están bajo una tensión adicional. Se rumorea que el hijo, Wilks, ha acumulado deudas de juego por toda la ciudad. Thwaite está tratando de mantenerlo en secreto.

Fanny frunció el ceño. —Lord Thwaite está buscando inversores para un nuevo proyecto.

—Sí, creo que dijiste algo al respecto hace unas noches. ¿Marcará la diferencia no contar con su participación o sus fondos?

—Sin él... Sí, definitivamente podría —Podría no ser más que un chisme, pero Fanny se aseguraría de la participación de Thwaite antes de tomar su decisión final sobre el proyecto—.

Estaba muy ansioso por que aceptara invertir, pero lo pospuse hasta después de la boda —Fanny se apresuró al escritorio de su hermana y garabateó una nota rápida para recordarse investigar más a fondo los asuntos financieros de Thwaite por la mañana.

Ya sospechaba que había sido él quien estuvo en sus aposentos, buscando información sobre el alcance de sus negocios con Maxwell Danvers. Y ahora podría tener influencia para usarla en su contra en el futuro con respecto a Jeremy Dawes también. Pero no podía pensar en sí misma hasta después de la boda. Nunca arruinaría el día feliz de su hermana.

Rebecca chasqueó la lengua. —Vamos, Fanny. Rafferty empezará a pensar que no voy a bajar para casarme con él. Me estás haciendo llegar tarde.

—No fui yo quien estaba arrastrando los pies —le recordó Fanny a Rebecca mientras se deslizaba la nota en el guante para guardarla hasta que pudiera volver a su habitación más tarde ese día.

—Bueno, no puedo culparme a mí misma —dijo Rebecca con expresión altiva—. ¿Qué diría la gente si pensaran que tengo dudas?

Fanny levantó las manos en señal de resignación y se apresuró a adelantarse a Rebecca hacia la puerta, logrando deslizarse en el pasillo antes que ella para ofrecerle su brazo. —¿Vamos?

—En efecto, vamos.

Se movieron rápidamente hacia la escalera, pero comenzaron a bajar más lentamente.

Al poco tiempo, oyeron el murmullo bajo de docenas de voces provenientes del salón. Padre estaba paseando por el pasillo.

—Por fin —exclamó cuando las vio descender, pero luego su rostro se suavizó con adoración —. Becca.

—Hola, papá. ¿Cómo me veo?

Sus ojos se llenaron de emoción. —Te pareces tanto a tu madre que por un momento pensé que era ella que había vuelto a la vida.

Los ojos de Fanny se llenaron de lágrimas de felicidad al oír eso, pero rápidamente las apartó. Rebecca era la única que se parecía a su madre de alguna manera.

Incluso tenía su temperamento volátil.

Un lacayo esperaba en la entrada y, a una señal de Padre, el hombre golpeó su bastón en el suelo para anunciarlas. La multitud en el interior quedó inmediatamente en silencio.

Padre se inclinó para murmurar al oído de Rebecca, susurrando algo destinado solo para ella. Fanny se apartó para darles privacidad, experimentando también un toque de resentimiento.

El día de la boda de Fanny se había ensombrecido porque su padre no había aprobado realmente su elección la primera vez. Quizás por eso de vez en cuando le sugería que reconsiderara su vida solitaria, pero casada con alguien de quien él aprobara. Podría estar felizmente casada si quisiera. Si alguna vez encontrara un buen hombre, alguien en quien pudiera confiar, podría considerarlo algún día. Pero todos los caballeros que había encontrado en la sociedad desde que se convirtió en viuda no eran remotamente interesantes y codiciaban su fortuna.

Se dirigió a la entrada y se detuvo, observando y sonriendo a todos los reunidos en el salón que la miraban. Había lores y damas, gente local y muchos que habían viajado para honrar a la pareja en este día especial.

La gente también había viajado millas por ella, y había disfrutado cada momento del alboroto.

Pero no era de extrañar que Rebecca hubiera estado nerviosa por hoy. Esta era la boda más grande que Stapleton Manor había albergado jamás, incluyendo las de Fanny y Jessica.

Por el rabillo del ojo, vio a Jeremy Dawes de pie en la parte trasera de la sala. La visión de él, tan apuesto, tan atractivo, hizo que una oleada de calidez —lujuria, si fuera honesta consigo misma— recorriera su piel.

Tenía que admitir que le gustaría un beso de él... y tal vez bastante más, si él estuviera de acuerdo.

Fanny cuadró los hombros cuando Rebecca murmuró su nombre, y se deslizó entre las filas de invitados hacia Lord Rafferty y el vicario que esperaba.

Pasarían algunas horas antes de que se liberara de las obligaciones familiares. Tal vez para entonces habría relegado su anhelo de compañía masculina al fondo de su mente nuevamente.

Se movió hacia un lado, lista y dispuesta a ser testigo de las nupcias que estaban a punto de tener lugar.

Levantó la vista para ver acercarse a su hermana. Cualquier rastro de nervios prenupciales había desaparecido del comportamiento de Rebecca. Estaba radiante de nuevo mientras tomaba la mano del novio, y el rostro de Rafferty estaba tan lleno de amor que era difícil de presenciar. Padre le hizo un gesto con la cabeza mientras tomaba asiento junto a su nueva esposa.

Mientras el vicario hablaba, a Fanny se le recordaba constantemente su propio y lejano día de boda. Había amado a su esposo entrañablemente, hasta su último aliento y más allá. Pero tenía que admitir que su vida se sentía tan vacía últimamente. El trabajo que hacía por los pobres, administrar sus inversiones, ayudar a la familia cuando podía, no la satisfacía tanto como antes.

Tal vez *sí* necesitaba a alguien en su vida de vez en cuando.

No un marido, seguramente. Solo un compañero temporal. Un marido se haría cargo de sus asuntos financieros y dejaría su vida más vacía de lo que estaba ahora. Quizás Rebecca tenía razón, que un romance con un amante discreto podría ser justo lo que necesitaba. Por ahora, Dawes era un compañero divertido, y ella estaba disfrutando de sus pequeñas actuaciones juntos.

Rafferty deslizó un anillo en el dedo de Rebecca y la pareja se casó.

Se volvieron para enfrentar a los invitados de la boda como marido y mujer ante el aplauso desenfrenado de familiares e invitados.

Fanny agradeció al vicario y se colocó detrás de ellos, de pie junto a Wilks mientras los invitados abrumaban a la sonriente pareja.

—Lady Rivers, qué encantador volver a verla —dijo arrastrando las palabras.

—Lo mismo digo, milord.

—¿Cuándo vamos a hacer algo juntos?

Wilks y Fanny tenían amigos diferentes y rara vez se movían en los mismos círculos.

—No lo sé.

—Me refería a *hacer* —movió las cejas sugestivamente— *algo*. *Juntos*. Después de todo, mi mejor amigo y tu hermana *ahora* están casados. Deberíamos hacernos mejores *amigos*, ¿no crees?

Fanny casi puso los ojos en blanco ante el énfasis que Wilks puso en ciertas palabras. ¿Pensaba que estaba desesperada por atención masculina? Lord Wilks, siendo más joven que ella, sería el último hombre que permitiría en su cama. Era el hijo de Thwaite y un libertino. Adoptó su expresión más altiva.

—No te sigo.

—Bueno, a Rafferty le gustan las fiestas en casa, y si mal no recuerdo, a ti también —enganchó su brazo con el de ella y le dio unas palmaditas en la mano—. Podríamos vernos *mucho* más fácilmente.

—*He* asistido a varias fiestas en casa en los últimos años —admitió. Para discutir inversiones

y para mantener el aburrimiento a raya. No se había acostado con nadie en ninguna de las anteriores a las que Wilks había asistido. Pero entonces no estaba buscando un amante. Tampoco lo estaba ahora—. Estoy segura de que asistiremos a varias de las mismas fiestas en casa en los próximos años. Eso es inevitable.

Jessica se apresuró y agarró a Fanny por los brazos, desplazando a Wilks en el proceso con su entusiasmo.

—¿No es maravilloso, Fanny? —exclamó Jessica mientras la abrazaba.

—¿Qué es maravilloso?

—Cómo una boda casi siempre lleva a otra —Jessica se entusiasmó—. Supongo que ya sabes que Lord Letterford le ha propuesto matrimonio a la señora Abercrombie y ella ha aceptado. ¿Por qué no nos lo dijiste cuando seguramente te lo contó durante el almuerzo el otro día?

Fanny se quedó boquiabierta y rápidamente miró alrededor de la habitación, descubriendo a Lord Letterford y a la señora Abercrombie, una viuda cerca de su edad, de pie no muy lejos.

—Nunca mencionó un compromiso.

—Ella lleva su anillo incluso ahora —Jessica se enlazó de brazos con ella, alejándola de Wilks—. No puedo esperar hasta la cena. Habrá sopa de champiñones. Mi favorita.

Wilks se desvaneció entre los invitados que se mezclaban y Jessica dejó escapar un resoplido.

—Eh, ese hombre es horrible.

—Supongo que has tenido tratos con Wilks antes.

Su hermana frunció el ceño.

—Lo conocí durante mi temporada. Siempre estaba tratando de hablar conmigo a solas. Le hablé sobre champiñones durante una hora antes de que perdiera el interés.

Fanny se rio.

—Bueno, me alegro de que fueras cautelosa con él.

—Tú también deberías serlo. Hay hombres mucho más agradables para elegir como marido que ese.

—¿Quién dijo que me iba a casar?

—Bueno, todo el mundo. Siempre soy la última en enterarme.

—Eso no es cierto. Serás la primera, te lo prometo, si es que decido que echo de menos tener un marido que me dé órdenes. No es que lo haga. Ni siquiera he considerado la posibilidad de hacer un segundo matrimonio para mí.

Jessica estaba frunciendo el ceño.

—¡A mí no me dan órdenes!

Whitfield apareció de repente a su lado.

—Jessica, deberíamos felicitar a la feliz pareja. Ahora, mientras no haya nadie cerca de ellos.

—¿Ves? —murmuró Fanny entre dientes mientras Whitfield se llevaba a Jessica. Un marido le diría qué hacer igual que Whitfield estaba haciendo con Jessica ahora, y Fanny se había vuelto bastante aficionada a darse órdenes a sí misma en su lugar.

Fanny se acercó a Lord Letterford y a la señora Abercrombie.

—Mis queridos, acabo de enterarme de la feliz noticia. Felicidades. ¡Qué maravilloso!

—Gracias, milady —dijo la señora Abercrombie con una mirada amorosa hacia Letterford—. Queríamos esperar hasta después de la boda, pero Letterford no pudo contener la lengua.

—Y no debería haberlo hecho.

—Gracias, Fanny —murmuró Letterford con una pequeña sonrisa—. Dime, ¿sería este un buen momento para que discutamos ese pequeño asunto que mencioné antes? Solo tomará un

momento, lo juro.

Como Fanny había pensado que Letterford iba a avergonzarse a sí mismo y a ella proponiéndole matrimonio, se sorprendió de que aún quisiera hablar con ella.

—Oh, sí. Si lo deseas.

—Discúlpame, querida. Volveré enseguida —le prometió a la señora Abercrombie.

Se llevó a Fanny lejos de todos.

—Perdona mi engaño, pero quería pedir un favor y espero que no pienses que estoy abusando de nuestra larga amistad al preguntar, pero —pareció tragar saliva—, me preguntaba si podría usar tu casa en Brighton. Verás, la señora Abercrombie nunca ha visto el mar. Me gustaría llevarla allí para nuestro viaje de luna de miel durante unas semanas después de que nos casemos.

Fanny sonrió cálidamente.

—Podéis visitar y quedaros todo el tiempo que queráis. Enviaré un mensaje al ama de llaves hoy mismo para que espere tener noticias tuyas pronto, y cuando vayáis a llegar.

—Eres muy amable —tragó saliva—. Cuánto podrías querer...

Fanny lo silenció con un gesto de la mano.

—Mi regalo de bodas para vosotros.

—No podría aceptarlo.

Letterford no era un hombre rico, y un matrimonio tardío como el suyo merecía el mejor comienzo posible.

—Debes aceptar, porque *yo* no aceptaré ni un centavo como pago —le advirtió.

—Eres demasiado generosa. Muchas gracias —sonrió tímidamente—. Es mi ferviente esperanza que algún día encuentres un caballero que te valore tan alto como mereces.

—Gracias, y la mejor de las suertes para vosotros dos —lo despidió de vuelta con su futura esposa.

Jeremy apareció a su lado, con expresión pensativa.

—¿Qué quería Letterford de ti?

—Nada que no estuviera feliz de dar —prometió con una risa y luego entrelazó su brazo con el de Jeremy. Tenía un hombre menos que evitar ahora y eso hacía que su día fuera mucho más brillante—. Es una boda maravillosa, ¿no es así?

CAPÍTULO DIEZ

Jeremy se sorprendió al descubrir que parecía ser un apetitoso manjar en el menú para varias de las invitadas femeninas en la boda. No había sido tan manoseado desde que intentó colarse para ver su primera obra de teatro. Las mujeres de la *alta sociedad* eran completamente desvergonzadas en la forma en que le guiñaban el ojo, lo miraban fijamente y se frotaban contra él a medida que caía la noche, junto con sus inhibiciones. Asumían que él no podía tener objeciones a sus dedos torpes y ofertas sugestivas de encontrarse más tarde en algún lugar apartado.

Pero no sabían que él no estaba dispuesto a salirse de su personaje por nadie.

En el desayuno de la boda, Jeremy desafortunadamente había sido sentado lejos de Fanny, demasiado lejos incluso para ver a la comitiva nupcial al otro extremo de la sala. Echaba de menos tener a alguien con quien hablar.

—¿Estás bien ahí, Dawes? —preguntó el duque, apareciendo de repente a su lado con una bebida en la mano.

—Lo estoy, su gracia —prometió rápidamente.

—A pesar de que tu rostro diga lo contrario —murmuró Stapleton.

Jeremy se volvió hacia el duque y mantuvo la voz baja.

—¿Por casualidad su hija habló con usted?

—¿Qué hija? Tengo tres.

—Su primogénita.

—Nos dimos los buenos días y luego me dijo que me fuera. Al parecer, mi opinión no era deseada más temprano. Solo damas —confió—. ¿Por qué?

—Ah —murmuró Jeremy, vacilando por un momento. Supuso que Fanny aún no le había contado sobre el saqueo de su alcoba. Realmente debería haberlo hecho—. Estoy seguro de que encontrará un momento para hablar con usted más tarde esta noche.

El duque le dirigió una larga mirada considerada.

—Ahorraría tiempo si simplemente lo soltaras.

—No. A ella no le gustaría eso —decidió Jeremy.

El duque resopló.

—Hijas. Serán mi muerte, lo juro.

A pesar de la seriedad de lo ocurrido anoche, no pudo evitar reírse de la cara larga del duque.

—Lo siento.

—Yo no. Las mujeres mantienen a los hombres alerta —el duque suspiró—. Bueno, si no vas a delatarla, será mejor que espere a que ella venga a mí por su cuenta.

Pero, ¿cuánto tiempo sería eso? Jeremy esperaba que no demasiado. Él no pasaría otra noche en sus aposentos, pero al menos sabía que el pestillo de su puerta había sido arreglado y se había añadido un cerrojo secundario a petición suya.

El duque fue apartado y Jeremy se quedó de pie solo otra vez. Al otro lado de la sala, Fanny pasó deslizándose del brazo de una amiga suya. Parecía estar pasándolo de maravilla. Había bailado dos veces, aunque no con él. Probablemente debería haberle pedido bailar, pero para ser honesto, sus habilidades de baile no eran lo suficientemente buenas para exhibirlas en público.

Una mano pesada aterrizó en su hombro. Jeremy se giró, esperando que el duque hubiera regresado para atormentarlo.

Pero en cambio, era el semblante sonriente de Lord Wilks el que tenía frente a él.

—Es una vista encantadora, ¿no es así?

—¿Quién?

—Ya sabes quién. Lady Rivers es bastante extraordinaria.

Jeremy había sentido una inmediata antipatía por Wilks, y no era porque ya estuviera borracho como una cuba. Había algo decididamente demasiado astuto y falso en su risa como para que Jeremy sintiera que era completamente confiable.

—Sí, ciertamente lo es —murmuró Jeremy.

—Dime, ¿tienes que seguir *todas* sus órdenes, perdón, *indicaciones escénicas*, como un perrito faldero mimado, o te deja ser un hombre y tomar el control de ella en ocasiones?

Jeremy miró al tipo con asombro y no poca repulsión.

—¿De qué tonterías estás hablando?

—Oh, vamos. Hiciste bien en convencerla de patrocinar tu incipiente carrera en el escenario, pero seguramente podrías haber pedido mucho más que un pago simbólico de cien libras. Estás fingiendo estar enamorado de ella y mereces una compensación mayor. Ella nunca habría notado la diferencia —Wilks pasó su brazo sobre el hombro de Jeremy—. Puedo ayudarte a sacarle más dinero, por una modesta comisión, por supuesto.

Jeremy estaba horrorizado por la sugerencia, pero trató de mantener su conmoción fuera de su rostro. Se quitó el brazo de Wilks de los hombros y enfrentó al borracho. ¿Cómo podría Wilks haber deducido su arreglo en medio día? Apenas había llegado a tiempo para las nupcias, a menos que...

A menos que le hubieran dado el acuerdo para leer desde que el matrimonio había tenido lugar.

Jeremy maldijo por lo bajo mientras observaba el semblante presuntuoso de Wilks. ¿Habría robado Lord Thwaite el acuerdo de empleo de Jeremy de las habitaciones de Fanny y compartido el contenido con su hijo borracho? Obviamente, Wilks pretendía usar esa información para llenar también su propio bolsillo.

Miró al otro lado de la sala, solo para ver a Fanny escabulléndose del salón de baile con sus hermanas a cuestas. No había forma de que pudiera advertirle. La novia estaba a punto de partir hacia su nuevo hogar, si recordaba correctamente. Era el momento perfecto para que Wilks se le acercara, cuando la atención de todos estaba desviada hacia el otro lado del salón.

Jeremy controló su temperamento. No podía alterarse por la conversación. Tenía la intención de devolver ese papel a Fanny esta noche.

Wilks se palmeó el bolsillo.

—Ciertamente podría hacer que valga la pena reconsiderar dónde yacen tus lealtades.

Los ojos de Jeremy se estrecharon sobre Wilks. El contrato estaba en su bolsillo, justo frente a él.

Había jurado no desperdiciar esta oportunidad única en la vida, pero su lealtad era con Fanny, no con su propio bolsillo. Sonrió rápidamente, siguiendo el juego del tipo para parecer receptivo.

—¿Cuánto debería haber pedido?

—Encuéntrate conmigo mañana en el huerto al mediodía, y podremos discutirlo —aconsejó Wilks con otra sonrisa burlona.

Tres fuertes golpes de un bastón sobre el parqué y Jeremy se volvió hacia el sonido.

—Damas y caballeros, el Conde y la Condesa de Rafferty se están retirando.

La gente aplaudió y luego se apresuró hacia el vestíbulo de entrada para despedir a los recién casados.

Jeremy fue empujado con fuerza en la prisa por llegar primero a la puerta, cayendo convenientemente contra Wilks. El hombre lo apartó de un empujón, pero no antes de que Jeremy hubiera revisado el interior de los bolsillos de su abrigo y levantado un papel que encontró allí.

Se sentía aproximadamente del mismo tamaño que el breve contrato que había firmado. Sin embargo, no tuvo tiempo de comprobarlo. Jeremy lo ocultó en la palma de su mano mientras se enderezaba, disculpándose profusamente, mientras rápidamente lo deslizaba dentro de la manga de su abrigo y seguía a todos los demás hacia la puerta.

Jeremy hizo una mueca. Su escandaloso pasado había resultado útil para su nuevo papel por segunda vez. Y sería la última, también.

Siguió a todos afuera en la creciente penumbra, reprimiendo el instinto de escabullirse entre las sombras para comprobar lo que le había robado a Lord Wilks y asegurarse de que tenía la propiedad de Fanny.

Fanny estaba en el camino de entrada junto al carruaje, rodeada por su familia, secándose los ojos y apartando lágrimas de felicidad, al menos eso esperaba él. Había notado que ella parecía derramar todo tipo de lágrimas. Eso le resultaba confuso, pero tenía un pañuelo listo en la mano por si acaso fuera necesario.

Los invitados a la boda se reunieron en los escalones mientras el novio y la ruborizada novia subían al carruaje y finalmente se alejaban hacia la casa de Lord Rafferty.

Fanny y Lord Thwaite caminaron juntos de regreso al interior. Thwaite lucía una expresión complacida y le susurró algo a Fanny que la hizo reír. Pero rápidamente fue llevada por la duquesa y su hermana restante, siendo arrastrada hacia la casa.

Jeremy llevó la mano al bolsillo de su chaqueta, guardando su pañuelo.

El hombre frente a él se dio la vuelta abruptamente, y se encontró mirando directamente a los ojos de Wilks otra vez.

El tipo se tocó el bolsillo, y sus ojos se entrecerraron mientras buscaba algo que ya no estaba en su posesión. —¿Qué pusiste en el bolsillo de tu chaqueta? —exigió saber.

—¿Qué, mi pañuelo?

Wilks revisó sus propios bolsillos de nuevo y luego dirigió una mirada furiosa a Jeremy. —Muéstramelo.

—Es solo un pañuelo —prometió, mostrándoselo—. Puedes quedártelo si lo necesitas.

Pero Wilks lo agarró bruscamente e intentó registrar los bolsillos de la chaqueta de Jeremy. Jeremy protestó tanto por el trato brusco como por el hedor a bebidas alcohólicas en el aliento de Wilks, ruidosamente.

—Suéltame. —Jeremy lanzó un brazo, conectando accidentalmente su puño con la mandíbula de Wilks.

Wilks retrocedió un paso tambaleándose, pero no se daba por vencido. —¡Devuélvemelo!

—¿Qué demonios es esto? —ladró Stapleton, interponiéndose entre ellos—. Caballeros, contrólense.

Se necesitó a Lord Milo y Lord Samuel para contener a Wilks de atacar a Jeremy de nuevo. Wilks señaló a Jeremy, acusándolo: —Tiene algo mío. Estoy seguro de ello.

Jeremy se enderezó la chaqueta, comprobando que la nota seguía a salvo en la manga de su camisa. —No tengo nada que te pertenezca. —Pero tenía algo que pertenecía a Fanny, y no quería revelarlo aquí.

El duque se cruzó de brazos y miró entre ellos. —Una acusación de robo es un asunto serio. ¿Qué es lo que crees que ha tomado?

—No tengo ni idea, su gracia —prometió Jeremy—. Está ebrio.

—¡No lo estoy! Ese hombre tiene algo de gran valor para mí —insistió Wilks. Pero miró a su alrededor, notando a su audiencia con ojos parpadeantes. Se enderezó la chaqueta y se alisó el cabello, pero como apenas podía mantenerse quieto, dio credibilidad a la acusación de Jeremy de que no sabía de qué estaba hablando—. No puedo decir qué es, pero es vital que se me devuelva esta noche —insistió Wilks—. ¿Quién es él, de todos modos? Solo un actor.

—Es un invitado —señaló Stapleton—. Al igual que usted esta noche.

Jeremy se acercó al duque, deteniéndose tan cerca de su lado como se atrevió. Logró dejar caer el contrato doblado en el bolsillo abierto de la chaqueta de Stapleton sin que este se diera cuenta. —No tengo nada que le pertenezca a *él*, lo juro.

Los ojos del duque se estrecharon sobre Wilks. —Una acusación de robo puede resolverse fácilmente ahora mismo. Sr. Dawes, ¿tendría alguna objeción a ser registrado por segunda vez con sustancialmente más dignidad?

Jeremy ya no tenía nada que ocultar. —No tengo ninguna objeción.

El duque lo cacheó rápida, eficiente y minuciosamente, incluso palmeando su camisa varias veces y los brazos para asegurarse de que no tuviera nada escondido dentro de su ropa. Satisfecho de que no llevaba ningún papel, el duque declaró falsa la acusación y les hizo darse la mano. —Wilks, estabas equivocado, y el Sr. Dawes fue provocado lo suficiente como para defenderse. Eso es todo. Wilks, ve a dormir la mona y no me causes más problemas.

Sin embargo, la forma en que Wilks lo miró alertó a Jeremy de que no había terminado. Los ojos del hombre casi brillaban de odio. —Tal vez lo extravié —concedió Wilks.

—Haré que mi personal me traiga cualquier cosa que encuentren. —Luego el duque se volvió hacia Jeremy, frunciendo el ceño—. Adentro. Mi biblioteca. Ahora.

Jeremy obedeció, dirigiéndose directamente hacia la biblioteca del duque con una confianza que no sentía exactamente. El duque seguramente lo seguiría, y entonces Jeremy tendría que ser condenadamente rápido para recuperar el contrato antes de que Stapleton metiera la mano en su propio bolsillo.

Los hermanos de Fanny lo alcanzaron tan pronto como llegó a la puerta de la biblioteca. Lo llevaron al otro lado de la habitación hacia las licorera. —Bonita pelea la que estabas preparando allí, Dawes, o lo habría sido si Padre no hubiera interferido —se quejó Lord Samuel.

—A Wilks le vendría bien que lo bajaran un poco de su pedestal —coincidió Lord Milo, luciendo una amplia sonrisa propia. Samuel sirvió oporto para los tres. Milo, sin embargo, tomó la mano de Jeremy e inspeccionó sus nudillos—. No parece haberse hecho ningún daño.

—Es una lástima que no le haya pasado nada a la cara de Wilks —murmuró Samuel—. Ha aprovechado demasiado su apariencia y su título en mi opinión. Sin duda alguien le borrará esa sonrisa de la cara eventualmente. Teníamos tantas esperanzas de que fueras tú. ¿Qué quería

recuperar Wilks?

—No tengo ni idea.

—Debe ser *alguna* carta de amor que ha perdido —murmuró Milo, quizás bromeando—. ¿Sabías que Wilks arruinó un negocio de nuestra hermana el año pasado? Sedujo a su antigua doncella para averiguar sus planes antes que nadie. No es que pudiéramos probarlo entonces. La forma en que la ha seguido esta noche me hace pensar que está interfiriendo en su vida de nuevo, o su padre lo ha enviado a hacerlo. Y luego te vi hablar con él esta noche como viejos amigos.

Jeremy frunció el ceño. —¿Por qué Wilks seduciría a la doncella de Fanny y no a Fanny?

—Fanny es demasiado inteligente para caer en falsas adulaciones o bajar la guardia con hombres que vienen a cortejarla. La doncella fue extremadamente tonta al confiar en cualquier promesa que él le hiciera. —Milo hizo una mueca—. Le costó a Fanny una fortuna desenredarse del proyecto. Pero Fanny tiene un don para convertir en oro todo lo que toca, así que la pérdida fue insignificante al final. Ella merece algo mejor.

—Sí —murmuró Jeremy.

Milo lo estudió. —No nos gustaría ver sus alas cortadas por ningún hombre en ningún matrimonio.

Jeremy estuvo de acuerdo. —Ni a mí. Ella es diferente a cualquier mujer que haya conocido.

Miró su mano cuando sus nudillos empezaron a doler.

—Tal vez quieras ponerte un poco de hielo en eso. —Milo asintió—. Pídele al ama de llaves que te lo vende también. Será mejor que vaya a socializar antes de que Padre me mande a un rincón también. Odia cuando sus hijos se pelean.

Milo salió de la habitación silbando y Jeremy se quedó a solas con Samuel.

Jeremy se volvió hacia Samuel. —Pensé que el duque también vendría a la biblioteca.

—Mi padre envía a todos a la biblioteca cuando quiere calmar su propio mal humor —Samuel sonrió y agitó los dedos. Jeremy se quedó asombrado al ver un papel doblado en su posesión—. Supongo que querrás recuperar esto.

Jeremy parpadeó.

—¿De dónde lo has sacado?

Samuel sonrió mientras lo desplegaba y parecía leerlo rápidamente.

—Del bolsillo de mi padre. No poseo ninguna de tus habilidades únicas para robar carteras, pero aún tengo la costumbre de abrazarlo, así que... *voilà*. Bien hecho al recuperar el papel de Fanny de Wilks. ¿Cómo diablos lo consiguió?

Jeremy se humedeció los labios.

—¿Por qué crees que es de Fanny?

—El papel y la letra son suyos. Ella escribe toda su correspondencia familiar en las mismas hojas, además. También está firmado por ella... y por ti. Tenéis aquí un acuerdo fascinante —Samuel se lo entregó—. Deberías guardar algo tan sórdido bajo llave. La gente podría malinterpretarlo.

Jeremy empezó a sentirse incómodo con ese contrato. ¿Qué más había en él que no había entendido?

—Lo haré.

Lord Samuel inclinó la cabeza y se dio la vuelta, dirigiéndose hacia la salida.

Jeremy le siguió más despacio, metiendo la nota dentro de su camisa. Samuel ya había desaparecido cuando Jeremy se detuvo en el vestíbulo. No quería volver al baile con el contrato en su poder, seguramente Lord Wilks acechaba por ahí y estaría al acecho de otra oportunidad para registrarlo.

Se dirigió hacia las escaleras.

—¡Señor Dawes!

Cerró los ojos brevemente, deseando que Fanny no hubiera venido a buscarlo. Sin embargo, se volvió educadamente y vio a Thwaite acechando de nuevo a su lado.

—Lady Rivers. Lord Thwaite.

Ella se humedeció los labios.

—Nos preguntábamos adónde habías ido. Oí...

Él extendió la mano para mostrarle que sus nudillos apenas estaban marcados.

—Fue un malentendido. Estaba a punto de ir a pedir ayuda al ama de llaves.

Fanny tomó su mano entre las suyas y examinó sus nudillos enrojecidos, haciendo una mueca.

—¿Qué tan mal está?

—Escuece un poco, pero Milo cree que no hay nada roto.

Ella suspiró aliviada.

—Me alegro mucho de oírlo.

Thwaite sonrió con suficiencia, deslizando su mirada hacia Fanny.

—Le he asegurado a Lady Rivers que mi hijo tampoco guarda rencor alguno. El duque zanjó el asunto. Wilks había bebido un poco de más. Además, es bueno ver un poco de competencia entre jóvenes por los afectos de una dama, especialmente cuando hay un premio tan grande en juego.

Los ojos de Fanny se bajaron y él vio que estaba incómoda con el comentario. ¿Sabría ella que Thwaite había tomado su acuerdo y se lo había pasado a su hijo? Tal vez sí, o quizás sólo le molestaba la charla sobre ganarse sus favores.

—Mi lady, ¿podría tener una palabra en privado con usted? —preguntó.

Thwaite extendió su brazo con impaciencia. Bien podría haber chasqueado los dedos, pues la acción hizo que a Jeremy se le erizara el vello. Ningún hombre debería tratar así a Fanny. Ella no pertenecía a nadie más que a sí misma.

—Me temo que su palabra tendrá que esperar. Lady Rivers ha accedido a bailar conmigo a continuación, y luego con mi hijo.

Su sonrisa era frágil.

—Sí. En efecto.

Jeremy dio un paso en su dirección.

—Sólo tomará un momento.

Ella pareció dudar, pero negó con la cabeza. Su rostro nunca se alzó hacia el de él mientras susurraba:

—Si me disculpa. Debo irme.

Recogió sus faldas y se dirigió al salón de baile con un sonriente Thwaite siguiéndola de cerca. Jeremy bajó un escalón, decidido a no perderla de vista.

—Es fascinante que mi familia siga asociándose con ese bastardo viscoso —dijo Samuel mientras salía de las sombras de una cámara cercana—. No te preocupes por mi hermana. Yo la vigilaré por ti esta noche. Hazte ver esa mano y déjame a mí a Thwaite y a su lascivo hijo. Y por el amor de Dios, pon ese papel en un lugar más seguro que donde deben haberlo encontrado la primera vez.

Sorprendido por su acertada evaluación del problema, Jeremy asintió y subió las escaleras. Una vez en la dudosa seguridad de su habitación, sacó el acuerdo de su bolsillo. Entrecerrando los ojos a la luz de la luna, intentó darle sentido durante la siguiente hora. Pero la tarea lo

derrotó. Casi lo arrugó de frustración. Simplemente tenía que encontrar a alguien de confianza para que se lo leyera... pero no se le ocurría en quién confiar en este lugar. La mejor persona para la tarea era Fanny, pero entonces ella descubriría que no sabía leer.

Y con Thwaite y Wilks rondándola, probablemente no podría preguntarle hasta mañana.

Miró furioso el papel. El mejor momento para devolver el acuerdo a las habitaciones de Fanny era probablemente ahora. Podría colarse en sus aposentos, abrir la caja fuerte y guardar el acuerdo bajo llave sin que nadie se enterara.

CAPÍTULO ONCE

Fanny se aferraba con fuerza al brazo de su hermano Samuel mientras paseaban por el bosque entre los altos árboles después de visitar a la señora Hawthorne. El duque había dejado claro a cada miembro de la familia su deseo de hacer una gran demostración de respeto por su amigo fallecido, que sería enterrado ese mismo día. Todos habían dejado de lado sus tenedores del desayuno para acomodar su petición de participar en la visita. Además, todos los que tenían sentido común y el deseo de recibir otra invitación para pasar tiempo en Stapleton habían mantenido sus quejas sobre la hora temprana estrictamente para sí mismos.

La familia estaba ahora oficialmente de luto por su amigo y vecino, y muchos de los invitados se irían hoy.

Especialmente Lord Wilks y su padre, Lord Thwaite. Wilks era una molestia, y Thwaite no dejaba de intentar que ella accediera a hablar a solas con él. Gracias a la presencia constante de su hermano a su alrededor la noche anterior, Thwaite nunca había tenido la oportunidad.

Pero anteriormente en la noche, Thwaite había dejado claro que tenía en su posesión el acuerdo que ella había firmado con Dawes. Afirmaba haberlo *encontrado* por ahí. Estaba dispuesto a devolvérselo hoy antes de que él y su hijo partieran.

Fanny esperaba ser chantajeada durante la reunión.

Pero sería Wilks quien se reuniría con ella para llevar a cabo el acto. Sospechaba de eso y se estaba preparando para una demanda de dinero a cambio de su silencio también.

Miró a Samuel cuando este suspiró profundamente. Su ceño estaba fruncido en líneas de concentración.

—¿Qué te pasa hoy?

—Nada realmente.

Ella abrazó su brazo de nuevo.

—¿Te están molestando todos para que te cases de nuevo tanto como a mí?

—Es tan implacable como siempre —señaló él—. ¿No tienen nada mejor en qué pensar?

—Me temo que no. Creía que me había vuelto hábil en cambiar de tema hasta ayer —murmuró Fanny—. Las súplicas de ayer para que me casara pusieron a prueba mi paciencia con todos. Algunas rayaban en la desesperación. No tenía idea de que tantos de nuestros conocidos tuvieran hijos menores que necesitaran la fortuna de una esposa para apuntalar las situaciones de sus familias. Quiero decir, por supuesto que sacrificaría con gusto mi propia felicidad para sacarlos de problemas que ellos mismos se han creado.

Samuel se rio suavemente.

—Entonces, ¿no hay posibilidad de una boda para ti?

—Nadie que dice amarme, ama menos mi fortuna.

Samuel le pasó el brazo por los hombros.

—Necios, todos ellos. Tus mayores activos siempre han sido tu corazón y tu intelecto.

Fanny abrazó a su hermano.

—Así es como funciona el mundo, lamento decirlo. No hay hombre vivo que no crea que mi fortuna estaría mejor administrada en sus manos que en las mías.

—Yo no pienso eso —protestó Samuel.

—Tienes que decir eso porque eres mi hermano. Nunca volvería a hablarte si pensaras que soy inferior a cualquier hombre.

—Nunca querría eso —sonrió él—. Estoy seguro de que hay muchos hombres que te darían libertad en el matrimonio. No Wilks, por supuesto, pero tu señor Dawes no parece objetar que lo manden.

Ella se tensó.

—Eso es diferente.

—Debe ser toda una novedad que no esté exactamente adulándote. Me cae aún mejor por ello.

—Sí, parece no estar impresionado por la riqueza —dijo ella, sintiendo una renovada sensación de decepción por haber terminado durmiendo sola anoche. El cerrojo adicional que no había pedido había asegurado que nadie pudiera entrar en su habitación. Pero Jeremy se había ido de la fiesta mucho antes de que las festividades alcanzaran su punto álgido. Ella había esperado que volviera después de que le revisaran la mano, pero se había retirado. Quería preguntarle sobre su pelea con Wilks—. Tengo grandes esperanzas en él, como las he tenido con todas las almas que he buscado ayudar en su camino hacia un futuro mejor.

—Tu trabajo caritativo es admirable, pero un día te va a meter en problemas —advirtió Samuel.

—Eso es lo que *él* dijo también.

—Entonces, esta conexión que has iniciado con Dawes. ¿Fue idea suya o tuya?

Ella se encogió de hombros.

—Mía, por supuesto.

—¿Por qué no alguien de nuestra clase? Seguramente conoces a alguien que compartiría tu cama sin que le paguen por ello.

Fanny se quedó helada.

—Él no ha compartido mi cama.

Samuel la miró de reojo.

—Eso no es lo que sugiere tu contrato con él.

Fanny miró a su hermano con una sensación de hundimiento. Si Samuel lo sabía, entonces Padre lo sabía. Le sorprendía que no le hubiera dado otra reprimenda, aunque ya fuera demasiado mayor para ello.

—¿Cómo has...?

—Una mejor pregunta sería, ¿cómo consiguió Wilks poner sus sucias manos en tus papeles privados?

Ella no dijo nada, pero cerró los ojos.

—Wilks te mostró el contrato. ¿Qué te pidió?

—Wilks no me pidió nada, pero supongo que él y su padre están intentando chantajearte con eso, dado su comportamiento hacia ti anoche.

Ella asintió rápidamente.

—Debo reunirme con Wilks hoy antes de que él y su padre se vayan, para recuperar el contrato. No tengo duda de que me presentará una lista de demandas por su silencio y una cuenta que pagar. No te preocupes, puedo manejarlo yo sola.

—¿Aún no lo sabes? *Que me lleve el diablo*. —Samuel miró frenéticamente a su alrededor—. Debes hablar con Dawes antes de que tenga lugar tu reunión con Wilks.

—¿Por qué? No necesito su ayuda ni la de ningún hombre. —Fanny miró fijamente a su hermano. Normalmente era el menos excitable de todos sus hermanos, pero no en este momento.

—Ahora sí la necesitas —Samuel la apartó del camino para susurrar—. Lo único que tienen Thwaite y Wilks es una amenaza vacía.

Fanny agarró el brazo de su hermano.

—¿Cómo?

—Pregúntale a Dawes. Ahora veo por qué podrías querer mantenerlo cerca. —Samuel sonrió —. La mayoría de los caballeros decentes no serían capaces de robar un bolsillo tan fácilmente como lo hizo él anoche y salirse con la suya.

—*¿Robar bolsillos?* No, él no podría haber hecho eso.

—Lo vi con mis propios ojos. —Samuel asintió con entusiasmo—. Muy impresionante. Un día debo pedirle que me enseñe cómo se hace. Ya sabes cuánto me gustan los charlatanes y los ladrones.

Fanny también buscó a Jeremy con la mirada, pero parecía haberse quedado muy atrás en la procesión que regresaba a Stapleton Manor. Se volvió hacia Samuel.

—No puedo verlo. ¿Tú puedes?

Samuel, mucho más alto que Fanny, se puso de puntillas.

—No, la verdad es que no. Qué extraño. Me pregunto qué habrá sido de él.

Un sentimiento de temor se instaló en su estómago. ¿Y si Wilks lo había encontrado para terminar lo que había empezado anoche?

Tenía que encontrar a Jeremy inmediatamente. Miró a su alrededor otra vez y vio que todos los del paseo los habían alcanzado.

Como no había señales de Jeremy, agarró el brazo de su padre cuando se puso a su altura para averiguar qué sabía.

—Papá, ¿qué ha sido del señor Dawes?

—Está atrás —dijo el padre, mirando hacia atrás también—. ¿Dónde demonios se habrá metido ese muchacho? Estaba ahí hace un momento.

Ella estiró el cuello, pero ahora ella y su padre eran los últimos de la procesión. Samuel había vuelto a la fila con los demás.

—¿Cuándo exactamente lo viste?

El padre se rascó la mandíbula.

—Estoy seguro de que hablamos en el bosque. Me preguntó por la edad de un árbol, de todas las cosas. Quizás se detuvo a descansar allí.

Fanny apretó los labios momentáneamente.

—Iré a buscarlo. Me uniré a todos ustedes para el almuerzo en breve.

—No tardes demasiado. —El padre señaló el horizonte—. Creo que será una tormenta desagradable cuando finalmente llegue.

—Entonces será mejor que me apresure a encontrarlo. —Fanny se levantó las faldas y corrió de vuelta por el camino hasta llegar a los árboles. Ahora estaba oscuro y sombrío dentro del bosque, gracias a la tormenta que se acercaba, y Jeremy podría haberse desorientado. Debería haberlo vigilado más de cerca. El actor criado en la ciudad apenas conocía la mansión y los

jardines, y mucho menos un bosque oscuro.

—Señor Dawes —llamó y se adentró más en la penumbra, escuchando atentamente una respuesta—. Jeremy Dawes, muéstrese.

Silencio.

Echando una última mirada a los cielos oscuros que se acercaban, Fanny continuó adentrándose en el bosque, mirando a izquierda y derecha del sendero. Jeremy llevaba hoy un abrigo verde musgo, lo que le haría excepcionalmente difícil de ver contra el color del entorno forestal.

Fanny había recorrido la mitad del camino de vuelta a los espinos cuando finalmente lo divisó.

Estaba sentado en un viejo tocón a un lado del camino. Piernas cruzadas. Postura relajada. Sin preocuparse por su aislamiento.

—¡Señor Dawes! —gritó mucho más fuerte de lo necesario.

Él se sobresaltó y la buscó.

—¡Fanny! ¿Qué diablos haces aquí?

—Buscándote. —Fanny corrió hacia él—. ¿Qué haces sentado así en ese viejo tocón? Me tenías tan preocupada.

A sus propios oídos sonaba como una madre regañando a un niño, y Fanny definitivamente no era eso para Jeremy Dawes. Hizo un esfuerzo por calmarse.

—No quise preocuparte —juró él. Miró alrededor del bosque y suspiró—. Solo estaba sentado aquí pensando que nunca he estado en ningún lugar donde pudiera estar tan completamente solo en toda mi vida.

Ella parpadeó.

—¿Cómo dice?

Él se puso de pie sobre el tocón.

—Cuando era niño, había otros huérfanos como yo donde vivía. Compartíamos un rincón de paja, una taza para el agua, la comida. Los castigos también. Todos íbamos caminando en fila hoy, como tenía que hacer a veces de niño en el orfanato, y simplemente me detuve en seco. Ni siquiera me importó quedarme atrás. Estaba feliz de estar solo. Cuando era joven, eso me habría aterrorizado.

—Bueno, a mí sí me importaría si te hubieras perdido.

Él sonrió suavemente. Con desdén.

—Es amable de tu parte decir eso.

Ella se acercó y extendió su mano.

—Vuelve a casa conmigo ahora.

Él miró alrededor otra vez.

—Creo que me gustaría vivir en un lugar como este.

—¿En el bosque?

Asintió lentamente.

—Me gusta mucho la paz y la tranquilidad. Nunca pensé que me importaría. *El campo*. Es tan diferente de todo lo que he conocido.

Fanny estiró un poco más la mano.

—Creo que no te gustará cuando tengas el estómago vacío y tu fuego no se encienda porque la leña estaba muy húmeda. ¿Y qué hay de tu ambición de convertirte en un actor principal en el mejor escenario de Londres? Aquí no hay público que halague tu actuación. Baja de ahí ahora y atiéndeme.

Él saltó del tocón.

—Toda carrera tiene sus desafíos. Pero ¿no sería este el escenario más maravilloso para actuar? ¿Puedes imaginarlo? Un escenario elevado entre los árboles allí y asientos de banco esparcidos entre los viejos robles aquí. Lacayos con bandejas repartiendo champán y canapés al público.

—Padre nunca permitiría que tantos pisotearan sus bosques. —Fanny le cogió la mano y tiró con fuerza—. Tú y yo tenemos algo importante de qué hablar, señor. Sobre Lord Wilks.

Su mirada cayó sobre el rostro de ella, y un ceño fruncido reemplazó su expresión de satisfacción.

—¿Qué había en ese contrato que todos menos yo consideran escandaloso?

—Yo... —Fanny vaciló, con las mejillas encendidas.

Él levantó una ceja.

—¿Me lo dices?

Ella se encogió de hombros.

—Me gusta estar preparada para todas las eventualidades.

—Y por *todas* las eventualidades, te refieres a...

Fanny deseaba que la tierra se abriera y se la tragara entera. Estaba segura de que él había leído esa parte del contrato, pero aparentemente en su entusiasmo por acomodar su petición de ser su mecenas, no lo había leído correctamente.

—Consideré que podría haber una posibilidad de que nuestra asociación continuada pudiera llevar a compartir una cama. Escribí condiciones y compensaciones en el contrato.

Él la miró con el ceño fruncido, sin duda tratando de entender lo que había dicho.

—*Hemos* compartido una cama. He dormido contigo dos veces ya.

—*Dormido*. El contrato entra en más detalles. —Tragó saliva—. Si nos volviéramos íntimos por algún tiempo, impuse un límite a esa relación. Estaba segura de que habías leído ese pasaje —susurró cuando quedó claro que realmente no había entendido nada.

—No. No lo hice —cruzó los brazos sobre el pecho—. Así que, en realidad imaginaste que el curso natural de tu patrocinio era que yo te hiciera el amor.

—Consideré que *podría* suceder si llegábamos a gustarnos lo suficiente.

—Ajá —dijo. Se pasó la mano por el pelo corto, con el ceño fruncido aún más firmemente ahora—. Bueno. Eso explica la mayoría de lo que Wilks me dijo.

—Mi hermano Samuel también lo sabe.

—Así que Thwaite lo robó, Wilks intentó aprovecharse y sobornarme con él, y tu hermano menor también lo ha leído, pero el duque aún no ha ordenado mi muerte —sus ojos se agrandaron y negó con la cabeza—. Al menos nadie puede *probar* que hemos sido íntimos.

—Mi hermana sospecha que no he estado sola en mi habitación las últimas noches. Pero no importa. No dirá ni una palabra. Thwaite ha leído el contrato y podría usarlo en mi contra. No estoy segura de qué es lo que quiere Wilks.

—Tu dinero —Jeremy negó con la cabeza—. Pero el contrato está seguro en tu caja fuerte con tus joyas y diarios otra vez.

—Gracias al cielo —Fanny se desplomó contra Jeremy, aliviada más allá de lo imaginable mientras lo abrazaba—. Gracias.

Su mano recorrió su brazo, sus dedos se movieron hacia la nuca de ella y juguetearon con su cabello. Inclinó la cabeza hacia la de ella y susurró:

—Ahora todo lo que tienen son sus sucias imaginaciones. Dudo mucho que alguien les crea solo por su palabra.

—Aún podrían causar problemas si hicieron una copia, lo cual espero fervientemente que no se les ocurriera —se mordió el labio y miró a Jeremy, estudiando su rostro un momento antes de hacer la pregunta que más quería confirmar—. ¿Cómo recuperaste el contrato original de ellos? Samuel sugirió que le robaste a Wilks.

La mano de Jeremy se apartó de su piel.

—¿Ah, sí? ¿Qué más dijo Samuel?

—Dijo que debería preguntarte por los detalles. ¿Y bien?

Jeremy dio un paso atrás y miró de reojo. Fanny tuvo la incómoda sensación de que se estaba preparando para huir. Extendió su mano hacia él.

—Por favor, necesitamos hablar de esto.

Él la miró de reojo, con expresión cerrada.

—Había buenas razones por las que me negué a hablar de mi pasado. La verdad no te permitirá confiar más en mí. De hecho, debería lograr lo contrario.

Fanny se tomó su tiempo para considerar todo lo que él no le estaba diciendo. En cierto modo, estaba confirmando todo. Jeremy Dawes había sido, quizás aún era, un *ladrón*.

Pero Jeremy había estado en presencia de sus objetos de valor en varias ocasiones y no podía creer que fuera peligroso para ella. No había sentido, ni sentía ahora, que él le robaría. De hecho, su robo de bolsillo y forzar una cerradura habían sido hechos únicamente para ayudarla.

Sería irracional que ella pudiera usar ese pasado, y sus acciones recientes, en su contra frente a la ayuda que le había brindado.

—No te pediré que me expliques ahora, pero lo haré en otra ocasión.

Él pareció sorprendido por su respuesta.

En ese momento, una gota de agua cayó en su mejilla, y él miró hacia arriba con una maldición escapando de sus labios.

Fanny también lo hizo, pero todo lo que vio fueron gotas de lluvia cayendo a través del oscuro dosel y amenazando con empaparlos si no se movían.

—Debemos apresurarnos a volver a la mansión. Se acerca una tormenta.

Jeremy inmediatamente puso su brazo alrededor de su cintura.

—Ya me he mojado antes, pero tú ciertamente no deberías estar bajo la lluvia.

Se dirigieron hacia la casa, apresurándose lado a lado. Pero cuando llegaron al borde del bosque, era evidente que la tormenta ya estaba sobre ellos. La lluvia había comenzado a caer en grandes cortinas a través del campo abierto, y con nubes tan oscuras acercándose, la lluvia pronto podría volverse más intensa.

Ella se volvió hacia Jeremy antes de que salieran a lo peor de la tormenta, reflexionando nuevamente sobre lo que había aprendido en el bosque. Todos tenían cosas en su pasado de las que no les gustaba hablar. Ella no era diferente. Jeremy podía guardar sus secretos, siempre y cuando no afectaran su propia vida.

—No necesitamos hablar sobre lo que hiciste o has hecho antes de que nos conociéramos, a menos que quieras contármelo.

Su sonrisa reapareció.

—Lo aprecio. Probablemente no disfrutarías la historia a menos que fuera puesta en una obra de teatro.

Fanny jadeó.

—Ni se te ocurra poner nada de eso por escrito antes de contármelo. Creo que ambos podemos estar de acuerdo en que cometí un error al escribir ese acuerdo, y es un riesgo que no deberíamos tomar nuevamente con nuestras reputaciones.

—No tendré ningún argumento en contra, mi lady —se quitó el abrigo y lo sostuvo sobre la cabeza de ella—. Seguiremos como estábamos antes.

El alivio la invadió, pero entonces un estruendoso trueno los sacudió a ambos, y Fanny de repente se encontró envuelta firmemente en el abrazo de Jeremy. No estaba segura si ella se había movido hacia él o él hacia ella. Todo lo que sabía era que en sus brazos era donde le gustaría quedarse por un tiempo. Un buen rato. Jeremy se sentía muy seguro, incluso si era un ladrón.

Se miraron el uno al otro por un largo momento y luego rieron nerviosamente mientras se separaban.

Fanny recogió sus largas faldas con ambas manos.

—Vamos a tener que correr —advirtió—. Quédate cerca.

Él se aseguró de que ella estuviera protegida por su abrigo.

—Siempre, mi lady. Estoy completamente bajo su dirección.

CAPÍTULO DOCE

Jeremy apretó su agarre alrededor de la esbelta cintura de Fanny y la apresuró los últimos metros hacia Stapleton Manor a través del fuerte aguacero. Se derrumbaron bajo el refugio de un arco de piedra, pero ambos estaban empapados e impresentables. —Tendremos que quitarte esa ropa mojada.

—Tú también estás mojado.

La apariencia de Jeremy apenas importaba en el gran esquema de las cosas. A pesar de que Lady Rivers vestía de luto de pies a cabeza, había manchas de barro en sus faldas a la altura de las rodillas donde había resbalado y caído, llevándose a Jeremy con ella. Su otrora perfecto vestido se había convertido en un harapo.

Si los veían tan desaliñados, la gente podría imaginar que ella había estado revolcándose con él en un campo. Con el contenido de su contrato conocido por Thwaite y Wilks, podrían hacer insinuaciones infundadas con demasiada alegría.

Jeremy no podía permitir eso.

Había estado en Stapleton el tiempo suficiente para haber aprendido el camino más directo y discreto para llegar a sus aposentos, y las habitaciones de Fanny no estaban muy lejos de allí. La apremió a subir el primer tramo de escaleras, comprobando en cada giro si había sirvientes o algún invitado deambulando.

Al principio, su camino estaba despejado, pero cuando llegaron al piso superior, escucharon voces delante de ellos. Jeremy empujó a Fanny contra una pared y la sostuvo allí con su cuerpo. El Duque de Stapleton estaba hablando con uno de los sirvientes no muy lejos.

Fanny ahogó una risa contra su hombro.

—Silencio —advirtió Jeremy, sin ver nada divertido en su predicamento.

Fanny intentó asomarse más allá de él, pero la mantuvo cerca y firmemente apartada de la esquina.

Ella se retorció contra su cuerpo, poniéndose de puntillas para rodear su cuello con los brazos. Su aliento era cálido contra su oreja. —No había intentado escabullirme a espaldas de mi padre desde que era una niña —susurró.

Su cálido aliento envió un escalofrío por todo su cuerpo. Jeremy bajó lentamente la mirada hacia su rostro alzado. —Tienes suerte de tener un padre detrás del cual escabullirte —murmuró, luchando contra un estremecimiento y algo más.

No podía ver señal alguna de que Fanny estuviera alarmada por su proximidad. De hecho, parecía estar acurrucándose contra él. También lo había hecho cuando él durmió a su lado, en momentos extraños durante la noche. Justo ahora, una gota de lluvia se deslizaba lentamente

hacia su escote. Jeremy anhelaba lamer esa gota, pero no aquí en el pasillo donde cualquiera podría interrumpirlos.

Por Dios, Fanny era una mujer para anhelar. Hermosa y acostumbrada a conseguir lo que quería. No le importaba que ella hubiera pensado que él podría compartir su cama algún día, pero le sorprendía que ella lo *quisiera* allí, y hace un mes también.

Sus dedos se deslizaron entre el cabello de su nuca y sus labios se separaron en un suspiro.

Él se alejó de la tentación. —Tu estado actual es enteramente mi culpa.

—Sí, lo es. —Una sonrisa pícara elevó las comisuras de sus labios mientras sus dedos se extendían sobre su pecho—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Jeremy frunció el ceño. Ella lo estaba desafiando a portarse mal, y justo aquí donde su padre podría encontrarlos. Aquí había más pruebas de que esta mujer no jugaba según las reglas de la sociedad. Pero él estaba tratando de hacerlo.

Jeremy se asomó por la esquina justo a tiempo para ver a Stapleton entrar en la escalera y finalmente desaparecer. Esperó un momento más para asegurarse de que el duque realmente se había ido y luego agarró a Fanny de la mano para sacarla de su escondite. La llevó apresuradamente por el pasillo, y llegaron a sus aposentos sin ser vistos. Ella sacó una llave y se dejó entrar.

Jeremy la siguió y miró alrededor. —¿Dónde está esa maldita doncella tuya?

Fanny se rió entre dientes. —Mi doncella nunca está en mi habitación a esta hora del día. No tengo idea de dónde está, ni deseo saberlo. Me gusta mi privacidad.

Él negó con la cabeza. —Permites que tu doncella, todos tus sirvientes, te pasen por encima.

Fanny se encogió de hombros y se movió hacia las ventanas lejanas para mirar afuera y luego se volvió para mirarlo, con los ojos brillantes. —La tormenta no ha disminuido. Podría estar así durante horas... y nadie vendrá a molestarnos.

—Llamaré a tu doncella —decidió.

—Oh, no, no lo harás. —Fanny se apresuró a interponerse entre él y la campana—. Todo lo que necesito es un poco de ayuda tuya de nuevo.

Jeremy se congeló brevemente y luego negó con la cabeza. La última vez, la había desvestido en la oscuridad. No debería desvestir a Fanny a la luz del día. No con Thwaite y Wilks merodeando por ahí. —La doncella haría un mejor trabajo.

—¿De desvestirme?

—Sí.

Ella desabrochó un botón en la parte delantera de su vestido. —¿De enjuagar mi piel y secarme?

Jeremy tragó saliva. Fanny estaba poniendo a prueba sus límites a propósito. —Sí, por supuesto, la doncella será necesaria para eso.

Fanny se acercó sigilosamente, con el rostro alzado hacia él. Había una mancha de barro en su mandíbula, y más gotas de agua salpicaban su pecho ahora agitado desde su cabello goteante. *¡Por Dios!* Incluso desaliñada estaba despampanante.

Jeremy tembló cuando ella puso sus manos sobre su pecho nuevamente.

—Fanny —advirtió.

—No hay necesidad de luchar contra esto.

—Debo hacerlo. Uno de nosotros debería preocuparse por tu reputación.

Fanny acarició su mejilla. —Me hiciste un gran servicio recuperando mi propiedad de Wilks.

Él se apartó inmediatamente. —No me lo agradecerás de esta manera.

Su mirada lo siguió. —¿No me encuentras atractiva?

Él la miró con el ceño fruncido. —Sabes que sí.

Su atención cayó sobre sus labios. —Por favor, ¿no me besarás, Jeremy? Por favor.

Fue el segundo por favor lo que deshilachó su contención. —Lady Rivers nunca debería suplicar atención.

—Entonces dame el beso que he estado esperando.

Jeremy luchó con sus deseos. Había deseado a Lady Rivers desde el momento en que se conocieron. Pero eso fue en Londres, donde los coqueteos casuales eran parte integral de su profesión. Esto era algo completamente diferente que estaba sucediendo entre ellos. Estaban jugando con fuego. Ella quería explorar todas las posibilidades de su acuerdo. Si él no lograba complacerla, ¿le negaría su ayuda para todo lo demás en el futuro? Deseaba con todo su corazón nunca haber firmado ese maldito acuerdo. —No debería tener derecho a tocar a una mujer como tú.

Ella puso sus manos en sus caderas. —Sólo soy una mujer.

—Lady Rivers, eso ni siquiera comienza a describiros. Esta conversación ha terminado. —Le dio la espalda, con la intención de ir a buscar una doncella para ayudarla a cambiarse.

—¿Debería dejar que Lord Wilks entre en mi cama si así lo desea, además de pagar su chantaje?

Jeremy se giró bruscamente para mirarla. —No tengo derecho a negarte ningún placer.

—Y sin embargo, cuando te digo lo que quiero, te niegas siquiera a considerarlo.

—Por el amor de Dios. ¿Es que no lo entiendes?

Ella entrecerró los ojos. —Entonces explícamelo. Usa palabras sencillas que mi débil cerebro femenino pueda comprender.

Él avanzó hacia ella con un dedo en alto. —No vuelvas a hablar así de ti misma nunca más.

Ella se encogió de hombros, y el trapo negro que llevaba se deslizó revelando ropa interior oscura. —Todos los demás hombres desde que murió Rivers lo han hecho. Ven el dinero y tienen que poseerme. Ni siquiera intentan conocerme primero.

Jeremy dio un paso hacia ella. —Necios.

—Si me dejas, esa será mi única otra opción. Cazafortunas y tontos.

Jeremy gruñó. —Eso no es una opción.

—Pero esto sí —prometió ella—. Tú eres el hombre que anhelo por encima de todos los demás. Eres el hombre con quien quiero compartir mi cama.

Jeremy se quebró entonces, agarrando a Fanny por la cabeza y atrayéndola bruscamente hacia sus brazos. —¿Quién necesita una maldita cama?

Aplastó sus labios contra los de ella y le robó el beso con el que había estado soñando.

Fanny era suave y entregada, y tan, tan dulce. Sus brazos lo rodearon, y Jeremy se estremeció al contacto. Ambos aún estaban húmedos por la lluvia y probablemente se estaba formando un charco debajo de ellos que sería difícil de explicar más tarde. Aun así, la besó y la deseó y supo que no se detendría.

Cuando ella comenzó a tirar de su corbatín, Jeremy no perdió tiempo en despojar a Fanny de su vestido mojado. Luego la envolvió en una manta que robó de la cama y continuó besándola. Cuando empezó a luchar para quitarse su propia ropa húmeda, Fanny ayudó a acelerar el proceso de su desnudez.

—Oh, Dios mío —susurró Fanny cuando dio un paso atrás al caer sus calzones hasta sus rodillas después de ser desabrochados—. Qué deleites me he perdido al ponerte ropa apropiada. Jeremy, me quitas el aliento.

Jeremy no pudo evitar sonreír ante eso. A diferencia de los lores titulados que se alojaban

como invitados del Duque de Stapleton para la boda, aquellos que rondaban a Fanny como buitres tras su fortuna, no había comparación en cuanto a físico. Él era musculoso y esbelto, producto de apenas llegar a fin de mes toda su vida.

Fanny pasó sus manos por todo su pecho, provocándolo sin querer mientras la manta caía de sus hombros dejándola casi desnuda de nuevo. Rozó con sus dedos sus pezones, y luego sus labios estaban sobre su piel. Lo lamió de la manera en que él había querido lamerla a ella.

Con reverencia. Lentamente. Seductoramente.

Él la agarró por el cabello y levantó su rostro hacia el suyo. —Fanny.

—¿No te gusta?

—Sabes que sí.

La guió hacia el fuego mientras ella temblaba de frío y deshizo los lazos de su corsé con cierta dificultad. Quería verla. Toda ella, antes de que las cosas fueran más lejos.

Pero una vez desnuda, Fanny se acurrucó cerca y se frotó contra él como un gato. Sus pechos, obras de arte en su opinión, lo torturaban al arrastrarse sobre su piel. Se inclinó y tomó el pezón de uno en su boca. Fanny gimió y apretó su cabeza contra su pecho. Él llenó de besos sus senos y el espacio entre ellos.

—Me haces sentir débil, Jem —susurró ella.

Él no podía dejar que se desmayara, así que puso una mano sobre sus nalgas y la recostó de lado sobre la gruesa alfombra persa debajo de ellos, manteniéndola cerca del fuego.

Los brazos de Fanny lo rodearon de nuevo, y ella encontró el camino hacia sus labios para besarlo. Yacían frente al fuego, pegados el uno al otro, con sus lenguas enredadas y sus manos explorando. Su cuerpo suave contra el suyo más duro mientras sus besos se volvían más salvajes, más apasionados.

Jeremy apartó el cabello húmedo de su rostro y la miró a los ojos por un momento. —¿Estás segura de que me quieres a *mí*?

—Nunca he estado más segura. —Para demostrar la verdad de sus palabras, ella pasó su pierna sobre la cadera de él, acercándose lo suficiente como para que su miembro rozara sus rizos.

Jeremy se estremeció. Le robó un beso, y luego otro, y finalmente comenzó a explorar los muslos de Fanny. Ella era cálida y suave allí, y él danzó sus ásperos dedos a lo largo de sus extremidades, luego subió hasta su cadera y bajó de nuevo por la parte exterior de su muslo. Mientras trazaba el camino de regreso, se desvió hacia adentro, donde su piel era más sensible. Había estado con mujeres antes, pero nunca había tenido a una dama de verdad deseándolo, ni había tocado a ninguna mujer tan exhaustivamente sin que la ropa se interpusiera. La emoción de su desnudez se le subió completamente a la cabeza. Su miembro se estremeció, anhelando ser parte de ella.

Pero temía cometer un error. Una mujer de la clase y experiencia de Fanny, viuda de un matrimonio satisfactorio y apasionado, tenía conocimientos que superaban con creces sus pocos y míseros revolcones.

No tenía la menor idea de cómo hacerle el amor.

Besó a Fanny para ocultar su incertidumbre mientras tanteaba torpemente con sus dedos contra sus rizos.

Fanny disfrutó del beso, pero de repente agarró su muñeca y mantuvo su mano quieta. A regañadientes, Jeremy se apartó para mirarla.

Su sonrisa era tímida. —¿Puedo mostrarte lo que me gusta?

Él asintió rápidamente, avergonzado de que su inexperiencia fuera tan evidente.

Fanny tomó un cojín del sofá y lo puso bajo su cabeza, luego deslizó su mano entre sus piernas nuevamente. Trazó los pliegues de su sexo con las yemas de sus dedos, pasándolos por los lugares más húmedos y subiendo hasta la parte superior de su hendidura.

Jeremy se movió para apoyar su peso en una mano, esperando tener una mejor vista de lo que ella se estaba haciendo a sí misma.

—No me importa si miras —susurró ella—. De hecho, lo encuentro excitante. Acércate más.

Armado con permiso, Jeremy se retorció hacia abajo hasta que su rostro quedó al nivel de su sexo. Fanny tenía un parche de rizos oscuros y apretados entre las piernas, y la piel de su hendidura era de un tono rosado seductor.

Sus dedos separaron sus pliegues y un dígito rozó una protuberancia en medio de su hendidura. —Ahí. Ese es mi clítoris. Es muy sensible y debe ser acariciado suavemente. Una mujer anhela delicadeza en este lugar al principio y puede encontrar gran placer si es tocado o besado por su amante. —Fanny suspiró y se cubrió los ojos con el brazo—. Me gustaría que continuaras acariciándome así, Jeremy.

Apenas necesitaba el estímulo. Deslizó suavemente las yemas de los dedos por la hendidura de Fanny y luego regresó al duro botoncito que había descubierto rápidamente que la hacía gemir. Fanny arqueó las caderas desde el suelo mientras él rodeaba y acariciaba ese punto sensible una y otra vez. Pensó que estaba haciendo lo correcto, y los suspiros y gemidos de Fanny parecían indicar que la complacía.

Y entonces recordó lo que ella había dicho sobre besarla allí abajo también.

Se acercó y rápidamente presionó un beso en sus rizos.

Fanny jadeó.

—Sí.

Lo hizo de nuevo, explorando su hendidura con la punta de la lengua, sus labios. Besarla allí abajo parecía complacerla mucho, así que se colocó entre sus muslos y continuó. Fanny separó más las piernas, inclinando las caderas hacia arriba para acercar su sexo a su boca.

Encontró el sabor salado de ella atractivo y se esforzó por volverla loca.

Fanny casi sollozaba cuando finalmente alcanzó su clímax. Gritó y se desplomó, pareciendo de repente sin huesos mientras dejaba escapar un suspiro.

Jeremy acarició su sexo con la nariz, sintiéndose bastante orgulloso de haberla satisfecho.

—Podría hacer esto todo el día si quisieras.

Fanny apartó su cabeza de su sexo y cerró las piernas.

—Estoy demasiado sensible para más.

—Oh —dijo Jeremy, decepcionado por tener que parar.

Se sentó sobre sus talones, inseguro de si eso era todo lo que ella quería de él. Todavía estaba duro. Anhelaba su propia culminación.

Fanny se movió, separando ligeramente las piernas, luego levantó la cabeza para encontrarse con su mirada.

—Eso fue encantador. Ven aquí, Jem.

En un instante estaba posado sobre ella.

Fanny pasó sus manos por sus costados. Sus dedos agarraron sus caderas y luego rozaron su estómago para capturar su miembro en su mano. Lo acarició lentamente, haciéndolo gemir.

Ella se rio y sus manos dejaron su miembro para apretar las mejillas de su trasero.

—Cuando estés listo, yo también lo estoy —susurró.

Jeremy bajó las caderas hasta que su miembro se acunó en el ápice de sus muslos, rozando humedad y calor. Casi gimió con anticipación de empujar dentro de ella y encontrar su propia

liberación. Pero ¿y si a ella no le gustaba la forma en que Jeremy amaba a las mujeres? ¿Y si estaba acostumbrada a algo diferente de lo que él conocía?

Fanny atrajo su cabeza hacia la suya.

—Jeremy, deja de pensar.

—Pero...

—Soy como cualquier otra mujer. —Se retorció, y la punta de su miembro se encajó justo dentro de su cuerpo—. Te quiero ahora —susurró y luego atrapó su oreja entre los dientes.

Jeremy se hundió el resto del camino dentro de ella, incapaz de contenerse. Bombeó sus caderas, encontrando un ritmo rápidamente, observando su rostro en busca de señales de decepción.

Los dedos de Fanny se apretaron sobre él. Cerró los ojos e hizo todos los sonidos esperados de aliento que él necesitaba. Lo estaba haciendo bien para ella.

Jeremy se apoyó en un brazo sobre ella, mirando fijamente su rostro. Un delicado rubor subía por sus mejillas. La acarició con la nariz allí.

—¿Fanny?

—Tan bueno —susurró ella.

—Tú lo eres —susurró él en respuesta, luego se levantó sobre sus manos.

Los senos de Fanny se agitaban con sus embestidas, y de repente ella los cubrió con sus manos. Al principio, temió que los estuviera ocultando de él, pero pronto se dio cuenta de que estaba jugando con ellos, acariciando sus propios pezones.

—Mírame —exigió. Ella tenía que saber que era él quien le daba este placer hoy y no ella misma.

Fanny abrió los ojos lentamente y continuó tirando de sus propios pezones.

—Les gusta que los toquen.

Él bajó la boca para besar uno cuando ella se lo ofreció. Una succión rápida la hizo jadear, y sus piernas de repente se envolvieron más alto alrededor de su cintura, su cuerpo aferrándose al suyo donde se unían. Con solo sus hombros y cabeza sobre la alfombra, temió que se cansara de la posición, pero ella simplemente pasó sus manos por su cuerpo, jugando con su miembro mientras entraba y salía de sus profundidades.

—Podría tenerte así toda la tarde —prometió.

—Volveré a llegar pronto —advirtió ella mientras sus dedos estaban de repente en su clítoris de nuevo.

Jeremy observó a Fanny darse placer con sus propios dedos mientras su miembro estaba enterrado dentro de ella. Le excitaba verla tomar el control de su propio placer.

—*¡Que me lleve el diablo!* —susurró con asombro, girándose para ver.

—Tengo una feroz necesidad de sentirte moverte dentro de mí —le dijo ella—. Dame todo lo que eres y más.

Jeremy embistió, tomándola con fuerza hasta que pensó que su corazón podría estallar por el placer de hacer lo que le placía. Cuando Fanny de repente se apretó a su alrededor y dejó escapar un sollozo ahogado, llegando alrededor de su miembro, Jeremy apretó los dientes para contener su propia liberación. Cuando estuvo seguro de que ella había exprimido cada momento de placer del momento, se retiró rápidamente, envolvió su mano alrededor de su miembro y terminó.

La semilla se derramó sobre su puño, poniendo en peligro la pureza de la fina alfombra debajo de ellos. Tuvo que usar ambas manos para capturarlo todo, tan excitado estaba. Se arrodilló allí un momento, tratando de recuperar el aliento con los ojos casi cerrados para bloquear a la deliciosa mujer frente a él.

De repente, Fanny estaba en sus manos y rodillas, acercándose, y luego su lengua pasó sobre la punta de su miembro. Sintió su lengua deslizarse alrededor. Su miembro dio otro entusiasta tirón y luego fue envuelto en calidez. Jeremy abrió completamente los ojos para verla hacer su voluntad perversa con él.

Finalmente, Fanny se sentó con una sonrisa de satisfacción en sus labios.

—Me gusta cómo sabes.

A pesar de sus recientes esfuerzos, su miembro se estremeció ante la idea de que ella pudiera querer tomarlo en su boca de nuevo.

—Siempre pensé que las damas apropiadas estaban por encima de ese tipo de cosas.

—Te sorprenderías. Algunas de nosotras somos bastante experimentales.

Él frunció el ceño.

—¿No he proporcionado suficiente satisfacción?

Fanny lo atrajo hacia ella para un beso profundo.

—Estaría encantada de discutir todas las formas de placer que podríamos compartir cuando tengamos más tiempo para disfrutar, Jeremy. Tal como está, debo irme. —Fanny rodó sobre sus rodillas y luego se puso de pie—. ¿Me ayudarías a vestirme? Tengo que encontrarme con un chantajista y ponerlo en su lugar.

—¿Chantajista?

—Sí, Lord Thwaite insistió en que me reuniera con su hijo hoy para devolver el contrato. Sin duda intentará plantearme algún tipo de demanda de dinero entonces.

—Nunca dijiste que Thwaite o su hijo te estaban chantajeando.

Ella se encogió de hombros.

—Nunca pensé que fuera importante decírtelo.

—*Yo* lo considero importante, mi lady.

—¿Por qué? —se encogió de hombros nuevamente—. No serás tú quien pague sus exigencias, aunque no tengo intención de darles ni un céntimo inmerecido.

Jeremy puso sus manos sobre los hombros de ella para calmarla.

—Ya tienes el documento en tu caja fuerte. ¿Por qué molestarse en ir?

Fanny lo miró.

—Soy una mujer de palabra, señor. Acordé reunirme y escucharé lo que Wilks tenga que decir. Y luego lo rechazaré. Como dijiste antes, no pueden hacer nada sin pruebas en sus manos.

Fanny se alejó para sentarse frente a su espejo de tocador, desnuda y hermosa, pero hizo una mueca.

—Oh, cielos, ahí está la chica alocada que solía ser hace tanto tiempo.

Jeremy se movió para pararse detrás de ella, sin ver nada que quisiera cambiar, pero aún preocupado.

—Difícilmente eso.

—Parezco como si acabara de rodar por una pendiente empinada. Varias veces.

Jeremy se humedeció los labios.

—Sobre esta reunión. Voy contigo.

—No, no lo harás —dijo ella con firmeza.

—¿Por qué no? Estoy involucrado.

Fanny lo estudió en el espejo.

—Si estás allí, solo añadirá leña a sus sospechas. Pero más importante aún, no necesito a un hombre para luchar mis batallas por mí.

—Me necesitaste esta semana —le recordó.

El rostro de ella se suavizó un poco.

—Y aprecio tu amistad durante este momento difícil. De verdad. Y hoy fue encantador, pero señor, no tienes derecho a involucrarte en mis asuntos solo porque hicimos el amor.

Jeremy se estremeció.

Y Fanny estuvo de pie frente a él en un segundo.

—Ahora no te ofendas. Necesito hacer esto sola. Nos llevaremos mejor si dejas de cuestionar cada pequeña decisión que tomo, señor. Desearía no tener que ir, pero debo hacerlo.

A Jeremy no le gustaba esto en absoluto, pero ¿qué podía hacer realmente? Si ella no lo quería allí, no lo quería. Eso no significaba que no pudiera ser de ayuda.

—No se puede confiar en Wilks.

—Sí, lo sé.

—No deberías estar sola con él.

Fanny frunció el ceño.

—Difícilmente necesito una carabina.

—No discutas. No te dejaré sola con él.

Ella sonrió.

—No tenía idea de que fueras tan preocupón.

Jeremy se puso los pantalones de un tirón y se metió la camisa, aunque todavía estaban húmedos. Tendría que cambiarse antes de poder seguirla abajo.

—Jeremy, ¿alguna vez has atado un corsé?

—Una o dos veces. ¿Por qué?

—Voy a necesitar tu ayuda para vestirme —lo estudió con los ojos entrecerrados—. ¿De quién era el corsé que ataste?

Él se rio de que sonara celosa. También estaba ligeramente desconcertado de que lo estuviera.

—Eso sería asunto mío.

Los ojos de Fanny se entrecerraron aún más, claramente disgustada porque él no le proporcionó una respuesta. Eso era una lástima. Si ella quería mantenerlo a distancia, él haría lo mismo. No podía tener todo a su manera.

Él agarró el corsé húmedo de ella, pero ella le entregó otro seco en su lugar.

—No me ates tan fuerte que no pueda respirar. Necesito aliento para darle a Wilks un pedazo de mi mente.

—Como desee, mi señora —respondió con una corta reverencia que esperaba la irritara.

CAPÍTULO TRECE

Lord Wilks entró con aire despreocupado a la reunión veinte minutos más tarde de lo que Fanny esperaba. Estaba molesta con él y con la conversación que acababa de tener con Jeremy. La forma en que se habían despedido le había dejado un mal sabor de boca. Un solo encuentro no le daba derecho a meterse en todos sus asuntos, aunque hacer el amor con él había sido mejor de lo que jamás había soñado.

—Mi querida Lady Rivers, le ruego me perdone por llegar tarde —dijo Wilks con tono arrastrado.

Ella no lo perdonaría. Se lo guardaría en secreto durante años. Era una mujer ocupada que conocía su propia mente y guardaba rencores privados. Fanny lo observó de pie en la entrada, apretando momentáneamente la mandíbula antes de relajarla. Cuanto antes terminara esta farsa de reunión, mejor. Examinó a Wilks, pero no vio ningún papel en sus manos.

—Lord Wilks.

Él echó un vistazo a la habitación, arqueando una ceja. Solo estaban ellos dos. Fanny no había querido testigos de su vergüenza. Especialmente Jeremy, aunque le conmovía su preocupación.

—Me alegro tanto de que haya podido recibirme. *A solas*, además —volvió a decir con tono arrastrado.

Fanny lo miró con cautela.

—¿Qué es lo que quiere?

—Llegaremos a eso.

Ella miró hacia la silla vacía frente a ella.

—Por favor, siéntese.

Él dio una vuelta por la habitación y luego se sentó de golpe cerca de ella.

—¿Dónde está su cicisbeo hoy?

Fanny ni se molestó en responder a eso. Un cicisbeo acompañaba a mujeres *casadas*. Fanny era viuda, involucrada en una aventura. No había nada malo en su arreglo con Jeremy. Nada en absoluto cuando no traicionaba a nadie. Y lo que hacía con Jeremy no era asunto de nadie.

—Su padre prometió devolverme un documento importante mío si me reunía hoy con usted.

Wilks sonrió con suficiencia.

—Mi padre me hace muchas promesas a mí también. Pocas de las cuales creo que cumplirá a menos que haga lo que él quiere. Deseaba que nos conociéramos mejor —dijo Wilks con una sonrisa de satisfacción.

Fanny apretó los dientes. Claramente, Wilks planeaba seguir con eso. También la haría

esperar o suplicar por la devolución del documento. Jeremy insistía en que nunca debía suplicar.

—Me temo que su padre estará condenado a la decepción, milord. Usted también.

—Creo que no —prometió Wilks, volviéndose hacia ella—. Como seguramente habrá oído, el puño apretado de mi padre ha presentado dificultades inaceptables para la administración de Holly Field.

—¿Su finca en Devon? Sí, he oído que ha estado viviendo muy por encima de sus posibilidades.

Wilks la miró con furia.

—Mentiras —siseó—. Mi padre me da apenas el dinero suficiente para mantenerme a raya hasta el próximo día de pago trimestral. No he tenido fondos para hacer mejoras en años.

Fanny lo dudaba. Había visto a Wilks apostar temerariamente con sus propios ojos.

—Aún no veo cómo esto es asunto mío.

—Usted podría ayudarme a liberarme del yugo de mi padre —murmuró Wilks—. Yo sería un buen marido.

Fanny se rió.

—¿Eso cree?

Él se acercó más por el banco hasta que su rodilla rozó la de ella.

Fanny apenas se contuvo de saltar de su silla. Sin embargo, mantuvo las manos dobladas en su regazo, lista para golpearlo en la nariz si planeaba forzar un matrimonio entre ellos.

—No he ocultado mi desinterés en volver a casarme.

—Cambiará de opinión cuando la sociedad le dé la espalda —sonrió con suficiencia—. Encontrará que el matrimonio conmigo es la mejor alternativa al frío de mil cortes.

Fanny ya había estado en malos términos con la sociedad antes. Por Gillian, de hecho, pero claramente Wilks la creía débil y maleable.

—¿Qué podría causar tal acontecimiento?

—Si cierto documento con su firma cayera en las manos equivocadas, bueno...

Dejó la amenaza sin terminar.

Fanny ya había tenido suficiente. Ahora lo tenía medido. Quería *todo* su dinero, no solo una cantidad simbólica. Detestaba a los hombres como él, y a su padre también.

—¿Se refiere al documento que tiene ahí mismo en su bolsillo? ¿El documento con el que pretende chantajearme para asegurarse de que nos casemos y así poder dilapidar mi fortuna en vino, otras mujeres y juegos de azar?

Él sonrió como si finalmente ella estuviera entendiendo.

—Podría haber sido moderadamente convincente si yo no tuviera ese documento guardado bajo llave, milord.

Wilks se quedó inmóvil, con los ojos clavados en los de ella.

Fanny se levantó y fue a tocar la campana.

—Ya que no tiene nada verdaderamente importante que decirme o devolverme, creo que no tenemos nada más que decirnos.

Wilks se puso de pie y se abalanzó sobre ella, acorralándola hasta que tropezó hacia atrás.

—Aún sé lo que dice —siseó.

—¿Cree que todo el mundo está siempre ansioso por creer en fabricaciones? Esa no ha sido mi experiencia con la sociedad —le advirtió.

Wilks retrocedió.

—Cualquiera puede ver que Dawes está enamorado de usted.

El corazón de Fanny dio un vuelco extraño.

—Es un actor. Uno muy bueno. Por eso ganó mi patrocinio sobre un actor con años más de experiencia. Le ha engañado haciéndole creer que estaba enamorado de mí porque le pedí que interpretara un papel. Padre aprobó nuestra pequeña obra y le ha estado enseñando los hábitos de los caballeros de sociedad. Ha aprendido mucho esta última semana.

Una expresión momentánea de duda cruzó el rostro de Wilks, pero retrocedió aún más.

—Entonces, ¿no está involucrada con el actor?

—Es un acompañante divertido y no tiene ningún papel en mis decisiones.

Una puerta se abrió y Fenton, el administrador de la finca Stapleton, entró pisando fuerte en la habitación con aspecto inusualmente enojado. Como de costumbre, llevaba un grueso bastón que golpeaba contra el suelo mientras caminaba hacia ella.

—Dawes me ordenó que viniera a verla, Lady Rivers.

Tan feliz como estaba de tener a Fenton en la habitación, su corazón se hundió cuando Wilks sonrió con suficiencia.

—Ya da órdenes a los sirvientes, ¿eh? Más bien creo que su posición en su vida es más de lo que quiere admitir, milady. Cuán bajo han caído los poderosos. Pagando a un hombre para que le haga el amor y enamorándose de él también.

Fanny apretó los dientes. *¡Jeremy!*

¿Por qué no había confiado en que ella se encargaría del asunto sin él? No tenía derecho a interferir en sus asuntos. No podría haber sido más clara. Casi había convencido a Wilks de que no tenía nada que ganar chismorreando sobre un contrato del que no tenía copia. —Lo único de lo que casi he caído son sus mentiras y las de su padre. Fenton, Lord Wilks ha expresado su deseo de abandonar la finca. Sea tan amable de hacer que traigan su equipaje para que pueda marcharse de inmediato.

Fenton hizo girar su bastón de manera amenazante. —Con mucho gusto, mi señora. Oh, y su excelencia desea verla cuando esté libre.

—De hecho, estoy libre ahora —prometió, mirando a Wilks sin sonreír—. Adiós, mi lord.

Wilks se humedeció los labios. —Esto no ha terminado. Mi padre...

—Sí, estoy segura de que intentará cualquier cosa para conseguir lo que quiere —murmuró Fanny—. Asegúrese de recordarle a su padre que *todavía* estaba considerando la oportunidad en la que estaba tan ansioso por que invirtiera. Sus acciones guiarán mi decisión final.

—Cuando esté listo, mi lord —murmuró Fenton, acercándose a Wilks con un fuerte golpe de su bastón en el suelo.

Wilks parecía dispuesto a discutir, pero se marchó cuando Fenton blandió su bastón de nuevo.

—Su excelencia le espera en la biblioteca —le dijo Fenton a Fanny sonriendo antes de salir de la habitación, siguiendo a Wilks.

Cuando ya no se les podía oír, Fanny maldijo y luego abandonó la habitación para informar a su padre en la biblioteca.

El padre sonrió radiante al verla, levantándose de una silla junto al fuego. —Ah, Fanny. Por fin estás aquí.

—¿Me has estado buscando durante mucho tiempo, papá?

—Siempre es demasiado tiempo. —El padre cruzó la habitación para encontrarse con ella y le dio un beso en la frente—. Ven y habla con tu pobre padre viejo. Te veo un poco sonrojada. ¿Algo te ha molestado?

—No. —Por impulso, Fanny rodeó a su papá con los brazos y le dio un apretón. Era uno de los buenos, y los hombres buenos eran muy escasos. Él la abrazó de vuelta y luego la apartó—.

¿A qué se debe eso?

—Simplemente lo necesitaba.

Él hizo un sonido de gruñido, pero ella podía ver que estaba complacido. —Ven y siéntate conmigo.

Ella hizo un punto de mirar alrededor cuidadosamente. —¿Estás seguro de que quieres a una mujer en la biblioteca? Pensé que eso iba contra las reglas.

Él le lanzó una mirada. —¿Vas a sugerir poner flores en esta habitación?

—No.

—¿Tapetitos de encaje en las mesas?

Ella sonrió. —No. Sé que los odias.

—Entonces puedes quedarte, pero si te atreves a mencionar que la habitación necesita mejoras, estarás fuera de la puerta antes de que puedas parpadear, y nunca volveré a hablarte.

Fanny se rio. El padre también había cambiado cuando se casó con Gillian. Por fin se estaba ablandando con sus reglas. —No funcionará, padre. Eres demasiado tierno de corazón como para permanecer enojado con cualquiera de nosotras para siempre.

Él resopló.

—Nunca querría estar en desacuerdo contigo sobre nada de todos modos.

Su ceja se arqueó. —Dime cómo estás, hija mía. ¿Eres tan feliz como pareces?

Fanny suspiró aliviada. El padre no sabía nada sobre Thwaite, Wilks o ningún chantaje. Jeremy había mantenido su palabra de dejarla manejar eso sola. Estaba agradecida más allá de toda medida por eso. —Soy feliz —prometió.

El padre sonrió. —Enormemente contenta, diría yo, a juzgar por esa sonrisa.

—Supongo que sí —murmuró, sin sentirse ni un poco culpable. Más o menos había lidiado con Wilks, quien era un gusano sin espina dorsal en su opinión. El padre era otro asunto. Se ocuparía de Thwaite un día de estos, de una manera que nunca sospecharía de ella.

—Tenía que suceder eventualmente.

—¿Qué quieres decir?

—Todo ese dinero que heredaste me ha preocupado, porque solo añadió a tus cargas.

Ella sonrió. —Prospero con los desafíos.

—Siempre me ha preocupado que te matarías trabajando para construir las fortunas de tu difunto esposo, pero ya no. He visto un lado tuyo, en esta visita en particular, que me complace sin fin.

—Las bodas traen felicidad. Estoy tan contenta por Rebecca y Jessica, y por ti también, por supuesto.

—No estoy hablando de tus hermanas y de mí, sino de ti. Has hecho un cambio en tu vida recientemente que solo ha sido beneficioso, por lo que puedo ver.

—¿Qué cambio sería ese?

—El señor Jeremy Dawes.

Fanny encontró su mirada... y vio una reprimenda flotando en su expresión ahora.

Él inclinó la cabeza. —No estoy ciego.

—Nunca imaginé que lo estuvieras.

El padre negó con la cabeza. —Has sido discreta, te lo concedo, pero sé muy bien lo que sucede en mi propia casa.

—Él ha jugado su papel muy bien —dijo ella—. Te aseguro que no hay nada entre nosotros.

—Eso es una mentira. —El padre frunció el ceño—. ¿Acaso dije que lo desapruebo?

Fanny parpadeó. —No, pero... Los hombres ricos toman amantes todo el tiempo y nadie

pestañea. Simplemente asumí que tú también lo harías.

—La mayoría de las mujeres no corren tantos riesgos con sus reputaciones. Se espera que las mujeres se casen y vivan respetablemente.

Ella negó con la cabeza. —No voy a adherirme a las reglas y restricciones de la sociedad y volverme de repente dócil solo porque nos acostamos juntos.

—Entonces, ¿él *ha* compartido tu cama?

Fanny cerró los ojos, molesta por haber caído en el pequeño truco de su padre y revelar la verdad de su asociación con Jeremy. Él había hecho una suposición, una correcta, y ella la había confirmado. Pensaba que había superado ese tipo de cosas hace mucho tiempo.

Pero el padre parecía complacido consigo mismo. —No puedes escapar de esa confesión, hija mía. Unas cuantas noches, diría yo.

—Sí.

—Por supuesto, sabes que habría chismorreos sobre él —advirtió Padre—. No tiene conexiones ni verdadera riqueza. Te arriesgas a perder el respeto de tus pares. El matrimonio, desde luego, haría desaparecer cualquier escándalo.

Fanny se quedó atónita ante la sugerencia de su padre.

—Ciertamente no voy a casarme para evitar un escándalo.

—Por supuesto que no deberías cuando tienes la opción de casarte por amor en su lugar. Imagina si se presentara ante su director de teatro una vez que se corra la voz, apuesto a que conseguiría un papel protagónico. Imagina la multitud que atraería. El hombre que domó a Lady Fanny Rivers. Sería una valiosa mercancía.

—Él no buscaría beneficiarse de esa manera —insistió ella.

Padre pareció sorprendido por su respuesta.

—¿Por qué no debería ganarse la vida? ¿O acaso le has pagado tan bien por su compañía que nunca más necesitará actuar?

—La suma que le he dado es justa —prometió ella. Pero podría ser prudente revisar los términos de su acuerdo para asegurarse de que no buscara beneficiarse de un escándalo.

—Entonces hay más en él de lo que parece, como afirmaste desde el principio. —Se encogió de hombros—. Los asuntos secretos no duran para siempre, y espero fervientemente que Dawes no cause problemas.

La idea de que eso sucediera le provocó un escalofrío a Fanny, pero apretó los dientes para ocultar su miedo. El *papel* de Jeremy en su vida era pasajero. La advertencia de Padre era oportuna para que no lo olvidara. Para no dejarse llevar por su creciente infatuación. No tenía futuro con Jeremy. Estaban interpretando el papel de amigos y amantes.

—¿Lo has visto esta tarde?

—Lo vi hablando con Wilks hace un rato —dijo Padre despreocupadamente—. Estoy seguro de que volverá. Siempre lo hace.

—Sí —asintió Fanny, empezando a ponerse de pie.

Padre sonrió.

—Bueno, será mejor que vaya a buscar a mi Gillian.

—Sí, por supuesto. Dale mi cariño.

—Lo haré.

Padre salió delante de ella.

Fanny esperó un momento y luego subió apresuradamente las escaleras, buscando a Jeremy. Primero fue a su propia habitación, encontrándola aún cerrada, y luego fue a su caja fuerte. Había estudiado cuidadosamente a Jeremy abriendo su caja fuerte, y había aprendido el truco de abrirla

ella misma muy rápidamente.

Una vez que tuvo lo que necesitaba, se deslizó hasta la habitación de invitados que le habían dado a Jeremy y llamó a su puerta, luego entró.

Jeremy pareció sorprendido, ocultando rápidamente lo que había estado leyendo detrás de él.

Fanny entrecerró los ojos.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada importante.

—Muéstrame lo que tienes detrás de tu espalda.

Sus mejillas se enrojecieron mientras producía de mala gana un delgado volumen. Fanny se lo arrebató para leer la portada.

Era un libro para niños, seguramente no suyo, pero uno muy leído tomado de la biblioteca familiar de abajo. Se lo devolvió.

—¿No eres un poco mayor para los cuentos infantiles?

Jeremy hizo una mueca.

—¿Para qué querías verme?

Por tantas cosas que casi por un momento dudó de su decisión. Pero era lo correcto para proteger su reputación. Él podría quedarse en su vida, pero avanzaría en su carrera gracias a su propio trabajo duro. De lo contrario, siempre dudaría de sus afectos y eso crecería y arruinaría cualquier amistad entre ellos.

—Quiero honrar tu trabajo.

Una arruga se formó en su frente y se puso de pie.

—¿Por qué?

—Aunque mi idea inicial fue buena, desafortunadamente, tu actuación fue un poco demasiado convincente para ciertas personas. —Agitó su mano en dirección a su cama—. Y lo que sucedió entre nosotros, aunque agradable, no debería volver a ocurrir.

Él cruzó los brazos sobre su pecho.

—Así que así, sin más, has terminado conmigo.

—Vamos, señor Dawes, ambos sabíamos que era un riesgo que estaba corriendo con mi reputación fingiendo que usted era mi pretendiente. Wilks se ha ido, Thwaite también. Letterford ha puesto sus ojos en otra. Todos los invitados se marchan hoy. A partir de ahora, prefiero una clara distinción entre su actuación aquí y la realidad de nuestra relación.

Agitó su acuerdo en el aire y lo arrojó a las llamas.

—Buen viaje. Escribiré otro a mi regreso a Londres. Uno con mejores términos para verte ascender en las filas del teatro.

—No necesito otro acuerdo.

—Ambos sabemos que tu mayor deseo es actuar ante un público que te adore en Londres —le reprendió. Sacó un fajo de dinero de su bolso y se lo ofreció.

Él lo miró con sospecha.

—¿Qué es eso?

—Tu bono por una actuación sobresaliente aquí —le dijo—. Puedes contarlo si quieres, pero te prometo que nunca engañaría a alguien tan talentoso.

—Gracias, pero no. —Jeremy se dio la vuelta y comenzó a recoger sus pertenencias.

Fanny miró su mano llena de dinero, luego a él.

—¿Qué estás haciendo? ¿No es suficiente?

—No merezco ni un centavo. Pensé... pensé que me había ganado tu respeto, pero está claro que no tengo tal cosa si a la primera discusión entre nosotros andas tirando tu dinero.

—¿Podría pagarte más si debo?

—No quiero más. No quiero nada. —Rebuscó en el armario pero no sacó nada antes de cerrar la puerta—. Dejaré todo esto para tu próximo descarriado, ¿de acuerdo? No debería ser difícil encontrar a un hombre de mi complexión si frecuentas las partes más pobres de Londres. Todos estamos desnutridos y agradecidos por la caridad de una dama rica.

—¿Mi próximo? Señor, ¡se está pasando de la raya!

—Demasiado lejos contigo. Todos me dijeron que te gusta acoger a descarriados. Imbéciles perfumados. ¿Dónde están ahora? Aún bien financiados por tu caridad. No soy nada como esos hombres. —La miró durante un largo rato, con una mirada de desesperanza en sus ojos que ella nunca había visto antes. Pasó junto a ella camino a la puerta.

—Jeremy. —Fanny corrió tras él—. ¿Adónde crees que vas?

—¿Qué te importa?

—¡Nunca dije que no me importaras!

De repente, él se cernía sobre ella. —Me ofreciste ese dinero porque compartí tu cama, admítelo, no por mi *actuación* frente a tus amigos y familia.

Ella le agarró del brazo. —Calla. Alguien en el pasillo podría oírte.

—¿Qué importa? De todos modos, me habré ido y estaré olvidado en un momento.

Ella palideció. —Jeremy, cálmate. Hablemos de esto.

Él se colocó una gorra de lana raída en la cabeza y se la bajó hasta los ojos. —De ahora en adelante soy el señor Dawes para usted, Lady Rivers. Tengo mi propio código de honor, y el primer punto es no acostarme nunca con alguien que quiera pagarme por el privilegio.

—Jere... señor Dawes, por favor. No hay necesidad de que se enfade y se vaya así. Solo estoy cumpliendo mi promesa con usted.

—¿Así? Señora, estoy profundamente insultado.

Fanny se quedó boquiabierta. —¿Qué tiene de malo que yo haga lo correcto por usted? Necesita el dinero, ¿no?

—No tanto como usted debe imaginar. —Luego, tras echar un último vistazo alrededor, agarró un saco de lona y salió por la puerta sin volver a mirarla.

CAPÍTULO CATORCE

Nunca más Jeremy aceptaría el patrocinio de una viuda adinerada, a menos que fuera una anciana arrugada y desdentada. Justo cuando creía haber ganado el respeto de Fanny, se dio cuenta de que nunca lo había tenido.

Jeremy marchó hacia la puerta principal, lleno de justa indignación y disgusto por su oferta de dinero. Cómo se atrevía Fanny a menospreciar su amistad, su conexión, ofreciéndole más dinero solo porque se había acostado con ella. Él había ido a su cama porque la deseaba a *ella*, no su dinero. Solo a ella. La mujer que él pensaba que también lo deseaba.

Al parecer, había malinterpretado gravemente la naturaleza de su interés.

Para ella, él era solo un miembro viril y un par de labios dispuestos. Un amigo fingido, una mercancía desechable.

—¡Señor Dawes! Justo el hombre que quería ver —llamó el Duque de Stapleton cuando pasaba frente a la entrada de la biblioteca.

Jeremy se detuvo en seco a centímetros de la escapatoria y maldijo por lo bajo. Si hubiera sido cualquier otro hombre, lo habría ignorado. Jeremy giró lentamente, encontrando al Duque de Stapleton emergiendo de las sombras de la cámara, como lo había hecho el primer día de su llegada a la Mansión Stapleton. Incluso vestía igual. ¿Cómo había confundido su identidad?

El duque lo miró de arriba abajo, frunciendo el ceño. —¿Va a alguna parte?

Jeremy apretó su saco con sus pocas posesiones preciadas bajo el brazo. No tenía sentido fingir que no estaba intentando escabullirse. —Sí. De vuelta a Londres. Como todos los demás.

El duque dio un lento paso en su dirección. —¿Para hacer qué?

—Volver al teatro, supongo.

—Ah —murmuró el duque—. Eso sí que es una sorpresa.

—No debería serlo —dijo Jeremy, mirando hacia la puerta. Solo unos pasos más y la libertad sería suya—. Debe estar contento de verme partir, imagino.

—Se equivoca. —El duque hizo un gesto hacia la biblioteca detrás de él—. ¿Podríamos hablar un momento antes de que se vaya?

Jeremy había llegado a apreciar y respetar al duque, y ahora que el acuerdo con la hija del duque había terminado, tenía tiempo de sobra. Además, el duque lo había alojado durante la última semana, en gran parte sin quejarse. Podía dedicarle un poco de tiempo. —Por supuesto.

—Bien. Venga por aquí —ordenó Stapleton.

Una vez que Jeremy pasó el arco, el duque cerró y echó llave a la puerta detrás de ellos. Eso divirtió tanto a Jeremy que sonrió. No había cerradura que no pudiera forzar. Esta casa, y todos sus tesoros, podrían haber sido suyos si hubiera querido seguir siendo un ladrón en lugar de

intentar vivir como un hombre honesto. —¿De qué quería hablarme?

—Siéntese, por favor. —El duque se acomodó en una silla, aparentando estar relajado, y le indicó a Jeremy que hiciera lo mismo—. Dígame qué recuerda de sus padres.

El duque ya había hecho esa pregunta antes, y Jeremy se encogió de hombros ante su persistente búsqueda de información sobre él. —Realmente no sé nada sobre ellos. Murieron cuando yo era joven.

—¿Sabe dónde y cuándo nació?

Jeremy se tensó. —Londres. En algún lugar de la ciudad. No sé la fecha.

Las cejas del duque se alzaron. —¿No sabe su edad exacta?

—No. Siempre he supuesto que tenía unos tres años cuando fallecieron.

El duque asintió, claramente reflexionando sobre ese hecho. —Si sus padres murieron hace tanto tiempo que no puede recordarlos, ¿quién lo crió?

Jeremy no quería responder preguntas. Preferiría olvidar que no había nadie en el mundo que se preocupara por él. Se movió para pararse detrás de su silla, mirando al duque. —Lamento no tener respuestas a las preguntas que me está haciendo.

—Yo también lo lamento. El pasado influye en cualquier posibilidad de éxito en el futuro, como estoy seguro que ya sabe.

Jeremy miró hacia la puerta, sabiendo que debería estar en camino si tenía alguna esperanza de alcanzar el coche de correo de la tarde que regresaba a Londres.

—Sé que puede forzar esa cerradura, hijo, y es libre de irse en cualquier momento que elija —prometió Stapleton en voz baja—. La puerta está cerrada para mantener a todos los demás fuera mientras hablamos de su futuro.

Jeremy se congeló por un momento, luego giró bruscamente la cabeza para mirar al duque.

—Si usted no se toma el tiempo para explicarse, un padre debe hacer su propia investigación. —El hombre sonrió—. Sé que cualquier discusión sobre su pasado le incomoda y probablemente por muy buenas razones. No puedo ni empezar a imaginar lo que debe haber soportado. Pero si voy a ayudarlo, entonces insisto en una revelación completa aquí y ahora. No puedo proteger a mi familia si no sé qué podría convertirse algún día en una amenaza.

Jeremy apretó el respaldo de la silla. —No soy una amenaza para su familia.

—Le creo, y me alegro. Me alegro por usted, y por mi hija también.

—Ella no necesita saber nada más sobre mí. No ahora.

—Fanny probablemente sospecha mucho más de lo que deja ver. —El duque sonrió—. Criado entre ladrones, ha recorrido un largo camino desde Seven Dials.

El vello de la nuca de Jeremy se erizó. —Nunca dije que yo...

—No hacía falta. No se llega a mi edad sin desarrollar la habilidad de leer entre líneas. Como mencioné cuando nos conocimos, mi hija tiene la costumbre de acoger a los desamparados. Cuanto más desesperado el caso, mejor. Aunque tiene el don de sacar lo mejor de la mayoría de las personas a las que ayuda.

Jeremy frunció el ceño, enojado al escuchar una vez más que era un caso de caridad. Ninguno de ellos le dejaba olvidarlo. —Su supuesta generosidad no le traerá más que problemas, ¿sabe?

—Yo también lo creo, lo que lo convierte en el hombre perfecto para el puesto que tengo en mente.

Jeremy frunció el ceño. —¿Qué puesto sería ese?

—Como su esposo.

—Yo nunca... No lo hice.

El duque sonrió. —Ahí están. Las palabras de un hombre aterrorizado de que un padre pueda retarlo por besar a su hija.

Jeremy tragó saliva.

—¿Más que besos? —El duque negó con la cabeza—. No necesito saber hasta dónde ha llegado su cortejo, solo que es un hecho, y espero que se case con mi hija, o haré su vida extremadamente incómoda.

Cada músculo del cuerpo de Jeremy se tensó, listo para huir. —No puede hablar en serio. ¿La ataría a un *ladronzuelo incompetente* solo para evitarle la vergüenza de que todos sepan que me metí bajo sus faldas?

—¿Gormless? —El duque se levantó abruptamente y se acercó—. Nunca, *jamás* vuelvas a hablar así de ti mismo. Está por debajo de ti.

Jeremy retrocedió.

—Es lo que soy. Un ladrón. Ella piensa que no soy mejor que una pu... —Pero no pudo terminar esa frase—. No tengo ni idea de lo que quiere, pero nunca seré yo.

—Déjame darte un consejo, ya que pareces denso ante ciertos hechos: no hay hombres en este mundo que puedan darle a una mujer *todo* lo que desea.

—Entonces, ¿por qué quiere que se case?

—Porque me estoy haciendo mayor, hijo. Sé lo que es no tener a alguien, un mejor amigo, a tu lado. Sentirse abrumado por decisiones difíciles y no tener a nadie en quien confíes completamente para desahogarte. Tenía a mis hijos, sí, pero no es lo mismo que tener una esposa. —El duque lo miró fijamente—. ¿Sabes que mi segunda esposa era una de las protegidas de Fanny?

Jeremy negó rápidamente con la cabeza.

—Fanny rescató a Gillian de un empleador cruel. No entraré en detalles ahora, pero basta decir que Fanny luchó contra un dragón para liberarla y se ganó otra amiga leal. Pero también se hizo de un enemigo en la sociedad. Fanny, con su habitual imprudencia, llevó a mi Gillian a su casa para que se quedara con ella, prometiendo ayudarla a encontrar una mejor posición. Temí lo peor, por supuesto, dado que muchas de las protegidas de Fanny parecen quedarse demasiado tiempo. Pero encontré un uso para Gillian como dama de compañía remunerada para mi hija menor.

—Se casó con ella.

—Nadie planea enamorarse. Simplemente sucede. —El duque puso sus manos sobre los hombros de Jeremy y lo empujó de vuelta a su silla anterior, obligándolo a sentarse—. Me casé con Gillian después de casi un año de conocernos porque nuestro interés mutuo era demasiado fuerte para ignorarlo. Una de mis hijas desaprobaba enérgicamente a Gillian y casi arruinó mis posibilidades de ganar su mano. Pero finalmente nos casamos y hemos sido felices juntos desde entonces. —El duque sonrió—. Mi punto es que, sin importar las dificultades, se pueden superar muy fácilmente, pero solo si las hablan.

Jeremy miró al duque con los ojos entrecerrados. El hombre claramente no sabía *de qué* estaba hablando.

—Ella quería pagarme por acostarme con ella.

El duque hizo una mueca.

—Mal hecho, y una señal de que tenía razón. Mi hija te necesita.

—Ella no necesita nada que el dinero no pueda comprar —dijo Jeremy, sintiendo que la amargura volvía a surgir dentro de él.

El duque levantó una mano, con los dedos extendidos, y fue enumerando cada dedo mientras

hablaba.

—Respeto. Comprensión. Paciencia. Protección en ocasiones. Admiración eterna. ¿Mencioné paciencia? El hecho de que intentara poner límites a vuestra relación dice mucho. Ha considerado dónde podrías encajar en su vida.

Jeremy negó con la cabeza.

—Ella no me quiere.

—Sí te quiere, e incluso ahora, puedo ver que tienes dudas sobre irte. —El duque lo señaló —. Respetas a mi hija, su inteligencia, su capacidad. También entiendes mejor que nadie los muchos peligros que enfrentará en los próximos años. Cuanta más riqueza acumule, más necesitados acudirán a su puerta. Su corazón se conmoverá una y otra vez mientras da todo lo que le piden a los que no lo merecen.

—Es demasiado generosa con su caridad —murmuró Jeremy—. Un día se quedará sin dinero.

—Dentro de mucho tiempo, espero. Fanny tiene considerables recursos a su disposición — reflexionó el duque.

Jeremy frunció el ceño.

—Si usted lo dice.

El duque inhaló, estudiándolo de cerca nuevamente.

—No sabes lo que significa tener una gran riqueza, ¿verdad? No realmente. Has oído hablar a la gente, pero no comprendes verdaderamente cuán grande es la fortuna que tiene a su disposición.

Jeremy se encogió de hombros.

—Nunca tuve dinero de verdad hasta que conocí a Fanny. Quiero decir, a Lady Rivers.

—No hay necesidad de disculparse. —El duque se inclinó hacia adelante—. Pon la primera moneda que Fanny te dio en la palma de tu mano.

Jeremy buscó en su bolsillo el chelín de la suerte. La moneda que había ganado por escoltarla hasta su carruaje el día que se conocieron le había parecido importante guardarla... pero ya no.

El duque sonrió.

—Sabía que aún la tendrías.

Jeremy se removió inquieto de nuevo.

—¿La quiere de vuelta?

—No, quiero que imagines muchas más, hasta que tu mano esté completamente cubierta.

Jeremy lo hizo. Sería un hombre rico si tuviera todo eso.

—Es más de lo que podría ganar en toda mi vida.

El duque se inclinó aún más hacia adelante.

—Ahora, quiero que mires alrededor de la habitación y pongas montones de dinero en cada superficie. Luego agrega más y más y más, hasta que todos los muebles estén cubiertos. ¿Puedes hacer eso?

—Sí. Es el rescate de un rey.

—Ahora imagina la habitación llena hasta el techo. *Esa* es la cantidad de riqueza que mi hija tiene a su disposición, sospecho.

Jeremy tragó saliva.

—¿Sospecha?

—Bueno, Fanny no tiene que confiar en su pobre y viejo padre cuando es mucho más inteligente que yo. Pero no le digas que dije eso. Se pavonearía durante días.

Jeremy negó con la cabeza.

—Probablemente lo haría, sí.

—Fanny puede ser rica e inteligente, pero dar a los demás no es necesariamente suficiente para satisfacerla ya. En resumen, necesita una familia.

—Ella tiene una familia. —Los Westfall eran una familia como ninguna que hubiera conocido. Siempre estaban metiendo las narices en los asuntos de los demás. Peleaban y se reconciliaban y reían y se amaban. Para ser honesto, a Jeremy le daba envidia. Él nunca tendría eso.

—Y todos la amamos profundamente, pero te lo diré claramente. Mi hija necesita su propia familia. Necesita a alguien a quien transmitir su extraordinaria riqueza y talentos algún día. Necesita un marido en quien pueda confiar su corazón y fortuna, que pueda alejarla de sus libros de contabilidad y hacerle recordar que tiene otros intereses. Alguien que pueda robarla para sentarse al sol o quedarse en la cama con ella en un día lluvioso. Un hombre que le permita volver a sus responsabilidades sin amargura ni resentimiento por su inteligencia. En resumen, mi hija no necesita un hombre que se haga cargo de su fortuna, sino un compañero para una vida más equilibrada.

—Hay muchos que se casarían con ella. Alguien de su clase serviría.

El duque agitó la mano como si desechara la sugerencia.

—Hijo, la forma en que te sientes por mi hija, y pasas por alto la importancia de su dinero, es muy rara. Solo he conocido a un hombre antes que no se sintiera amenazado por su fascinación por los negocios y las finanzas.

—Debería casarse con él —sugirió Jeremy con amargura.

—Fanny lo hizo. El difunto Lord Rivers le dejó hacer su voluntad en todos los asuntos que le interesaban, incluso cuando la sociedad dictaba que tales pasiones en las mujeres debían ser reprimidas. Fanny lo convirtió en un hombre muy rico antes de que muriera. Él adoraba cada centímetro de ella, cuerpo y mente, pero no pudo darle hijos y murió antes de tiempo.

Jeremy se quedó en silencio un momento.

—Tiene usted piedras en la cabeza si cree que haríamos buena pareja. ¿Cómo sabe que ella siquiera quiere hijos?

—Tampoco quería clases de baile hasta que su hermana las tomó —confesó el duque con una risa—. Admito que, a primera vista, parece una alianza un tanto desigual.

—Ya lo creo —concordó Jeremy.

—El dinero *es* el único obstáculo —rebatió el duque—. Y se pueden redactar acuerdos para proteger y limitar su acceso a los fondos de ella, si es necesario.

Sería otro documento que Jeremy no entendería.

—Soy analfabeto.

—Algo que, sospecho, has logrado ocultarle a ella —el duque suspiró—. El temor de Fanny es ser deseada solo por su dinero. El tuyo es ser conocido.

—Eso es ridículo —protestó Jeremy.

—Muchos hombres la han cortejado desde que enviudó. Desde ambiciosos terratenientes hasta duques envejecidos, incluso un príncipe extranjero insinuó la posibilidad de una corona en su dirección una vez. Todos y cada uno de ellos resultaron ser meros cazafortunas. Fanny no tiene la mejor de las suertes cuando se trata de hombres. Se ha vuelto desconfiada y recelosa de formar vínculos, razón por la cual intentó pagarte, me imagino. Pero no te dejaré escapar sin luchar para hacerle ver que esta es su oportunidad de tener todo lo que ha deseado en secreto y que temía alcanzar.

Jeremy entrecerró los ojos mirando al duque.

—¿Qué gana usted con esto?

El duque sonrió.

—Nietecitos.

Jeremy puso los ojos en blanco. El duque pronto se convertiría en padre de nuevo y aun así ¿quería más bebés en la familia?

—Pide usted demasiado.

—Hay algo en la forma en que mi hija se ha ablandado desde que estás por aquí. Pensé que nuestra pequeña charla de antes podría haberla impulsado a verte bajo una nueva luz —admitió Stapleton.

—Ciertamente lo hizo, pero claramente no de la manera que usted pretendía —Jeremy negó con la cabeza y se puso de pie nuevamente—. Está muy bien que usted se siente aquí discutiendo un futuro que nunca llegará a suceder. He terminado y me voy ahora mismo. Adiós, su gracia.

El duque estaba de pie y entre Jeremy y la puerta antes de que este se diera cuenta de su intención.

—No puedes irte.

—No puede detenerme —advirtió Jeremy.

—Si regresas al teatro, ¿cuál es la probabilidad de que no te veas reducido a vestir a los actores principales de nuevo? No tendrás el patrocinio de Fanny para darles razones para elegirte por encima de alguien con más experiencia. Fanny ha amado el teatro desde que era una niña. La verás allí de nuevo, también.

Jeremy palideció. Ver a Fanny sentada sobre él en la audiencia, tan cerca y a la vez tan lejos, no sería agradable.

—Si no consigo un papel sin su patrocinio, encontraré otro lugar al que pertenecer. Otra compañía podría aceptarme.

—¿Te resulta fácil encontrar un lugar al que pertenecer? —preguntó el duque.

Una sensación de malestar se revolvió en su estómago, pero Jeremy no era ajeno a tener que trabajar duro.

—Me las arreglaré. Muévase.

—No.

Jeremy miró al duque. El hombre le superaba en rango y le llevaba varias piedras de ventaja en peso. Probablemente podría dejarlo hecho un guiñapo en el suelo también. Jeremy no quería terminar en un altercado físico con el duque si podía evitarlo, pero su tiempo aquí había llegado a su fin. Su mejor defensa siempre había sido escabullirse sin ser notado, pero el duque no se lo permitiría.

—Por favor, muévase.

Stapleton negó con la cabeza.

—Te quedarás y verás qué pasa con Fanny.

Jeremy entrecerró los ojos mirando al hombre.

—¿Por qué está *realmente* tratando de mantenerme aquí?

—Debí haber sabido que no te convencerías con mi charla sobre el legado —el duque se rio entre dientes—. Está bien, quiero que te quedes porque veo algo en ti que no puedo ignorar.

—¿Qué es eso?

—Potencial, más allá del de un simple actor —el duque asintió—. Quédate otra semana.

—No puedo. Fue Fanny quien me trajo aquí, y juré irme.

—Muy bien, entonces. Vete.

El duque de repente abrió la puerta de la biblioteca, agarró a Jeremy por el codo y lo arrastró

hasta la enorme puerta principal. Aunque Jeremy intentó liberarse, el duque tenía un agarre sorprendentemente fuerte para ser un hombre mayor. También estaba decidido a que Jeremy se fuera de Stapleton sin nada más que la ropa que llevaba puesta. Su bolsa había quedado olvidada en el suelo de la biblioteca.

El amplio césped y el largo camino vacío se extendían ante él. Libertad. Estaba solo de nuevo. Debería sentirse mejor por eso de lo que se sentía.

El duque extendió su mano.

—Señor Dawes, me alegro de haberlo conocido.

—Gracias —respondió Jeremy mientras la estrechaba—. Gracias por haberme recibido.

—Ha sido un placer —dijo el duque, mientras de repente hacía girar a Jeremy para que mirara de nuevo hacia la puerta principal de Stapleton Manor. El duque le estrechó la mano repetidamente—. Qué bueno que nos visita de nuevo, señor Dawes. ¿Cómo estuvo su viaje? Haré que un sirviente prepare su *nueva* habitación en un santiamén.

Jeremy intentó escapar del agarre del duque y no pudo.

—Pero ¿no me estaba yendo?

—No. Te *fuiste*. Pero ahora estás siendo recibido de nuevo en Stapleton Manor como el invitado de honor del Duque de Stapleton, no el de su hija —el duque se rio—. Una solución simple, ¿no crees?

Jeremy miró al duque con asombro.

—Eso es realmente hilar muy fino, su gracia.

El duque lo condujo de vuelta a través de la puerta principal y pasó junto a un lacayo antes de volver a entrar en la biblioteca.

—En privado, puedes llamarme Nicolas.

—No podría hacer eso —susurró, aún atónito.

—Cásate con Fanny y hasta podría responder a Papá —Jeremy fue obligado a sentarse en otra silla y el duque se sentó a su lado—. Entonces, ¿te quedarás en Stapleton como mi invitado, sí? Por el tiempo que sea necesario para que Fanny entre en razón y admita que cometió un terrible error. Por todos los medios, hazla sufrir un poco si eso te hace feliz. El dinero trae recompensas con demasiada facilidad para aquellos en nuestros círculos.

—Y recuérdame que debo llevarte a practicar tiro y equitación. Dado el futuro que deseo para ti, sería mejor aprovechar el tiempo ahora para juzgar si eres hábil en alguno de estos deportes o decidir si necesitarás lecciones. Fanny te necesitará a su lado en muchas reuniones sociales en los próximos años. Fiestas en casas de campo y la temporada. Sin mencionar las celebraciones familiares. También enviaré a mi ayuda de cámara cada mañana. Trabajó como tutor en Leeds antes de que nos conociéramos. Será de gran ayuda para mejorar tu alfabetización.

Jeremy entrecerró los ojos mirando al duque. —¿Era uno de sus protegidos, verdad?

Stapleton abrió los brazos. —Fanny tenía que adquirir sus malos hábitos de alguien.

Jeremy se mordió el labio. —¿Y si no se alegra de verme?

—Hijo, deja a mi hija en paz al principio. Haz que se pregunte y extrañe lo que tenía. Tengo muchos más años de experiencia que tú en lograr que Fanny haga cosas que no quiere hacer —el duque se frotó las manos—. Pero esto no se trata solo de ella. ¿Alguna vez has empuñado una pistola?

Jeremy negó con la cabeza. El duque era un tipo peculiar. Pero ¿qué daño podría hacer quedarse unos días más si había la promesa de recibir instrucción? No es que Jeremy tuviera asuntos urgentes en otro lugar. Si Fanny realmente no creía que tuvieran un futuro juntos, el duque aún podría ayudarlo a aprender a leer y escribir, y eso solo podría ser ventajoso. No era

demasiado orgulloso para aceptar ayuda. Un tutor era un gasto que Jeremy nunca podría permitirse. Y las otras habilidades también podrían ser útiles algún día.

Jeremy se levantó y se acercó a un gabinete con puertas de cristal que contenía una variedad de pistolas y las estudió. —Nunca he disparado a nada —admitió—. Aunque me han disparado.

El duque se unió a él y abrió un gabinete para pasarle a Jeremy una pequeña pistola para que la examinara. —Aquí apuntamos a los pájaros, no a los demás. Ocasionalmente a los furtivos. Mañana al amanecer, veremos qué clase de tirador podrías llegar a ser.

—Haré mi mejor esfuerzo.

El duque sonrió. —No espero menos de ti.

Jeremy levantó la mirada hacia el duque. —Espero que no llegue a arrepentirse de esto.

—Mi único arrepentimiento habría sido si Fanny hubiera logrado alejarte.

—Todavía podría hacerlo —advirtió Jeremy—. No soy exactamente el hombre de sus sueños, ¿verdad?

El duque rió suavemente. —Hijo, creo que te llevarás una agradable sorpresa.

CAPÍTULO QUINCE

A Fanny no le gustaban los bebés. O mejor dicho, sí le gustaban, pero a menudo la hacían sentir inadecuada. Estaba sentada en la sala de estar junto a Jessica y Rebecca, quienes estaban embelesadas con el bebé más pequeño de los Hawthorne, que había venido a quedarse con la duquesa, como si el niño fuera suyo. Era una situación incómoda para ella, sabiendo que probablemente nunca tendría hijos propios.

—¿Estaban bien las mujeres Hawthorne cuando hablaste con ellas por última vez? —preguntó Fanny, tratando de desviar la atención de su hermana Jessica del bebé que balbuceaba.

—Destrozadas e intentando no demostrarlo —murmuró Jessica—. Es tan difícil ver sus caras largas y saber que no hay nada que pueda hacer para animarlas.

—Dales tiempo. Has hecho lo mejor que has podido, estoy segura —prometió Fanny, negándose a tomar al niño cuando Rebecca intentó pasarle al inquieto bebé.

Rebecca resopló y volvió a sentar al bebé en su regazo. —¿Cómo puedes no querer sostener a un bocadito tan delicioso?

—Es un bebé, no comida —Fanny forzó una sonrisa. Rebecca se había vuelto decididamente entusiasta con los niños. No era sorprendente ya que ella misma estaba embarazada ahora también—. Clarice nunca me perdonaría si lo dejara caer.

—Nunca dejaste caer a Jessica —señaló.

Fanny lanzó una mirada rápida a su hermana y sonrió. —Que nadie viera —bromeó.

Jessica se quedó boquiabierta. —¿Lo hiciste?

Fanny se rio. —Solo te estaba tomando el pelo, pequeña. Fue Samuel quien te dejó caer. Afortunadamente, rebotaste muy bien en el colchón y no sufriste ningún daño.

—No le hagas caso. Él nunca te dejó caer. Ninguno de nosotros hizo nada parecido —le prometió Rebecca a Jessica—. Padre nos habría matado por ser descuidados.

El bebé pasó a los brazos de Jessica y se acurrucó contra ella, haciendo todo tipo de sonidos felices. —No te preocupes, pequeño Liam —prometió—. Te querré aunque la tía Fanny no lo haga.

Fanny se levantó y se acercó a mirar por la ventana. De repente, todas se habían convertido en tías de la prole de los Hawthorne desde la muerte. Aunque no le molestaba el término de afecto, la hacía sentir vieja. —Yo también puedo quererlo desde la distancia.

Jeremy se había ido ayer. Una amarga despedida que la hacía sentir inquieta hoy. Debería estar feliz de evitar más discusiones sobre su lugar en su vida. Claramente, él había pensado que algo más había sucedido entre ellos además de sexo.

Era mejor que se hubiera ido. Ahora podía centrar su atención en evaluar la oportunidad de

inversión que Lord Thwaite había estado tratando de interesarla. Estaba inclinada a decirle que no por despecho debido a su intento de chantaje. Pero había otros inversores involucrados y corría el rumor de que ahora no podía permitírselo. El proyecto merecía una evaluación final justa e imparcial antes de que ella dirigiera su atención a su próximo proyecto.

Desafortunadamente, no sentía un deseo especial por nada en este momento.

Se volvió para observar a sus hermanas. Estaban felices, aunque todas vestían de negro de luto por su amiga y vecina. Desde la boda de Padre el año pasado, el ánimo de la familia había cambiado sutilmente. Donde antes todos habían sido desafortunados en el amor, ahora uno por uno, sus hermanos estaban haciendo felices uniones, y teniendo bebés también. No era de extrañar que la gente comentara que ella debería ser la siguiente. Fanny volvió a su silla. —¿Cuándo volverán con sus maridos?

—Hoy —prometió Jessica—. Estaba de camino a casa pero quería ver si aún estabas aquí.

—No tengo planes de irme —prometió Fanny. Además, Jeremy probablemente llegaría a Londres mañana, y quería darle tiempo para que se le enfriara el temperamento antes de volver a verlo.

Si se volvían a ver.

Se mordió el labio. Había pasado la noche anterior dando vueltas en la cama. Existía la posibilidad de que nunca volviera a ver a Jeremy si él no quería verla.

—Nunca le dices nada a nadie —se quejó Jessica—. Simplemente desapareces de repente.

Rebecca suspiró. —Jessica, ¡ahora no!

—Ahora es el momento perfecto. Ambas pensamos que se ha vuelto tan inquieta como Samuel. Siempre a la caza de la próxima aventura, la próxima inversión, que la hará más rica pero no más feliz.

—Ya es suficiente, hermana —advirtió Rebecca, con los ojos destellando desaprobación por la reprimenda de Jessica, pero no estaba en desacuerdo—. No busques pelea con ella hoy.

—Si estará aquí mañana, me arriesgaré a volver a casa con mi marido. Sin duda *él* está ansioso por mi compañía. —Jessica le entregó el niño a Rebecca con un beso de despedida—. ¿Estarás aquí mañana cuando venga a visitarte, Fanny?

—Estaré —prometió, aún asombrada por el arrebato de Jessica.

Jessica besó la mejilla de Fanny de manera perfunctoria antes de salir por la puerta con aire ofendido.

Fanny la miró fijamente. —¿Qué le ha pasado?

—El matrimonio —murmuró Rebecca—. Ya no es nuestra pequeña ratoncita callada.

—Ya veo.

—Además, te echa de menos. Nos echa de menos a todos cuando estamos lejos. ¿No recuerdas lo extraño que era dejar el hogar y de repente estar separada de lo familiar? Creo que podría ser peor para ella, ya que su nuevo hogar está tan cerca. Primero visitamos a Padre y debemos hacer el esfuerzo de visitarla a ella en segundo lugar. A Milo le tomó tres días hacer la caminata, y Samuel aún no ha ido.

Fanny suspiró profundamente. —El matrimonio siempre separa a los hermanos, especialmente a las hermanas. Seguramente entiende que no ha habido ningún desaire intencional hacia ella.

—Ella siempre tuvo el oído de Padre y sabía todo antes que nosotros durante muchos años. Ha perdido ese lugar especial.

Fanny se pasó la punta del dedo por los labios, pensando en el pasado. —Recuerdo que me sentí terriblemente sola cuando me casé y me mudé.

—Yo también —asintió Rebecca—. Tuve que hacer nuevos amigos.

Fanny se movió para sentarse junto a Rebecca. —¿Te sientes sola de nuevo, ahora que te has casado con Rafferty?

—No, soy mayor, y Adam y yo tenemos muchos conocidos en común. Además, tengo a Ava para distraerme. Jessica se calmará cuando tenga un hijo propio del que ocuparse.

—Ambas tendrán bebés pronto —observó Fanny, sintiéndose extrañamente excluida—. Al menos la distancia entre ustedes no es tan grande que ella no tendrá a nadie a quien recurrir en busca de consejo cuando llegue su momento.

—Tal vez sea yo quien recurra a ella en busca de ayuda. Nunca he estado embarazada antes.

Fanny sonrió. —¿*Tú*, aceptando consejos?

—Sobre el tema de los niños, siempre lo haré. —Rebecca le hizo cosquillas al niño bajo la barbilla—. Estoy nerviosa, ¿sabes?

—¿Por el bebé?

—Me preocupa que cuando esté gorda y malhumorada, las cosas que Adam acepta de mí ya no le resulten atractivas.

—Ya te dije que él no es del tipo que te abandonaría.

—No, pero tampoco pensé eso de Warner y mira lo que hizo.

Fanny puso su mano en el hombro de Rebecca y lo apretó. —Serás una madre maravillosa, y ya eres la esposa perfecta.

—Tú también lo serías, si quisieras.

Fanny suspiró. —¿Otra vez con eso?

Rebecca acomodó al niño en su regazo y ambos se volvieron hacia ella mientras Rebecca hablaba de nuevo. —Me preocupa que estés sola. A todos nos preocupa.

—No estoy sola. Tengo una vida ocupada, amigos y mis intereses.

—Sí, has estado muy ocupada. Pero en unos años... —Rebecca suspiró—. Padre no vivirá para siempre. Jessica y yo podríamos morir en el parto o por mala salud. Samuel podría finalmente dejar Inglaterra como siempre he sospechado que haría algún día. Y Milo, bueno, ninguna de las dos ha sido nunca cercana a él. ¿Quién te consolará en tu vejez? ¿A quién dejarás tu riqueza?

—A ti, y a Samuel y Jessica y Milo y...

—No quiero tu dinero. —La mirada de Rebecca era penetrante—. Quiero que seas feliz.

—Te prometo que lo soy. Estoy haciendo exactamente lo que me place y no me falta nada —insistió Fanny.

—No, no eres verdaderamente feliz. Creo que lo fuiste cuando Rivers estaba vivo y nunca desde entonces.

Fanny había estado completa y absolutamente dedicada a su difunto esposo. No le había importado la diferencia de edad entre ellos, como a mucha otra gente. Rivers había sido un hombre emocionante, divertido y sabio. Había tenido una vida plena con él. Él había desafiado su mente y su alma. —Lo extraño.

—Rivers se ha ido y tú has elegido seguir adelante sola. Pero no puedes vivir de pasiones recordadas para siempre. Dale una oportunidad más al amor, te lo suplico.

—Nunca me rendí. —Fanny sonrió con tensión—. Pero creo que el amor se rindió conmigo.

—Tonterías —prometió Rebecca—. Nunca encontrarás a un hombre como Rivers otra vez, así que deja de buscarlo en los rostros de los que conoces.

—No lo hago.

—¿No lo haces? —Rebecca le entregó el bebé a Fanny con decisión.

Liam tenía un buen peso para un niño de su edad. Fanny en realidad sabía mucho sobre la crianza de los niños ya que, como la mayor, había tenido mucho que ver con la crianza de sus hermanos menores. Acunó a Liam contra ella, asaltada por la familiaridad de la tarea... y un anhelo que creía enterrado hace mucho tiempo.

—¿Qué es lo primero que consideras cuando conoces a un hombre?

—Ah... —comenzó Fanny, pero Rebecca estaba en racha y siguió adelante.

—Estoy segura de que evalúas la calidad de su ropa como un medio para determinar su riqueza y estatus —dijo Rebecca, enumerando cada punto con sus dedos.

Fanny mecía a Liam de lado a lado. —¿No es esa una manera perfecta de descubrir a un cazafortunas?

—Hay buenos hombres que carecen de fondos. Los sinvergüenzas también pueden enamorarse.

—Como Rafferty lo hizo contigo —bromeó Fanny.

—Sabes lo que sentía por él antes. —Rebecca se encogió de hombros—. Un hombre más irritante nunca he conocido.

—Y sin embargo has unido tu vida a la suya —señaló Fanny—. Te convertiste en su esposa, para nunca volver a ser tu propia mujer.

—El matrimonio nos cambia a todos. Incluso tú cambiaste en muchos aspectos —observó Rebecca.

—No lo hice.

—Oh, tu hábito de traer animales callejeros a casa disminuyó por un tiempo, pero el impulso se reanudó una vez que no tenías a Rivers para desaprobarlo. Durante tu matrimonio, dejaste caer amistades de larga data. ¿Fue una elección que hiciste conscientemente, o simplemente sucedió porque sus intereses estaban en otra parte?

Fanny se quedó boquiabierta. —¿Ya has terminado de criticarme?

—Es una crítica que me he hecho a mí misma. Cambié por culpa de Warner. Me volví crítica de todo y de todos por cómo me trataba. Sus acciones sacaron a la luz cada inseguridad que poseía. Me sorprende que alguien pudiera soportarme.

—No estabas tan mal.

—Era una perra maliciosa —confesó Rebecca.

Fanny abrió la boca sorprendida al escuchar a su hermana usar esa palabra. —¡Becca! ¡Qué lenguaje!

Rebecca se rió de la sorpresa de Fanny. —Puedes culpar a mi nuevo esposo por mi uso de esa palabra. Me ha hecho una mujer honesta en todos los sentidos de la palabra. Recomiendo encarecidamente un segundo matrimonio con un sinvergüenza. Son muy buenos para ayudar a una dama a aflojar más que el corsé.

—Si tú lo dices —respondió Fanny, pero aún no había conocido a un sinvergüenza que le agradara. Lo más cercano que había llegado era una apreciación por un actor con un pasado turbio y habilidades para abrir cerraduras.

—Lo digo. Bueno, ya es suficiente consejo de hermana por hoy. Supongo que debería devolver a este joven caballero a la guardería antes de que la duquesa me regañe por privarlo de su sueño. A menos que quieras quedártelo.

—No, sería prudente devolverlo antes de que incurras en la ira de la duquesa —murmuró Fanny, riendo porque Gillian era un alma gentil.

—Visitaré la cámara de la duquesa después de eso y veré si me necesitan —dijo Rebecca—. Ven a buscarme antes de que me vaya si necesitas hablar.

—Lo haré —susurró Fanny mientras veía a Jeremy Dawes pasar por su puerta.

Pero eso no podía ser.

Jeremy había dejado la finca ayer. Su habitación estaba vacía, su ropa fina también se había ido.

Fanny le entregó Liam a Rebecca rápidamente, ansiosa por confirmar que no había imaginado verlo.

Las palabras de despedida de Jeremy resonaron en su mente de nuevo, como lo habían hecho durante toda la noche anterior. Él había sugerido que ella era consentida, actuando como si tuviera derecho a tomar lo que quisiera y a quien quisiera sin importarle su opinión. Y tenía razón hasta cierto punto. Había pocas cosas que realmente le importaran desde que se convirtió en viuda.

Pero le importaba Jeremy Dawes.

Toda la mañana había tratado de convencerse de que estaba mejor sin él, sin verdadera convicción.

Se levantó, siguió a Rebecca hasta la base de las escaleras, esperando verlo de nuevo. Pero su estómago se revolvió de incertidumbre al saber que podría haberse quedado. Pero ¿qué estaba haciendo si no estaba con ella? ¿Y dónde había pasado la noche anterior?

Caminó hasta la entrada de la biblioteca y miró alrededor; pero era una habitación vacía y no había señal de él en ninguna silla.

La decepción la aplastó.

Pero entonces Jeremy se deslizó por una escalera de la biblioteca justo al lado de la puerta por la que ella acababa de entrar y Fanny dio un brinco.

A pesar de la sorpresa, la alegría la invadió. Lo *había* echado de menos. Su compañía agradable, su divertida charla. Su presencia en la habitación. Sus manos. Se había preocupado por si habría regresado a Londres sano y salvo en la diligencia.

—¡Jeremy!

—Si buscas al duque, volverá en un momento —su tono era educado, pero luego desvió la mirada.

¿Por qué no se había ido Jeremy?

—Está bien —murmuró Fanny, acercándose—. Esperaba que pudiéramos hablar.

Jeremy no parecía complacido mientras se cruzaba de brazos y fruncía el ceño.

—¿Sobre qué?

—Ah, Fanny. Justo la mujer con la que esperaba hablar —dijo su padre mientras salía de su estudio con un libro en la mano—. Mira, Dawes, esto es de lo que te hablaba antes. Échale un vistazo y luego ve a mostrárselo a Samuel. Él te explicará todo.

—Gracias —dijo Jeremy, y luego asintió hacia Fanny—. Si me disculpas.

Y entonces se marchó.

Su padre se acercó a su lado y le pasó el brazo por los hombros.

—No te he visto en todo el día. ¿Dónde te has estado escondiendo?

—Estaba con Rebecca y Jessica hace un momento. Jessica se ha ido a casa y Rebecca subió a ver a Gillian.

—Ah, lamento haberme perdido su visita, pero no importa —su padre la condujo hacia su estudio. Cerró la puerta, lo que generalmente significaba que no quería que nadie los escuchara hablar o los interrumpiera. Ella miró por encima del hombro.

—¿Necesitabas algo, Fanny?

—Eh, padre, ¿qué hacía el señor Dawes en tu biblioteca?

—Un poco de trabajo para mí. Nada que te concierna —pero todo lo que Jeremy hacía le concernía. Él era *su* amigo, no el empleado de su padre.

Tragó saliva.

—El señor Dawes me dio la impresión de que se había marchado.

—¿Es tan sorprendente que no lo haya hecho?

Ella se puso tensa.

—Tuvimos una diferencia de opiniones.

Su padre simplemente sonrió.

—Eso puede pasar.

Ella entrecerró los ojos.

—En realidad, pensé que me había dejado. Es decir, que había abandonado la propiedad ayer.

—¿Qué? ¿A pie? —mientras ella asentía, su padre empezó a sonreír—. Sí se fue... bueno, lo intentó, pero lo animé a quedarse unas semanas más.

—¿Semanas? ¿Por qué harías eso?

Su padre suspiró.

—Porque hay amor entre vosotros.

—¡¿Qué?!

—No actúes tan sorprendida. Os he dicho a vosotras, las chicas, durante años que todas sois completamente adorables.

Fanny se hundió en una silla.

—Es una sugerencia absurda.

—¿Lo es realmente?

Su padre tomó su mano, pero ella la retiró.

—Apenas nos conocemos.

—Eso nunca te detuvo antes —su padre suspiró—. No me di cuenta de que ya no creías en el amor a primera vista.

—Es ridículo. Y tú... tú desaprobabas nuestro acuerdo.

—Te dije la verdad. Lo que querías oír, solo que no escuchaste realmente. Siempre supiste que tenías que terminar el romance y fuiste y lo hiciste —su padre se sentó a su lado—. No era mi intención que Dawes intentara irse inmediatamente.

Ella se molestó ante el intento de manipulación de su padre.

—Debo tener una separación entre mi vida privada y pública.

—¿Qué te hace pensar que puede haberla? Jeremy nunca estuvo contigo solo por tu dinero, Fanny. Lo desafiaste a querer más en su vida. Estaba feliz con las migajas que le enviabas porque tenía una rara oportunidad de experimentar otra vida por un tiempo. Y pensó que había encontrado un lugar apoyándote. Convirtiéndose en tu amigo. ¿Qué más podría haber hecho sino marcharse cuando se le ofrecieron riquezas a las que no tiene derecho ni deseo?

—Él...

—Escucha, el amor no llega todos los días, hija mía. Ese joven tiene más paciencia y practicidad que cualquiera en la sociedad podría tener contigo. Siempre serás rica y te has acostumbrado a salirte con la tuya. Pero no con él. Nadie puede comprar *su lealtad o amor*.

Fanny bajó la cabeza, avergonzada de que su padre supiera que lo había intentado.

Su padre la rodeó con el brazo nuevamente.

—Sí, Jeremy tiene un pasado del que quizás nunca hablemos o conozcamos completamente. Pero por lo que entiendo, no tuvo otra opción. Robó por necesidad hasta que encontró una mejor manera de vivir. Cambió por ti. Se mejoró a sí mismo para ser digno de estar en la misma

habitación que tú.

Fanny tragó saliva.

—No sé...

Pero las palabras se le atascaron en la garganta y no pudo terminar. Él *había* cambiado mucho. Había accedido a todo lo que ella le había pedido.

Le había ofrecido dinero, una compensación por acostarse con ella, según él. Era mucho dinero para alguien como él rechazar. ¿Podría haber hecho el amor con ella sin ataduras para siempre?

—Solo hay una forma de averiguar si podríais tener una buena vida juntos —susurró su padre.

—¿Qué tenemos siquiera en común?

—Un amor por el teatro. Una apreciación por la naturaleza. Imaginaciones vívidas. Jeremy sugirió que se podría construir un teatro en el bosque para mi próxima fiesta en casa. Me encuentro bastante entusiasmado con la idea de montar una obra un año.

Fanny no había tenido la intención de que su acuerdo con Jeremy terminara mal, y había tomado una dirección que temía. Pero *había* terminado. Jeremy había dicho que habían terminado sin lugar a dudas, y ella le creía. Apenas había podido mirarla hace un momento.

Pero en cuanto a las otras sugerencias de su padre, Fanny nunca había estado buscando a alguien a quien amar. Ni a Jeremy. Ni una segunda vez. No después del dolor de perder a Rivers mucho antes de estar lista para estar sola.

Jeremy era un joven en la flor de la vida, sin más futuro que el que ella le había impuesto. Había llegado a su cama, un amante algo reticente al principio. Había esperado que ella se aburriera de su acuerdo en cualquier momento, según él.

Excepto que no lo había hecho. Y sin embargo, en el momento en que su relación cambió, y él interfirió en sus negocios por temor a su seguridad con Wilks, ella había alejado a Jeremy.

Pero no debería haberlo hecho. Él era más cauteloso que ella en muchas cosas. También disfrutaba escuchando los puntos de vista de Jeremy sobre el mundo, que eran bastante diferentes de sus experiencias. Su compañía constante la hacía sentir contenta, segura, en lugar de agobiada.

Ella deseaba lo mejor para él y estar a su lado para ver cómo se desarrollaba su futuro. No estar separados por reglas y convenciones sociales que habrían desaprobado la relación que habían compartido.

No podían volver a la forma en que las cosas habían sido antes de hacer el amor.

Pero ¿podrían avanzar... juntos, si él estaba dispuesto a confiar en ella de nuevo?

En cualquier aventura u oportunidad de inversión, no había manera de saber con certeza cómo resultarían las cosas. Ella había estado viviendo de momento en momento durante años. Haciendo exactamente lo que le placía. Pero esos momentos con Jeremy fueron algunos de los mejores de sus últimos años. Quería más con él.

Padre la empujó suavemente. —¿Fanny?

—Sí, padre.

—Es un buen hombre. No gastará tu fortuna imprudentemente. De hecho, me sorprendería si gastara algo. Y estoy dispuesto a cantar sus alabanzas a la sociedad si es necesario, si te hace feliz —susurró padre.

Fanny se mordió el labio, considerando las palabras de su padre. Si padre no ponía dificultades con respecto a Jeremy, sus hermanos quizás tampoco lo harían. La sociedad ciertamente hablaría durante un buen tiempo sobre una unión tan desigual. Pero luego la novedad

se desvanecería. A nadie le importaría en cinco o diez años cómo podría haber sido la vida de Jeremy antes de que se conocieran.

Pero Fanny ahora tenía la tarea de descifrar el estado de su corazón. Sin importar lo que padre dijera a favor de cualquier unión, Fanny no se apresuraría al altar por segunda vez, ni a ningún cortejo tampoco.

E incluso antes de que pudiera suceder cualquier futuro de ese tipo, Jeremy tendría que perdonarla y ella tendría que convencerlo de alguna manera de que el dinero no era lo único que le importaba. Él necesitaba saber que él importaba más.

CAPÍTULO DIECISÉIS

—¿Te has enterado de que Laughton ha recuperado su fortuna en la Bolsa? Probablemente tendrá para elegir entre las bellezas del mercado matrimonial del próximo año —dijo Samuel, cabalgando junto a Jeremy con una confianza relajada que Jeremy carecía por completo.

Jeremy no tenía tiempo para preguntarse cómo alguien podía ganar dinero en la *maldita Bolsa*. Estaba demasiado ocupado aferrándose al caballo que se movía de manera alarmante debajo de él.

—Le deseo buena caza —murmuró Milo, sonando ya completamente aburrido del tema. Milo iba al otro lado de Jeremy, montando con una sola mano con aparente desinterés por las payasadas de su caballo o su destino.

Jeremy estaba completamente aterrorizado y tratando de no mostrar su miedo. Ambos hombres sabían que no tenía experiencia montando a caballo, pero lo habían convencido para que saliera con ellos de todos modos.

—Mantén los talones abajo —le recordó Milo.

—Y no sujetes las riendas tan fuerte —añadió Samuel—. Estás en el caballo más viejo y lento de la finca, e irá a donde dirijamos nuestros caballos y a ningún otro lado.

—Eso dices, pero la vi poner los ojos en blanco —advirtió Jeremy—. Eso es malo, ¿no?

Milo le dio una palmada en la grupa al caballo de Jeremy. Para su alivio, la vieja yegua ni siquiera se inmutó.

—Molly es el caballo perfecto para aprender. Cuidará de ti.

—No sé por qué tengo que empezar todo a la vez.

—Estás en el caballo porque la nota de padre decía que necesitabas estar fuera de la mansión por un tiempo y que deberías empezar las lecciones con nosotros.

Jeremy refunfuñó por lo bajo.

—El gran plan de Stapleton para convertirme en un caballero está condenado al fracaso si me rompo el cuello primero.

—Lo estás haciendo bien —prometió Samuel—. Solo intenta no pensar tanto en caerte.

Milo se rió.

—Ya no falta mucho.

Jeremy miró hacia adelante y su ánimo mejoró considerablemente al ver los establos a la vista de nuevo.

—Gracias a Dios.

—Hermano, me gustaría desearte buena caza a ti también —anunció Samuel, volviendo al tema anterior de conversación—. Si tuvieras algún interés en hacer un buen partido, estaría ahí

para apoyarte. Sabes que es hora de volver a casarte, ¿verdad?

—¿Se fijó una fecha que yo no conocía? —preguntó Milo, sin sonreír—. A padre le tomó años reemplazar a madre.

—Pero él nos tenía a todos nosotros, los niños, para distraerlo cuando ella murió, así que la sucesión nunca estuvo en duda seria.

Milo negó con la cabeza.

—No tengo motivos para volver a casarme todavía. El primer matrimonio fue bastante problemático, muchas gracias.

—Pero necesitas un heredero —replicó su hermano—. Todos queremos saber que la finca y los arrendatarios de Stapleton serán atendidos adecuadamente.

—Tú siempre podrías heredar.

Samuel pareció atragantarse.

—Me encantaría complacerte, pero ¡qué desastre harían mis chicos en Stapleton si se les dejara vagar por estos prístinos terrenos para siempre!

—Superarán sus costumbres salvajes cuando lleguen a la mayoría de edad —prometió Milo, medio sonriendo—. Nosotros lo hicimos.

—Habla por ti mismo.

—Hermano, eres demasiado viejo para fingir que tus días salvajes no quedaron atrás hace mucho.

—No tienen por qué estarlo —respondió Samuel tercamente—. Todo lo que digo es que podrías ir a Londres la próxima temporada y echar un vistazo. Pasa la vista por las damas y ve si alguna te llama la atención. Si no, vete de nuevo y vuelve otro año. Complacería inmensamente a padre saber que estás pensando en el futuro. No hay necesidad de estar solo toda tu vida solo porque tu primer matrimonio no fue ideal.

—¿Ideal? No, ciertamente no estuvo ni cerca de serlo. Por eso no tengo un hijo. —Una risa amarga escapó de Milo. Claramente su matrimonio no había sido nada bueno. Pero entonces un atisbo de sonrisa cruzó sus facciones—. Estoy contento con mi vida tal como es, hermano.

Jeremy, curioso por saber qué le había hecho sonreír así, vio a una criada deambulando por los jardines.

—¿Qué dices tú, señor Dawes? ¿Estás a favor del matrimonio o de permanecer soltero para siempre? No hay nada malo en mantener una mujer habitual en nuestras camas, fuera del matrimonio, ¿eh?

—No lo había pensado mucho —respondió. Bueno, no había pensado en el matrimonio hasta la sorprendente conversación de ayer con el Duque de Stapleton. No creía que el matrimonio estuviera en su futuro, pero se lo guardó para sí mismo—. ¿Qué es exactamente una mujer habitual? ¿Cómo las encuentran?

Milo se rió de su pregunta.

—Una mujer habitual es una que no pregunta cuándo te casarás con ella.

—No le hagas caso, Dawes. Todas las mujeres esperan una propuesta de matrimonio —advirtió Samuel—. Algunas incluso podrían lanzártelas a nosotros, pobres bastardos, cuando menos lo esperes.

—Yo sé lo que quieren las mujeres —declaró Milo.

Jeremy negó rápidamente con la cabeza.

—Yo no. Me encuentro constantemente sorprendido.

Ambos se rieron y le dieron palmadas en la espalda a Jeremy. Tomado por sorpresa, Jeremy casi salió volando sobre el cuello de su caballo para ser pisoteado. Rápidamente se enderezó y

apretó las piernas alrededor del medio del caballo como le habían advertido que hiciera.

—Pobre muchacho. Pronto aprenderás que así es como les gusta mantenernos todo el tiempo —advirtió Milo—. Sin embargo, siempre se puede encontrar compañía si sabes dónde buscarla. Incluso podemos comprarla para nosotros mismos, si es necesario. No se necesita el matrimonio para asegurar la satisfacción.

Jeremy miró a la pareja con curiosidad.

—¿Es así como todos en su familia ven el matrimonio? ¿Como algo que evitar en lugar de abrazar?

—Es un requisito para las mujeres si desean ser consideradas respetables y para los caballeros que desean herederos legítimos —explicó Milo—. Pero la mayoría de mis amigos lo ven como algo a evitar durante el mayor tiempo posible. Ciertamente yo debería haberlo hecho.

Se estaban acercando a los establos ahora y Samuel acercó su montura.

—Tira de las riendas lentamente, eso es, y relájate. El mozo de cuadra sujetará la cabeza de Molly, así que no se alejará mientras desmontas. Ahora, libera tu pie derecho del estribo, lanza tu pierna hacia atrás y desmonta por el lado izquierdo de tu montura.

Jeremy ejecutó lo que él consideraba un desmonte adecuado, luchando porque su pie izquierdo seguía atascado en el estribo, olvidado. Milo y Samuel lo hicieron con mucha más gracia y rapidez. Jeremy entregó las riendas al mozo de cuadra con toda la prisa posible y los caballos fueron llevados, para su alivio.

—No está mal para ser la primera vez. Nada mal. Es como un matrimonio, en realidad —Samuel sonrió—. Emocionante al principio y no exento de altibajos.

—Muchos bajos —gruñó Milo—. El matrimonio no es para todos. Yo estaba enamorado. Pero era el único que lo estaba —advirtió en voz baja.

Samuel suspiró.

—Quizás la próxima mujer que cortejes no fingirá ser lo que no es.

—Nunca me casaría ahora con una mujer que afirme amarme —Milo negó con la cabeza y de repente recordó que Jeremy estaba escuchando—. Guárdatelo para ti.

¿A quién podría contárselo que le importara? —Por supuesto.

Caminó un poco por el patio de los establos, estiró las piernas que parecían haberse convertido en gelatina. Le habían dicho que se suponía que debía encontrar algo que hacer ahora hasta la cena de esa noche.

Fanny y la duquesa estaban jugando al croquet en el jardín. Parecía muy divertido y supuso que ella podría ser buena en eso, dada la manera en que se concentraba en cada tiro. No podía quedarse merodeando, pero deseaba poder jugar una partida.

—¿Te estamos aburriendo, Dawes? —preguntó Samuel en voz baja, acercándose para pararse a su lado.

—En absoluto.

El lord notó el juego en curso.

—Solíamos jugar todos juntos cuando éramos más jóvenes. Fanny siempre ganaba, teniendo la cabeza más fría, Rebecca hacía pucheros, y Jessica se sentaba en medio del juego para impedir que continuara si no estaba ganando, lo cual ocurría todo el tiempo.

—Y si nosotros estábamos por ahí —dijo Milo, acercándose al otro lado de Jeremy—, yo le ganaba a Fanny, Samuel molestaba a Becca para que fallara, y Anna y Jessica se sentaban para hacernos jugar alrededor de ellas.

Jeremy miró a Samuel y luego a Milo.

—¿Anna?

El conde se dio la vuelta y fue Samuel quien respondió:

—Anna, nuestra hermana, la perdimos en la infancia —susurró.

—Lamento oír eso. Mis condolencias.

El conde de repente se disculpó, dejando a Jeremy y Samuel atrás.

—No quise molestarlo.

—Nunca ha superado la pérdida. Ella era especial. Su favorita.

—Fanny nunca mencionó que tuviera otra hermana.

—Es un tema del que casi nunca hablamos, porque luego también perdimos a nuestra madre. Ven, busquemos algo de sombra y bebamos para olvidar las decepciones de la vida.

—¡Señor Dawes! ¡Hermano!

Jeremy dio media vuelta al oír a Fanny llamándolos. Ella corría en su dirección, con las faldas levantadas sobre los tobillos y una mano sujetando el sombrero en su cabeza.

Samuel se movió hacia ella.

—¿Ocurre algo malo?

—¿Adónde van?

—Dawes quería una bebida.

Fanny se detuvo.

—Dudo que beber fuera su sugerencia, pero sería la tuya. Quiero hablar con él. ¿Te importa disculparte?

Una sonrisa astuta cruzó los labios de Samuel mientras miraba entre ellos.

—Devuélvemelo de una pieza.

Fanny se humedeció los labios y luego encontró la mirada de Jeremy.

—¿Podríamos pasear por el jardín juntos, señor?

Jeremy se encogió de hombros, como si su petición no le molestara en absoluto. Pero lo hacía un poco.

—Si quieres.

Pasearon juntos, Fanny caminando muy lentamente a su lado. Cuando dieron una serie de vueltas entre los densos árboles, a instancias de Fanny, Jeremy la oyó suspirar.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Nunca es nada cuando suspiras así —señaló.

Ella frunció el ceño.

—No suspiro de ninguna manera en particular.

Él se rio suavemente de su indignación.

—Sí que lo haces. Hay un tipo de suspiro cuando ves a un amigo, otro cuando recibes una carta de tu padre —se inclinó aún más cerca—, y otro muy distinto cuando pongo mis labios en la parte posterior de tu cuello y beso tu piel.

Jeremy se alejó bruscamente de ella y cerró los labios, molesto por haber caído tan fácilmente en viejos hábitos. Coquetear con ella se había convertido en una segunda naturaleza... pero eso fue antes de que ella ofreciera pagarle por hacer el amor con ella.

—He arruinado nuestra amistad, ¿verdad? De verdad no quise insultarte.

—No sabía lo que había firmado —admitió él.

—Pero lo leíste.

—No, te escuché leerlo *para* mí —corrigió—. Me perdí en el sonido de tu voz y dejé de prestar atención mucho antes de que debieras haber llegado al final.

—Me aseguraré de que leas cada palabra en el futuro.

—¿El futuro?

—*Si* es que va a haber uno —dijo, y luego se mordió el labio preocupada—. ¿Puedes perdonarme?

—Probablemente *fue* un error contratarme en primer lugar.

—No, no lo fue —Se acercó—. Tuvimos un malentendido, pero ahora todo está aclarado, ¿no?

—Tarde o temprano te ibas a cansar de mi actuación —admitió—. Deberías contratar a alguien más para tu próxima obra.

—Ya no hay una buena razón para fingir —murmuró Fanny—. No más actuación para mí.

Continuaron caminando y se encontraron junto a un campo donde una docena de trabajadores se afanaban. Fanny los saludó con la mano y ellos le devolvieron el saludo.

Jeremy sonrió.

—Eso es lo que más recuerdo de ti el día que nos conocimos en el teatro. Eras amable con todos, sin importar su posición.

—Yo recuerdo que coqueteabas conmigo hasta que me dolían los costados de tanto reír que me provocabas.

—Bueno, eras la chica más bonita de la sala —admitió—. Quería impresionarte, incluso antes de saber quién eras realmente.

—Me impresionaste. Todavía lo haces —Bajó la mirada hacia sus manos—. Veo que te has hecho amigo de mis hermanos.

Él sonrió.

—¿Eso parece? Yo pensaba que eran más bien cómplices de la tortura de tu padre.

—¿Qué tortura?

—Disparar al amanecer. Montar a caballo. Vivir como un caballero es un trabajo duro, sin duda, cuando tienes que preocuparte por lo que todos piensan y podrían decir. ¿Cómo soporta alguien tal escrutinio?

—Yo no siempre lo hago —cuando ella se giró, había una incertidumbre en su mirada que él no había visto antes—. La mayoría del tiempo simplemente no me importa lo que nadie piense.

—Eso es obvio.

—Y creí que había cometido un error cuando te dejé acercarte tanto, llegaste a entenderme tan bien. Interpretaste el papel de un pretendiente ardiente excepcionalmente bien, señor Dawes. Mejor de lo que jamás soñé que podrías. Pero sí me importa lo que tú pienses de mí.

Él la miró de reojo, vio que ella lo observaba atentamente. Esperando que él emitiera un veredicto sobre su carácter. —Tú también tienes talento para la actuación. ¿Alguna vez has considerado pisar las tablas?

—No.

—Es una lástima —dijo con una sonrisa rápida—. ¿Deberíamos desandar nuestros pasos, mi señora? Tu familia se estará preguntando dónde estás.

Ella se movió para pararse frente a él y juntó las manos en su cintura. —Has estado pasando mucho tiempo con mi familia, particularmente con mi padre.

Jeremy se encogió de hombros. —Me cae bien.

Ella tomó aire. —Lo que te dije ayer, de verdad me disculpo. Nunca debí haberte ofrecido el dinero de esa manera, incluso si lo había prometido en el acuerdo. Significas más para mí que eso. Quiero decir... significas algo *diferente*, y no tiene nada que ver con el dinero. ¿Podrías decir de nuevo que me perdonas?

Él la miró de nuevo. Hazla sufrir, había dicho el duque. Sí, pero ¿por cuánto tiempo era

necesaria tal medida? Su enfado ya se había enfriado. Había exagerado al marcharse con la intención de abandonar la propiedad. Podría haber lidiado con ella y rechazado un penique con menos alboroto del que había causado. —¿Qué importa?

—Para mí importa mucho.

Él asintió. —Perdonada.

Ella se acercó medio paso. —¿Podrá alguna vez ser olvidado?

De eso no estaba seguro. Su orgullo había recibido un golpe, y *toda* la familia debía saber ahora que ella había estado dispuesta a pagarle por sexo. La suma había sido lo suficientemente grande como para que solo ahora sintiera una sensación de incomodidad por el hecho de que ella pudiera manejar tal cantidad con tanta facilidad. ¿Intentaría comprar sus afectos y su perdón en el futuro también? Era una posibilidad desagradable que ella pudiera intentar terminar cada desacuerdo que tuvieran de esa manera. Él no era tan especial como para merecer riquezas. —No lo sé.

Ella tragó saliva. —Padre me dice que te ha invitado a quedarte.

Jeremy inclinó la cabeza. Dado que no tenía otro lugar adonde ir en ese momento, no veía ningún daño en quedarse por un tiempo. Había comenzado sus lecciones esa mañana con el ayuda de cámara del duque, quien parecía poseer un nivel notable de paciencia para las limitadas habilidades de Jeremy. Le gustaría continuar esas lecciones en secreto, aunque solo fuera para ayudarlo a no firmar más acuerdos escandalosos.

Además, el duque había sugerido que Fanny había desarrollado sentimientos reales por él. Un apego que temía admitir. Él podía entender sus miedos. Él los tenía también.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé con certeza. No hay nada urgente que me llame de vuelta a Londres por el momento.

Fanny comenzó a caminar, y después de un momento él decidió seguirla.

—*Deberías* quedarte. Aprovecha el aire del campo y las amistades que has hecho aquí. Nunca se sabe cuándo un conocido casual podría llevar a una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar.

Fanny estaba intentando manipularlo. Tratando de alterar el curso de su vida todavía. —Esas amistades resultan ser con tus hermanos.

—Y Whitfield —le recordó ella.

—Whitfield también es tu hermano.

—Oh, sí. Lo siento. Todavía es extraño pensar en él de esa manera. Un ajuste. Todo es un ajuste. No soy tan adaptable a los cambios en mi vida personal como lo soy en los asuntos de negocios.

Había habido un nivel de intimidad, de compartir, entre ellos que Jeremy nunca había experimentado antes de conocer a Fanny. Era algo a lo que también tendría que adaptarse, si se quedaba y continuaba socializando con ella y su familia.

De repente, Fanny entrelazó su brazo con el de él. —Cuando encontré tu habitación vacía, temí que realmente te habías ido.

Jeremy se liberó de su agarre. No se permitiría volver a caer en demasiada familiaridad con Fanny sin esta vez saber exactamente qué le esperaba. —¿Qué es lo que quieres?

—A ti —ella se humedeció los labios, juntó las manos en su cintura y lentamente levantó la mirada hacia sus ojos—. Quiero una segunda oportunidad contigo... pero tengo miedo.

—¿De qué?

—Del día en que te pierda.

CAPÍTULO DIECISIETE

Jeremy retrocedió un paso y el corazón de Fanny casi se le salió del pecho, temiendo que se riera. Sí, lo había hecho. Se había expuesto por completo sin importarle las consecuencias de lo que muchos podrían ver como una imprudente confesión. Le había confiado su peor temor al hombre que admiraba por encima de todos los demás.

Había examinado su alma después de hablar con su padre y decidió que él podría conocerla mejor que ella misma. Padre le había hecho ver que su elección de aventuras casuales había sido un intento de evitar volver a sufrir por alguna pérdida.

Pero Fanny solo podía sufrir si perdía a alguien que realmente le importaba. No podía soportar perder a Jeremy. Dolería demasiado.

Sin embargo, Jeremy fruncía el ceño. —¿Por qué pensarías que me perderías?

Accidente, infortunio, imprudencia. —Es complicado.

—¿Acaso no lo es todo y todos? —Se acercó—. Soy un huérfano que no tiene idea de dónde viene. Un joven que se aprovechaba de cualquiera demasiado perezoso para cuidar sus bolsillos. —Tragó saliva—. Un hombre adulto en la flor de la vida que ni siquiera sabe leer, y mucho menos entender el contrato que firmó contigo.

Sus ojos se abrieron de asombro. —¿Qué?

—He pasado mi vida fingiendo ser alguien que no soy —dijo mientras miraba a su alrededor —. Incluso hoy sigo fingiendo. Fui un ladrón, Fanny. Ahora estoy interpretando el papel de un caballero, cómodo en un lugar tan glorioso. Pero no pertenezco aquí.

—Sí que perteneces. —Volvió a humedecerse los labios—. Perteneces a mi lado. Me robaste el corazón, Jeremy, una hazaña que creí imposible durante tantos años. No quiero perderte. Hay un camino a seguir.

Él suspiró. —Nunca te rindes, ¿verdad?

—No cuando tengo razón —juró. Había tenido razón sobre Jeremy al principio, pero había perdido su confianza cuando él expresó una visión diferente de su relación. Su dinero nunca desaparecería, y sintió que era mejor abordar ese tema de inmediato—. Tengo dinero suficiente para que nos dure el resto de nuestras vidas.

—No quiero caridad, Fanny —le dijo mientras tomaba sus manos temblorosas—. Deberías estar con alguien que adore el suelo que pisas, no tu dinero.

—Entonces quédate conmigo. No porque no tengas otra opción, sino porque la tienes — susurró.

—No tengo nada que darte más que una fortuna en momentos robados como este.

—Eso es suficiente —prometió—. Compártelos conmigo. Por favor.

—Te he dicho antes que suplicar está por debajo de ti. —Frunció el ceño—. Nunca me importó tu dinero, Fanny. Necesito merecer un lugar a tu lado. Haría cualquier cosa que quisieras para hacerte feliz. Asumiría cualquier papel, siempre y cuando no intentes pagarme una fortuna por hacerlo.

—Puedo prometerte eso.

—Había albergado una pequeña esperanza de que pudiéramos reconciliarnos, y he considerado el futuro como siempre me has instado a hacer. Tu padre intentó meterme grandes ideas en la cabeza, pero te lo haré muy fácil. —Sacó una hoja de papel muy doblada del bolsillo interior de su abrigo—. Me he tomado la libertad de anotar lo que creo que podría necesitar como asignación anual para mantenerme a tu nivel. Solo para ropa y cosas así. No quiero ser nunca una vergüenza para ti o tu familia. Si crees que he cometido un error, por favor, corrige mis cálculos. No soy muy bueno en finanzas, como descubrirás pronto.

Fanny no quería leer el papel. Temía lo que pudiera encontrar allí. Un marido podría gastar una fortuna en una noche de juego.

Pero Jeremy parecía bastante insistente, empujando el papel hacia su mano hasta que tuvo que tomarlo y leerlo.

La caligrafía era inelegante, y cada línea se inclinaba hacia la parte inferior de la página. Podía leerlo, pero apenas.

Un sirviente. Una modesta asignación anual para ropa. Unas pocas libras de dinero de bolsillo cada trimestre.

Y eso era todo lo que pedía.

Fanny leyó el papel de nuevo, casi sin creerlo, y se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar que Jeremy creía que una suma tan frugal podría considerarse excesiva. Era demasiado bueno para ser verdad, pero al mirarlo, supo que él nunca pretendía ser una carga.

En realidad, podría haber pedido diez veces más de lo que había pedido, y ella lo pagaría de buena gana, solo por tener el honor de ser suya. —¿Dónde te gustaría vivir?

Fanny tenía una gran casa en Londres, la finca de campo Rivers cerca de Bath, y otra propiedad con vista al mar en Brighton que casi nunca visitaba. Letterford y su novia pasarían allí las vacaciones este año, pero el próximo podría ser para ellos. Podrían ir a bañarse en el mar y disfrutar de la soledad. Pero tendrían que pasar la temporada en Londres. El resto del año podrían vivir en cualquier lugar, siempre que pudieran estar juntos.

—Eso es algo que no podría imaginar. Por supuesto, quiero estar cerca de ti, pero encontrar una habitación para un soltero en Mayfair es una tarea en la que podrías tener que ayudarme. No sé qué tan cerca es lo suficientemente cerca para ti, ni cuál podría ser el costo.

El costo no sería nada para ella, pero no quería pagar para que alguien más lo alojara.

Jeremy viviendo en su casa le vendría mejor.

En su cama, siempre.

Para siempre.

Fanny le sonrió a Jeremy. Ni siquiera había mencionado la opción del matrimonio, que era la única forma en que podrían estar juntos todos los días. Y era, por supuesto, la mejor situación si estaban enamorados el uno del otro, como afirmaba Padre que lo estaban. —Si estuvieras cerca, mi corazón estaría más tranquilo.

Él frunció el ceño. —Haré averiguaciones en cuanto regrese a Londres, pero me temo que el costo de mi manutención podría ser mayor de lo que presupuesté.

Ella tomó su mano entre las suyas. Manos amorosas. Las manos de un amigo y un buen hombre. —Cuando *regresemos* a Londres, no habrá necesidad de que busques alojamiento.

Sus ojos se iluminaron. —¿Tienes un lugar en mente para mí?

—Lo tengo. Mi hogar.

El alivio en sus ojos disminuyó inmediatamente. —Eso no sería prudente. Debes pensar en tu reputación.

—Mi reputación permanecerá intachable si pidieras mi mano en matrimonio.

Él retrocedió. —No podría hacer eso.

—Yo diría que sí —dijo, sintiéndose ahora segura de él. Estaban negociando su futuro. Un trato que honraría por el resto de su vida. Se adaptaría a estar casada de nuevo y a prestar atención a sus advertencias. Él siempre había escuchado las suyas.

Sin embargo, su rostro antes feliz se volvió todo lo contrario. —No. Absolutamente no.

—¿Por qué no?

—¿Estás loca? —exigió—. ¿Por qué querrías casarte conmigo?

Fanny rió suavemente. —Hay tantas razones. Pero quiero hacerlo.

—No me conoces.

—Pasé tres semanas siendo cortejada antes de que mi difunto esposo me propusiera matrimonio. Eso es considerablemente más corto que el tiempo que llevamos conociéndonos. Lo que necesito saber de ti, me lo dirás pronto, confío.

—¿Lo haré? —frunció el ceño de nuevo.

—Las personas que se aman se lo cuentan todo —Fanny asintió—. Oh, sí. Este es sin duda un amor por el que vale la pena luchar, señor. Sé que tú también lo sientes.

Él permaneció en silencio durante varios minutos, considerando, imaginaba ella esperanzada, un papel diferente para sí mismo en la vida de ella.

Fanny le estaba ofreciendo el mundo, su mundo, y su vasta fortuna en bandeja de plata si se casaban, y ella lo respetaba aún más por tener serias dudas sobre aceptarla. Se amarían y también pelearían. Él la cuestionaría y ella lo empujaría a alcanzar sus sueños.

Cuando él guardó silencio demasiado tiempo, ella se acercó más. —¿De verdad vas a decir que no quieres pasar el resto de tu vida coqueteando conmigo?

—No tenemos que casarnos para eso —ofreció él—. Podríamos seguir viéndonos. Encontraríamos la manera de reunirnos discretamente en algún lugar cada pocas semanas.

—Preferiría no seguir escondiéndonos —aunque estaba decepcionada de que Jeremy no saltara ante la oportunidad de casarse con ella, se alegraba de que tampoco se apresurara a aceptar su sugerencia sin la debida consideración. Pero seguramente la conocía lo suficiente como para entender que ella no hacía nada a medias—. No te estoy pidiendo que renuncies a tu carrera, y sé también que no soy la mujer con la que podrías haber imaginado casarte, pero te aseguro que soy constante. Mis sentimientos por ti solo crecerán cuanto más tiempo estemos juntos.

—¿Cómo te sentirías entonces con un largo cortejo?

Ella lo estudió. Disfrutaba de una buena negociación. —¿Por cuánto tiempo?

—Por el tiempo que nos conocemos —sugirió él—. Seis meses.

—No, eso es demasiado largo. Solo tuve que esperar un mes antes de casarme con River —explicó ella.

—Es tiempo suficiente para que realmente consideres si quieres casarte con un pobre. Y además, tu familia está de luto.

—Dos meses —contraofertó ella, entusiasmándose con el desafío de convencerlo de casarse con ella más rápidamente.

—Cuatro. Es tiempo suficiente para que aprenda a montar a caballo y no esté en peligro de

caerme. He oído que es un requisito para ser un caballero de la ciudad montar cada mañana. Preferiría no romperme el cuello en Hyde Park. En tres meses, tu familia habrá terminado el luto y se podrán publicar las amonestaciones.

—Entonces, acordamos casarnos en tres meses.

—No. Dije cuatro —sacudió la cabeza, deteniendo su intento de adelantar la fecha con una decisión clara de su parte—. Si fuéramos a casarnos, me gustaría que la señora Hawthorne asistiera a nuestras celebraciones de boda. Retrasaremos para dar tiempo a la viuda de hacer el duelo antes de pedirle que sea feliz por nosotros. Ella deseaba tanto asistir a tu boda.

—Eso es muy considerado de tu parte —ella debería haber pensado en eso—. Solo quiero que estemos juntos. Te quedarás conmigo en Mayfair cuando regrese a la ciudad.

—Ni hablar —Jeremy la miró, con expresión seria—. Me quedaré donde el duque sugiera que debo quedarme y te visitaré todos los días. Estoy, como siempre, a tu completa disposición.

Fanny no estaba segura de si la confianza de Jeremy en la opinión de Padre era lo mejor para sus intereses o no, pero si podía ver a Jeremy todos los días, Fanny aún podría hacer su trabajo y tener tiempo para disfrutar presentándolo a sus amigos. Jeremy valía el esfuerzo de llegar a un acuerdo con el que él se sintiera cómodo. —De acuerdo, y cuando necesite viajar, me acompañarás.

—Junto con una carabina adecuada para protegerte de cualquier chisme —añadió con una sonrisa.

Una carabina impediría seriamente cualquier encuentro de naturaleza romántica entre ellos. Pero si Fanny elegía una carabina entre sus amigas viudas de mentalidad más liberal, estaba segura de que ella y Jeremy podrían encontrarse bajo las sábanas tan a menudo como ella deseara durante cualquier fiesta en casa a la que pudieran asistir juntos. La apariencia de respetabilidad era todo lo que realmente le importaba a la sociedad. Cuando se casaran —y no podía imaginar que él cambiaría de opinión ahora— tendría a Jeremy todo para ella sola. —Encuentros diarios, tres meses de cortejo y matrimonio por amonestaciones el —hizo un cálculo rápido en su cabeza añadiendo el período para la lectura de las amonestaciones—, aproximadamente el veintiuno de noviembre. Es un trato —dijo, extendiendo su mano.

—No pongamos eso por escrito esta vez —Jeremy suspiró mientras se daban la mano. Sostuvo su mano y la acercó más a él. Cuando se inclinó, fue justo como la primera vez, cuando casi la había besado—. Me amas —susurró.

—Profundamente —sus ojos bajaron a sus labios, donde una sonrisa persistía.

—Ya era hora —sus ojos se elevaron a los de ella y luego sonrió algo tímidamente—. Te he amado desde el momento en que te conocí. Me esforcé tanto por dominar mi papel de pretendiente enamorado en un intento de impresionarte que nunca estuve actuando. Pero nunca imaginé que tú también llegarías a quererme.

Fanny se apretó contra su cuerpo y se regocijó cuando finalmente los brazos de él rodearon su cintura. —Me amas. Dilo otra vez.

Sus labios se curvaron mientras los bajaba a centímetros de los de ella. —Me amas.

Ella rió suavemente. —Profunda y eternamente.

Jeremy acunó su rostro, inclinando sus labios hacia los suyos para que flotaran al borde de un beso. Captó su mirada, sosteniéndola un largo momento. —La gente hablará.

—La gente siempre lo hace. Algunos declararán que finalmente he sido domada.

—Mi querida dama, domarte es lo último que tengo en mente.

Y entonces, como cualquier gran héroe romántico del escenario, la inclinó hacia atrás sobre su brazo y la besó sonoramente. Por un momento, Fanny podría jurar que escuchó el sonido de

un aplauso distante.

EPÍLOGO

Mayfair, Londres

14 de febrero de 1820

Jeremy hojeó el montón de cartas que le habían entregado con el ceño fruncido mientras permanecía de pie en el sombrío vestíbulo de la exquisita casa de Fanny en Mayfair. Entró en la habitación contigua. —Fenton, ¿mi esposa aún no ha visto el correo?

Fenton no se levantó como de costumbre, pero el ganso malvado a sus pies sí lo hizo. Jeremy había aprendido a mantenerse alejado de ambos.

—Todavía no, señor Dawes. Aún está en su reunión con el señor Danvers.

Incluso antes de su matrimonio, Fanny y Jeremy habían juntado sus cabezas y decidido que el fiel mayordomo de Stapleton necesitaba un cambio de aires. La salud de Fenton había estado causando preocupación. Estaba enojado con todos, hasta que Fanny le había sacado una confesión con engaños. *Gota*.

Fanny, siendo una favorita, había robado a Fenton del empleo de su padre para darle una ocupación más fácil con ellos. Su trabajo consistía en sentarse con su bastón y mirar con severidad a cualquiera que intentara imponerse a Fanny cuando Jeremy no estaba cerca, y cuidar del malvado ganso que deambulaba por la casa. —Escuché voces alzadas hace un rato, señor, pero ha estado bastante tranquilo durante la última media hora.

Jeremy lo miró con agudeza. —¿Interrumpiste como te pedí?

—Por supuesto. Hice que un par de nuestros lacayos más grandes llevaran la bandeja del té y sirvieran las tazas muy lentamente. Eso pareció calmar las cosas. La puerta quedó abierta después de eso, y siguen afuera a la vista del visitante incluso ahora.

Jeremy miró hacia el estudio de ella para comprobarlo por sí mismo. —Bien.

Fanny había estado en la reunión cuando él salió para encontrarse con miembros de su familia para dar un paseo por Hyde Park hacía horas. Esperaba que las cosas finalmente estuvieran saliendo a su favor. Esta transacción en particular, la venta de Cedar Mill, la había mantenido despierta por las noches en las últimas semanas. No le gustaba cuando ella se revolvía en la cama. No era bueno para su salud ni para sus planes.

Habían pasado semanas desde que ella había pasado un día entero con él. Esperaba que terminara pronto porque era el Día de San Valentín y quería tentarla para que olvidara sus preocupaciones con una seria ociosidad e indulgencia.

Volvió sobre sus pasos hacia el vestíbulo y miró hacia el estudio de su esposa donde ella llevaba a cabo todas las reuniones de negocios, sin él.

Los lacayos asintieron indicando que todo estaba bien ahora. Jeremy estaba haciendo todo lo

posible para dejar claro que su esposa no estaba sin protección en ningún momento. Si hubiera podido quedarse y ser de alguna ayuda para ella, habría cancelado los planes que había hecho con la familia de ella. Pero había descubierto que los hombres supuestamente inteligentes intentaban dirigirse a él en lugar de a Fanny cuando se trataba de cualquier negocio.

Así que se ausentaba de todas las reuniones importantes de toma de decisiones, pero estaba interesado en lo que Fanny estaba haciendo con el dinero, aunque difícilmente estaba a cargo de cómo se gastaba y nunca lo estaría. La fortuna seguía siendo el dinero de Fanny, en su opinión, aunque ella intentara convencerlo de que también era suyo. Ella mantenía el control total de su fortuna a pesar de ser marido y mujer.

No le importaba que otros hombres murmuraran que estaba dominado por su esposa. Jeremy simplemente conocía sus limitaciones y trabajaba en torno a ellas. No era lo suficientemente inteligente para manejar miles de libras y docenas de propiedades en todo el país. Seguía asombrado y orgulloso de los logros de Fanny. —¿Podrías hacerle saber sutilmente a mi esposa que he regresado?

—No sé si sutil será suficiente, pero haré lo mejor que pueda. Danvers tiene una lengua que no para. —se quejó Fenton—. Confío en que el duque goza de buena salud.

—En excelente forma como siempre. Estamos invitados a un almuerzo tardío con el duque y la duquesa mañana, así que necesitaremos que traigan el carruaje a las dos menos cuarto, y que la doncella de Fanny esté lista con poca antelación para cambiarla a un vestido adecuado. Confío en que no olvidaste que la sorpresa que planeé comienza esta noche.

Su primer Día de San Valentín con alguien a quien amaba merecía una celebración especial. Jeremy no había tenido que pensar mucho para decidir qué hacer. Una noche de unión: cena y vino en la cama, y quizás una noche temprana para el amor de su vida. Había dado órdenes de que no se les molestara una vez que Fanny subiera a sus habitaciones a menos que alguien estuviera muriendo.

No permitiría que Fanny pensara en otra cosa que no fuera ella misma esta noche.

El sirviente se fue, y Jeremy subió la escalera, admirando la opulencia y el buen gusto de Fanny. De todas sus propiedades, esta ocupaba un lugar especial en su corazón. Era el primer hogar en el que había estado donde sentía que pertenecía.

Pero después de un paseo por el parque y una larga charla en los establos del duque, olía a caballos y otros olores masculinos de los que prefería deshacerse. Un sirviente se había adelantado y ya había llenado su bañera de cobre, así que se metió en el baño humeante y se frotó la piel y el cabello con jabón simple, antes de secarse con un trozo de tela suave.

Acababa de ponerse una bata cuando su esposa entró apresuradamente, llevando una pila de papeles contra su pecho. —¡Lo he conseguido! ¡Cedar Mill está vendido!

Jeremy se acercó a Fanny y le dio un beso en la mejilla, y luego le quitó la pila de papeles. —Felicidades.

—No puedo creer que finalmente esté hecho y que haya conseguido mi precio original.

—Danvers fue un tonto al creer que estabas desesperada por deshacerte del molino solo por el pequeño revuelo que Thwaite armó sobre mí.

—Sí, Thwaite hizo todo lo posible por arruinar el trato y ahora debe pagar las consecuencias. Tengo buena información de que varias matronas prominentes le dieron un infierno por los viles chismes que estaba difundiendo. Como si alguna vez necesitara pagarle a un hombre para que compartiera mi cama —dijo, sonriéndole con picardía.

—Ridículo —estuvo de acuerdo—. Tengo que ahuyentar a tus admiradores todos los días.

—El único hombre que quiero eres tú.

Jeremy guardó sus papeles en la gran caja fuerte que había hecho instalar en las habitaciones de ella y la cerró antes de volverse para mirarla. —Ahora, ¿qué quieres primero? ¿Baño, cena o cama?

—Estoy un poco cansada —admitió—. Pero quiero escuchar sobre tu día ahora. ¿Cómo estaba mi padre?

—Me hizo reír.

Ella sonrió. —¿Qué dijo que fue tan gracioso?

Jeremy miró a su esposa. El Duque de Stapleton se había convertido más en un padre que en un amigo para Jeremy, quien realmente nunca había tenido ninguno de los dos. Stapleton siempre estaba repartiendo pequeños consejos sabios, pero su tema más frecuente últimamente era discutir cuándo Jeremy y Fanny lo convertirían en abuelo. El duque había afirmado hoy que Jeremy se estaba retrasando en cumplir su parte del trato.

Jeremy había disfrutado mucho recordándole que no había prueba escrita de que se hubiera hecho tal trato. Un bebé tomaba su tiempo y llegaría cuando fuera el momento adecuado, y ni un minuto antes de todos modos. —Tantas cosas. Vamos a almorzar con ellos mañana —advirtió Jeremy—. Creí que no había nada en tu agenda cuando acepté.

—No tengo planes para mañana además de dormir hasta tarde ahora que el molino está vendido —dijo ella mientras rodeaba su cuello con los brazos—. Nada más que estar contigo así. Feliz día de San Valentín, mi amor.

Fanny bajó su cabeza y lo besó rápidamente.

—Me gusta cómo suena eso, y cómo sabes. ¿Puedo tener otro beso, querida?

—Puedes.

Mientras se besaban, Jeremy deslizó su mano por la espalda de ella hasta llegar a su trasero. Apretó y amasó sus nalgas y luego decidió poner sus manos por todo su cuerpo antes de que llegara su cena especial. Había justo el tiempo suficiente para complacer sus pasiones y hacerlo correctamente. Ella siempre sonreía más después de que él le hiciera el amor.

Estaba subiendo por su columna, desabrochándole el vestido cuando ella habló. —Jeremy, ¿qué te parece acortar la temporada y pasar unos meses en Stapleton este verano?

Él le besó el cuello. —Me da igual. Ya lo sabes.

—Bien. Creo que tener a mi familia cerca sería bueno para nosotros.

Él se apartó y la miró fijamente. —¿Por qué?

Ella le dio unas palmaditas en el pecho. —Podría estar embarazada.

Jeremy se quedó boquiabierto, y luego gritó de alegría, levantó a Fanny en sus brazos y la hizo girar una y otra vez. —*¡Qué diablos!* ¿Un bebé? Eso hará feliz al duque.

—Entonces, ¿no te importa?

—¿Importarme? ¿Estás loca, mujer? Apenas puedo esperar.

Ella se mordió el labio. —Temía que fuera demasiado pronto. Apenas estás encontrando tu lugar en la sociedad, y también está tu nueva obra. Un bebé cambiará el tiempo que pasemos en la ciudad.

Él se inclinó para besarla. —Nada podría hacerme más feliz que pasar un año en el campo. Espero que nuestra hija sea tan inteligente y hermosa como su madre.

—Espero que nuestro *hijo* me haga reír como siempre lo hace su padre —pero luego frunció el ceño—. ¿Qué tiene que ver la felicidad de mi padre con nuestro hijo?

Jeremy se rio. —Estás bromeando. Es su tema de conversación favorito. ¿No te molesta a ti también con eso?

—No. De hecho, me sorprendió darme cuenta de que mi padre no había mencionado la

posibilidad cuando nos casamos —dijo ella riendo.

Jeremy sonrió, con el corazón lleno. —Con todo lo que tienes en tu plato, supongo que no quería añadir preocupaciones si nunca sucedía. Me contó sus inquietudes el año pasado antes de que decidiéramos casarnos.

Fanny entrecerró los ojos. —¿Es por su consejo que siempre intentas mantenerme en la cama por las mañanas después de hacer el amor?

Jeremy se encogió de hombros. —El duque *ha* mencionado que la concepción a veces necesita un poco de ayuda, pero no es por eso que te mantengo en nuestra cama.

Sus ojos se entrecerraron aún más. —¿Por qué entonces?

Jeremy sonrió. —Puro egoísmo. En el momento en que tus pies tocan el suelo, te vistes y te recoges el pelo, y tengo que compartirte con todos los demás.

Acarició su espalda con las yemas de los dedos. Le encantaba cuando eran solo ellos dos, y desnudos, pero Fanny necesitaba más en su vida que solo un marido. Ahora él también tendría más.

Ella le tocó la cara. —Jeremy, querido, incluso cuando no estoy contigo y estoy trabajando, pienso en ti.

—Te creo —Jeremy llevó sus manos a su boca y besó sus nudillos—. Un bebé para amar. ¿Puede estar pasando esto?

Sus ojos se entrecerraron de nuevo. —Un bebé que mi padre intentará robarnos para jugar con él en cuanto nos demos la vuelta —advirtió Fanny.

—No me importa. Al menos nuestro hijo sabrá que tiene un abuelo que se preocupa por él.

Fanny suspiró. —Él, o ella, sabrá que sus padres también los aman.

Jeremy terminó de desvestir a Fanny y la llevó a la cama. —¿Sabes? El duque me ha estado contando sobre tu madre y cómo la cuidaba cuando estaba embarazada. Dijo que pasaba todas las noches frotándole la espalda y las piernas, en las últimas semanas antes de que nacieras.

—Realmente no puedes equivocarte con los consejos de mi padre sobre el tema cuando suenan así.

Él recostó a Fanny hasta que estuvo completamente de espaldas y luego se subió a la cama con ella. Puso sus manos en su estómago y bajó la cabeza para besar su vientre.

Pero el bebé aún era demasiado pequeño para notarse, así que dio la vuelta a Fanny y le masajeó la tensión de los hombros, como solía hacer después de un largo día en su escritorio.

Fanny suspiró profundamente y dejó escapar un gemido de agradecimiento.

—Sabes, si puedo hacerlo la mitad de bien que tu padre, me consideraré un buen marido.

Fanny se volvió para mirarlo. —Ya eres un buen marido. Tuve suerte el día que te conocí.

—Yo soy el afortunado —se inclinó hacia el oído de Fanny para susurrar—: Pero aún no me has visto en mi mejor momento. Espera. Vas a estar tan mimada en los años venideros. Prometo no dejar de amarte nunca. No importa lo redonda que te pongas.

Fanny rio suavemente. —Te tomaré la palabra cuando solo sea capaz de caminar como un pato y me quede atascada en una silla como le pasó a Rebecca en Navidad.

—Te prometo amarte pase lo que pase —juró Jeremy. Comenzó a trabajar en la espalda de Fanny, amasando para alejar el estrés de su día. Cuando ella estaba casi dormida, la volteó suavemente y ella le sonrió soñadoramente. Y Jeremy se consideró el hombre más afortunado del mundo: había encontrado su hogar.

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

